

 HARLEQUIN™

Amor

Wendy Etherington

Mi irresistible jefa

Julia

Mi irresistible jefa

Wendy Etherington





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Wendy Etherington
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Mi irresistible jefa, n.º 1575- julio 2017
Título original: If the Stiletto Fits...
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9170-060-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Epílogo

Capítulo 1

LILY Reaves entró en su oficina en Manhattan, admirando sus nuevos zapatos. Unos Lily únicos. ¿Pronunciarían algún día su nombre los famosos con la misma admiración que sentían hacia Manolo Blahnik o Prada?

Bueno, quizá no había llegado a su altura todavía, pero estaba en camino. ¿Habría logrado ella, una chica criada en una granja en Des Moines, el éxito en Nueva York? A veces esa idea la dejaba sin aliento.

Lily se miró en el espejo de recepción. Los zapatos color mantequilla con tacón de aguja y brillantitos en forma de mariposa serían la estrella de la colección esa temporada.

Por supuesto, el mostrador de recepción estaba vacío. Lily miró su reloj, uno de esos que vendían en la Sexta Avenida por un dólar, y comprobó que era casi mediodía.

¿Dónde estaba esa chica? Otra vez llegaba tarde.

Luego se dirigió hacia el despacho de su gerente. James Chamberlin estaba frente a su, como siempre, immaculado escritorio, tomando notas con su bolígrafo favorito mientras hablaba por teléfono. Naturalmente, no tenía ni un pelo fuera de su sitio y, aunque se había quitado la chaqueta, la corbata azul y la camisa blanca eran sencillamente perfectas.

—Lo sé, pero habrá que cambiarlo... La pasarela Espectacular tiene prioridad —James la saludó con la mano—. ¿Has visto el informe de organización que te pasé el otro día...? ¿No? Bueno, pues a lo mejor ése es el problema.

Su tono controlado, medido, solía hacer que la gente se echara a temblar. Pero eso era bueno, pensó Lily. Después de todo, James estaba de su lado.

Y era una suerte. James Chamberlin había sido administrador-gerente-agente de conocidos músicos, algunos con más de un Grammy en su haber, de grandes ejecutivos, de actores y directores de primera fila...

Y ahora, era su gerente.

Además, James era uno de esos hombres que quieren y respetan a su madre. Un chico ideal.

De hecho, fue su madre, la famosa actriz Fedora Chamberlin, quien consiguió que James trabajara para ella nueve meses atrás. Lily había ido a

ver una de sus obras y esperó fuera del teatro después como una fan para conseguir un autógrafo.

Y, de inmediato, se hizo amiga de la alegre y sofisticada Fedora. Un día, mientras comían, le había contado lo desesperada que estaba por encontrar a alguien que dirigiera su empresa y, afortunadamente, James fue la respuesta. En ese momento estaba en Los Ángeles, pero su madre tenía intención de llevarlo de vuelta a Nueva York.

James había dejado al director de cine con el que estaba trabajando en ese momento y apareció en su puerta con su profesionalidad, su seriedad, su paciencia para sus ocasionales... bueno, más bien frecuentes, cambios de humor y desastrosa habilidad para organizarse.

Gracias a él, Calzados Lily Reaves se había convertido en la sensación de la temporada. Gracias a él, su colección iba a aparecer en la pasarela Espectacular. En unas semanas, tres de los diseñadores más famosos de Nueva York iban a organizar un desfile especial. Y todas las modelos llevarían sus zapatos.

—Muy bien. Hablaremos a última hora —James colgó el teléfono y levantó la mirada—. ¿Qué tal ha ido?

Lily puso un pie sobre la silla para mostrarle los zapatos.

—Preciosos, ¿verdad?

—A mí me parecen incomodísimos.

—No te estoy pidiendo que te los pongas —replicó ella.

Le molestó que no le dijera lo bonita que era la falda con brillantitos en forma de mariposa a juego con los zapatos. Uno de los diseñadores de la pasarela Espectacular se la había enviado porque ella le regaló a su hermana varios pares de zapatos. Unos zapatos de diseño eran la pieza más cotizada para cualquier neoyorquina.

Por supuesto, James iba siempre directo a lo que le interesaba. No el pelo, con el que Lily se pegaba diariamente. Ni la ropa, ni sus piernas, que eran lo que más impresionaba a todo el mundo.

James la estudió un momento, guiñando sus ojos grises, en un gesto de concentración.

—La artesanía es excelente. Me gusta el brillo de la piel. Y el diseño es bastante decente.

James Chamberlin no era de los que se volvían loco diciendo piropos. Pero claro, Lily le pagaba por su habilidad organizativa, no para que le dijera lo mona que era.

—¿Dónde está Garnet?

—Ha salido a comer.

—¿Y cuánto tiempo lleva comiendo?

James miró el reloj de la pared.

—Demasiado. Como siempre.

—¿Has visto qué zapatos llevaba?

—Sí.

—Si la vuelvo a pillar con unos zapatos...

Él suspiró, nada convencido.

—No irás a despedirla otra vez.

—Qué horror. ¿Por qué volví a contratarla?

—Porque uno de tus clientes más importantes te lo pidió.

—Me lo suplicó, ¿te acuerdas?

El día anterior, su traidora recepcionista se había ido a bailar con unos zapatos que Lily había diseñado especialmente para Bloomingdale's.

—No vas a despedirla, Lily.

—Sí lo haré.

—Demuéstralo.

Ella sonrió.

—¿Estás intentando retarme, James Chamberlin?

—¿Haría yo eso?

—A veces creo que harías cualquier cosa con tal de no ver a Garnet nunca más.

—Son tus zapatos, no lo olvides.

Lily apoyó los codos en el escritorio. Garnet tenía potencial; sólo necesitaba algunos buenos consejos. Y concentración. Y ganas de trabajar. Y ambición. Lily había tenido todo eso cuando llegó a Nueva York.

—Su padre me ayudó cuando más necesitaba un pedido.

—Lo sé. Era una broma.

—Garnet necesita que la aconsejen. ¿Tú nunca has sido joven y anárquico?

—No.

Estudiando su rostro, tan serio, Lily imaginó que era verdad. James siempre sabía lo que hacía y lo que quería, conocía los diferentes caminos que había que recorrer para conseguirlo y tenía todo el viaje controlado, días, horas, fecha de partida, cantidad de gasolina necesaria e incluso el informe del tiempo.

Había mirado su agenda una vez y, de inmediato, se sintió transportada a la

clase de estudios sociales, cuando uno tenía que escribir ensayos con números romanos, bibliografía, índices y notas a pie de página. Y todo ordenado y limpio. Cada vez que lo pensaba se ponía mala.

—Por lo menos podrías hablar con ella sobre los mensajes telefónicos. No lleva ningún orden. A veces se acuerda, a veces no... a veces me manda notitas rosas en las que dibuja corazones, otras me los manda por e—mail. Aunque normalmente se le olvida anotar los números de teléfono. A veces intenta dejármelos en el contestador... en el tuyo, no en el mío. Es un desastre.

—Hablaré con ella —le prometió Lily.

Aunque los ordenadores la dejaban perpleja y un poco asustada a veces, enviar e—mails era como hacer vida social. Y ése era un concepto que ella entendía bien.

—¿Has conseguido el contrato para la pasarela Espectacular?

James le mostró un montón de papeles.

—Aquí está.

Lily apretó los labios. Llevaba meses deseando hacerle una pregunta...

—¿Y mi nombre está en ellos?

—Pues claro.

—¿Y todo está bien?

—Hay que cambiar algunas cláusulas pero, por lo demás, todo bien.

—¿Te he dicho últimamente cuánto te aprecio, James?

—Lily, te lo has ganado. Fueron ellos los que vinieron a hablar con nosotros, ¿recuerdas?

Lily negó con la cabeza. Antes de que él llegase, su posición como diseñadora de zapatos era más bien mediocre. Pero tuvo suerte dos años antes, cuando una actriz nominada para un Oscar se rompió el tacón del zapato justo antes de aparecer en la alfombra roja y tuvo que ponerse los que llevaba su ayudante: unos Lily Reaves. La gente de la industria empezó a hablar de sus zapatos, pero Lily no había sabido aprovechar la oportunidad hasta que tuvo a James a bordo.

Él había conseguido contactar con la gente adecuada, gente de Los Ángeles, de Manhattan... y que varios diseñadores de Hollywood le encargaran zapatos para actrices que tenían que acudir a programas de televisión o a entregas de premios.

—No estaría aquí sin ti.

James sonrió.

—Claro, porque soy el mejor...

Al ver esa sonrisa, Lily parpadeó. James era tan serio normalmente que sólo cuando sonreía se daba cuenta de lo guapo que era. Aunque también era atractivo cuando no sonreía. Lo era. Con un estilo más bien conservador, pero guapo.

No era su tipo, afortunadamente, ya que él había dejado claro desde el principio que aquella era una relación puramente profesional. Y a Lily le parecía bien. Necesitaba alguien que organizase sus horarios, que consiguiera contratos y entrevistas, que se encargara de invertir y controlar su dinero.

A los novios los podía encontrar ella solita.

Aunque en ese aspecto la cosa no iba demasiado bien. Los hombres que conocía buscaban una esposa de las que se quedan en casa cuidando una docena de niños o imbéciles que sólo querían un revolcón.

—Pero sólo porque tengo mucha experiencia —siguió James—. No me necesitas tanto como crees.

—Sí te necesito.

Él la miró con una expresión rara, pero antes de que Lily pudiera preguntar, una voz familiar gritó desde el pasillo:

—Holaaaaaaa...

—Ha vuelto

—Los mensajes —suspiró James.

Lily se dirigió a la puerta sobre sus tacones de diez centímetros. A lo mejor se los pondría esa noche para salir con Brian. Le gustaba que a un hombre se le cayera la baba mirándole las piernas.

—Voy, voy.

—Tengo que hablar contigo antes de que salgas esta noche.

Lily se detuvo en la puerta.

—¿Por qué sabes que voy a salir? Podría quedarme en casa leyendo un buen libro.

—Lo dudo. Y yo también voy a salir, por cierto.

—¿Con una chica?

James levantó una ceja.

—De vez en cuando salgo con chicas.

Lily recordó una morena con la que había ido a un cóctel. Era una chica callada y dulce, la clase de chica con la que uno podía imaginar a James. ¿Cómo se llamaba? ¿Kate, Karly? Kelly.

—¿Vas a salir con Kelly?

—Ya no salgo con Kelly. Es otra.

—Ah, pues que lo pases bien.

Lily llegó a recepción cuando Garnet estaba sentándose frente al mostrador.

—Mira qué bolso más precioso me he comprado.

A pesar de su frustración, Lily tuvo que sonreír. Garnet tenía muy buen ojo para las tendencias.

El bolsito era como una caja de comida china, pero el cartón estaba forrado en satén rojo y negro.

—Es precioso. ¿Dónde lo has...? —Lily no terminó la frase—. ¡Pero si es de Fabian LaRoche!

—Sí, ¿a que es divino?

—Es un bolso de quinientos dólares. Tú no ganas eso ni en dos semanas.

Garnet dejó el bolsito sobre el mostrador.

—Lo he comprado con la Visa. Esas facturas las paga mi padre.

Lily abrió la boca para decirle a su recepcionista que no tenía edad para dejar que su padre pagara sus facturas, pero luego recordó que Garnet no trabajaba por dinero. Ésa era su manera de aplacar a su padre hasta que cumpliera los veinticinco años, cuando podría meterle mano a su fideicomiso.

Criada en un hogar de clase media, Lily no entendía esas cosas, pero ahora vivía en ese mundo. Ah, los sacrificios que había que hacer para vivir en la Gran Manzana.

—Tenemos que hablar sobre los mensajes.

—¿Otra vez? —suspiró Garnet, levantando los ojos al cielo.

—James tiene problemas con eso.

—¡No es culpa mía! Es el ordenador —Garnet señaló la pantalla como si fuera un monstruo—. Hace unos ruidos muy raros y luego me sale una exclamación en rojo y un mensaje de error.

Lily miró el salvapantallas —unos zapatitos rojos que bailaban— creación de su amiga y experta en informática, Gwen. Gwen y ella podían salir de copas, tomar un martini, ver una película o cotillear sobre lo que fuera, pero Lily no compartía su pasión por la informática.

—Ya —dijo, intentando no parecer intimidada—. Creo que James prefiere que le mandes los mensajes por e—mail o que se los dejes en su contestador. No le gustan las notitas rosas con corazoncitos.

Garnet mascaba ruidosamente un chicle.

—Pues podría relajarse un poco, ¿no?

—Sí, bueno, él es quien lleva la oficina.

—Pero tú eres la jefa, ¿no? A mí me cae bien James, pero las mujeres

deberían apoyarse, ¿no te parece? —preguntó la recepcionista, haciendo una bomba de chicle—. Tú deberías entenderlo siendo feminista como eres... ¡Oye, qué zapatos! ¡Son preciosos!

—Gracias.

—¿Cuándo estarán a la venta?

—Cualquier día de estos —contestó Lily—. Junto con el resto de la colección de primavera. Éste es el primer par de la producción.

—Siempre haces eso, ¿verdad? —sonrió Garnet—. Quedarte con el primer par. Qué suerte. ¿Lo ves? A eso es a lo que me refiero. Un hombre nunca se preocuparía de tener una muestra de cada par de zapatos en su colección particular. De verdad te lo digo, ¿por qué hay hombres que diseñan zapatos de mujer?

Eso era lo que solía pasar cuando hablaba con Garnet, que uno acababa mareado. Lily no podría decir si el cerebro de su recepcionista funcionaba a más velocidad de la normal... o era al contrario.

—Me gusta tu filosofía —siguió Garnet entonces, cambiando de tema—. Salir con muchos tíos y no quedarte con ninguno.

A Lily no le hacía gracia ser el modelo de comportamiento para una cría de veintiún años. Aunque sólo tenía siete más que ella, parecía como si las separasen varias décadas. Garnet y las chicas con las que salía parecían tan... ajadas, como si ya hubieran pasado por todo.

—Salgo mucho, sí. Pero no me acuesto con todos los hombres con los que salgo.

Garnet hizo un gesto con la mano.

—Sí, sí, no me extraña. Por ahí hay mucho cerdo que sólo está interesado en echar un polvo. ¿Qué piensas sobre las mamadas?

Lily tragó saliva.

—Pues no sé...

Quizá ella no era la persona más adecuada para contestar a esa pregunta.

—Yo creo que uno debe tener cuidado con cualquier acto sexual.

Garnet hizo un puchero.

—Ésa es una buena filosofía. Y sobre los mensajes para James... prometo enviárselos por e—mail si él promete echarle un vistazo a mi ordenador para ver qué son esas exclamaciones tan raras.

—Si ése es el problema, ¿por qué no se lo has dicho antes?

Garnet miró hacia el pasillo y luego se inclinó hacia delante:

—No se lo digas a nadie, pero a veces me intimida —dijo en voz baja.

Era comprensible. Garnet y ella hablaban mucho. James no. Seguramente, a Garnet le pasaba lo mismo que a ella; la gente que no hablaba mucho la ponía nerviosa. El silencio era un vacío que se veían obligadas a llenar.

—Bueno, a ver qué se puede hacer.

—¿Vas a ayudarme con el ordenador? —exclamó la recepcionista, incrédula.

—Oye, que yo hacía todo esto antes de que tú llegaras —contestó Lily. Al menos, hacía lo que podía—. Vamos a empezar con los mensajes por teléfono. Yo tengo la extensión uno, James, la dos. Cuando tengas que pasarle una llamada, pulsas este botón...

—¿Y cuando tenga que pasártela a ti?

—Pues lo mismo, pero pulsando el *otro* botón. ¿Por qué no los pintas? Azul para James, rosa para mí.

—Ah, qué buena idea.

Estuvieron cinco minutos cortando papelitos y pintándolos con rotuladores de colores. Ahora que los botones estaban bien diferenciados, confiaba en que Garnet pasara las llamadas correctamente. No quería que James acabara marchándose por culpa de su enloquecida recepcionista.

—Y ahora, los e—mail —dijo Lily, mirando el ordenador con cara de susto.

Cuando pulsó la barra del espaciador los zapatos bailarines desaparecieron de la pantalla. Pulsó luego la conexión a Internet y esperó hasta que el ordenador hizo lo que tuviera que hacer para conectarse.

Un símbolo de exclamación apareció en la pantalla y Lily dio un paso atrás.

—¡Ay!

—Ya te lo dije.

—Vamos a... será mejor que no toquemos esto. Voy a buscar a James.

—Eso, eso. Mejor tú que yo.

Cuando se alejaba por el pasillo, Lily vio por el rabillo del ojo que Garnet sacaba una lima de uñas... trabajando duro, como siempre. A toda prisa, le contó a James lo que pasaba y luego entró en su taller. Ella tenía otras cosas que hacer.

Estuvo varias horas evaluando los bocetos que había hecho para la pasarela Espectacular. Uno de los diseñadores quería que todo fuera en naranja, un color que a ella le gustaba particularmente, de modo que estaba probando diseños con lunares, rayas, cuadros, lazos, tiras y logos en ese color.

Después de firmar los bocetos, Lily se estiró. Tenía que arreglarse para la cita de esa noche.

Le gustaba el diseñador Brian Thurmond, pero era más un colega simpático que un posible novio. Lo había conocido unas semanas antes en la semana de la moda, pero la verdad era que no sentía entusiasmo alguno. Sobre todo porque Brian se pasó toda la cita de la última semana intentando convencerla para que lo metiera en la pasarela Espectacular.

Estaba saliendo del taller cuando Garnet la llamó desde el pasillo...

—¡Lilyyyyyy!

—Estoy aquí. Y tenemos un intercom, Garnet.

—Ah, se me había olvidado. Línea uno, tu hermana.

Conteniendo un suspiro, Lily descolgó el auricular.

—Hola, hermana, me pillas a punto de salir.

Bueno, estaba a punto de salir. Pero primero tenía que ducharse, vestirse y maquillarse.

—¿Con quién vas a salir? —preguntó su hermana mayor.

—Con un chico. Un diseñador.

—¿Y el asunto va en...? —su hermana no terminó la frase—. ¡Jack, sal de ese armario ahora mismo!

—Podemos hablar mañana...

—No, no pasa nada. Iba a preguntar si el asunto parece prometedor.

—No voy a casarme con él, si eso es lo que quieres saber.

—Lily, tienes veintiocho años. Cuando yo tenía veintiocho años...

—Lo sé, llevabas ocho casada y ya tenías dos hijos. Pero yo no soy como tú, Karen.

Su hermana suspiró.

—Perdona. Estoy incordiándote otra vez. Ya sabes que ése es mi trabajo.

Lily sonrió, aliviada. No se entendían demasiado bien, pero eran familia y eso era algo que ni el tiempo, ni la distancia, ni las diferencias entre ellas podía borrar.

—Y lo haces muy bien.

—Ah, gracias por los zapatos. Mamá me preguntó cuánto cobrabas por ellos y le dije que no tenía ni idea.

—Bien hecho.

—¿Y por qué me enviaste dos pares? El tacón de los negros es altísimo. ¿Cuándo voy a ponerme yo algo así?

Su hermana tenía unas piernas estupendas, pero Lily estaba segura de que nadie las había visto en los últimos diez años. Y no se le ocurría nada más deprimente que no tener una ocasión para estrenar zapatos nuevos.

—Para ir a cenar con tu marido, por ejemplo.

—¿En Redwood, Iowa? Por favor...

—Pues pónelos en casa.

—¿Con qué, con unos vaqueros y una camiseta?

—Mejor no te pongas nada —rió Lily—. Seguro que a Jack le gusta.

Lily habló con sus sobrinas y sobrinos, dos de cada, y les prometió que iría a verlos en cuanto terminase la pasarela Espectacular.

Aunque no se cambiaría por su hermana, le gustaba estar con sus sobrinos. Aunque no fuera maquillada, aunque no fuera divina, los niños la adoraban porque jugaba con ellos durante horas y horas.

Después de colgar, le dijo a Garnet que no volvería a la oficina hasta el día siguiente y, como respuesta, la recepcionista explotó una bomba de chicle mientras hacía un solitario en el ordenador.

—Bueno. Que lo pases bien.

Lily entró en su precioso apartamento, al final del pasillo. Su casa, en la planta veinte, estaba dividida en dos áreas, la de trabajo y la de vivienda. El edificio estaba situado en una buena zona y tenía gimnasio y conserje uniformado. James se quedó tan impresionado al verlo que alquiló un apartamento para él en el piso dieciséis.

Pasó por delante del sofá y los sillones, tapizados con una tela estampada en ciruela y dorado, y se dirigió a los ventanales que ocupaban toda una pared. El sol estaba poniéndose y las luces de Manhattan brillaban como luciérnagas. Pronto los trajes y los maletines serían reemplazados por vestidos y bolsos de diseño. Los compradores se convertirían en clientes de los restaurantes de moda. Los bares y las discotecas despertarían a la vida, siguiendo el rápido pulso de la ciudad.

Sí, su vida era estupenda. Ya no tenía que tomar el tren para ir a casa, tenía buenos amigos, una profesión interesante y había conseguido un nivel creativo y económico que la mayoría de la gente envidiaría.

De modo que, si de vez en cuando, sentía que le faltaba algo, se metía en un nuevo proyecto, buscaba un nuevo amigo, se iba de compras o de fiesta.

Había soñado con esa vida desde que tenía cinco años, cuando su abuelo la llevó a Nueva York por primera vez. Fueron al teatro en Broadway, subieron a la Estatua de la Libertad, al Empire State... Habían sido los cinco días más emocionantes de su vida.

Volvió a casa con la Estatua de la Libertad dentro de una bola de cristal y se fue a la cama mirándola y deseando que llegara el día en el que podría

convertirse en una neoyorquina de verdad.

Lily entró en su dormitorio, que había decorado en tonos crema y dorado. El mueble favorito de su casa era la cama, de madera de cerezo, con dosel. Un amigo decorador la había ayudado a encontrar un edredón de seda y varios almohadones de diversos tamaños que le daban un toque definitivamente acogedor.

Después de darse una ducha se dedicó a maquillarse cuidadosamente, una de sus actividades favoritas cuando tenía tiempo. Le gustaba tanto el maquillaje que solía probar varios estilos antes de decidirse. Luego entró en su gigantesco vestidor. Necesitaba algo que fuera sexy, pero que no fuera demasiado obvio.

Puesto que Brian estaba más interesado en sus contactos en la industria de la moda que en sus piernas, tenía que ponerse mona, pero nada exagerado.

Por fin, se decidió por un traje de chaqueta negro, una camisola de satén plateado y unas sandalias de tacón que podrían hacerle un daño horrible si luego fueran a bailar. Pero eran tan bonitas...

Después de hacerse un moño suelto, fue a la cocina. Tenía que comer algo para no ponerse morada en la cena.

Toc, toc, toc.

Lily, con la mano en el queso parmesano, se detuvo.

—¿Sí?

—Soy James.

Se le había olvidado que James quería hablar con ella antes de irse. Pero cuando abrió la puerta, lo encontró con una expresión muy seria. Bueno, James siempre era serio, pero aquello era demasiado, incluso para él.

—Pasa.

—¿Estás sola?

—Sí, claro. Me estaba arreglando para salir. Se me había olvidado decirte adiós.

Él pareció vacilar. Había estado en su apartamento muchas veces, pero siempre parecía un poquito fuera de lugar. Seguramente, esa intimidad ofendía su sensibilidad profesional.

Lily tiró de él.

—Venga, entra de una vez. Iba a tomar una copa de vino. ¿Has descubierto qué le pasa al ordenador de Garnet?

—El cable de conexión del modem estaba suelto.

Ella parpadeó. De toda la frase, las únicas palabras que había entendido

eran «el», «de», «estaba» y «suelto».

—Muy bien. ¿Quieres una copa de vino?

James apartó un taburete del bar para sentarse.

—Sí, gracias.

—¿Qué pasa? No habrá ningún problema con la pasarela Espectacular, ¿verdad?

—No.

Tan serio como siempre. Curiosa, pero no alarmada, Lily cortó otro trozo de queso.

—¿Tienes hambre?

—No, gracias —suspiró él—. No sé cómo decirte esto, así que voy a soltarlo así, sin más.

A Lily se le encogió el estómago. Algo pasaba. ¿Habrían cancelado los pedidos? A lo mejor Bloomingdale's había decidido no trabajar con ella.

—Dime.

—He decidido retirarme.

Lily inclinó a un lado la cabeza.

—¿Retirarte de qué?

—Del trabajo, de este trabajo. Me quedaré aquí los tres últimos meses del contrato y luego...

—Vas a *dejarme plantada*.

Capítulo 2

A LILY empezaba a darle vueltas la cabeza y tuvo que agarrarse a la encimera. James no podía... no sería capaz...

—Sé que esto es una sorpresa para ti —siguió James—. Había planeado retirarme el año pasado, pero entonces tu negocio parecía tal reto que no me pude resistir.

Su madre siempre le había dicho que debería haberse tatuado «Nacida para ser diva» en el trasero. Y Lily sentía que estaba a punto de tener un ataque de histeria. James no podía hacerle eso. Iba a dejarla en la estacada.

—¡La gente mayor se retira! Pero tú tienes, tienes...

—Treinta y dos años. Pero estoy económicamente bien situado y dispuesto a marcharme de la ciudad.

—¿Por qué?

—Estoy listo para sentar la cabeza. Me marcho a Connecticut para abrir un café.

—¡A Connecticut! ¿Y qué tiene de interesante Connecticut? —exclamó Lily, paseando por la cocina.

—Es un sitio tranquilo. Ya he comprado una granja...

—¿Que has comprado una granja? ¿Con vacas y pollos y todo eso?

James sonrió.

—No, aún no tengo animales, pero sí un establo, así que supongo que compraré caballos. O a lo mejor me dedico a la cría de perros. Cocker spaniels o labradores.

Ella intentó imaginar a James, al James que llevaba traje de chaqueta hasta para dormir, en una granja, con una camada de labradores. No. Imposible, esa fotografía estaba desenfocada.

Ella había pasado la mitad de su vida en una granja. Su padre plantaba maíz, que vendía para fabricar etanol, y su madre creía en comer sólo lo que ella misma plantaba o criaba.

El trabajo era agotador, de sol a sol. Los tractores eran caros y uno estaba siempre a merced del tiempo. Los pollos apestaban y había que meter a las vacas en el establo cuando había tormenta para que no las matara un rayo.

James, el urbanita y elegante James, no sabía dónde se estaba metiendo.

Lily estaba a punto de ponerse a gritar. Gracias a él podía dedicarse sólo a diseñar sus colecciones. Gracias a él no tenía que preocuparse por las cuestiones burocráticas o financieras porque James se ocupaba de todo eso... Era fundamental en su negocio, en su vida. No podía seguir adelante sin él.

—James, no puedes hacerme esto. Te necesito.

—Podrás arreglártelas sin mí. Tú lo hacías todo antes de que yo llegara.

Ella negó con la cabeza, angustiada.

—Me las arreglaba fatal. Tuve dos ayudantes en cuatro meses y antes de eso estaba sola y no sabía qué hacer.

—Espero que encuentres a otra persona. Alguien que te entienda y sea de toda confianza.

—Pero yo te quiero a ti —insistió Lily, haciendo pucheros.

—No me necesitas.

—¿Cómo que no? Yo...

—Tengo que irme, Lily —suspiró James, levantándose—. Tengo planes para mi vida y esos planes no incluyen trabajar para mimadas estrellas de cine o divas de ningún tipo... Y no me refiero a ti.

—Ah, vaya, gracias.

Él se volvió hacia el ventanal. Había oscurecido y los edificios no eran más que una sombra oscura con miles de luces. Lily sabía lo que estaba viendo cuando miraba hacia abajo... los taxis, las limusinas, la gente moviéndose por las calles de Nueva York.

—Siempre quise estudiar alta cocina —dijo James entonces—. O administración de empresas. Pero acabé dirigiendo la carrera de mis padres y luego la de sus amigos. Me fue bien, tuve clientes famosos... Me pagaban mucho dinero y disfrutaba controlando intereses tan complicados. La vida en Los Ángeles era divertida entonces, pero no quiero seguir haciendo esto. Quiero otra cosa. Quiero retomar mi vida donde la dejé hace quince años.

Lily entendía mejor que nadie lo importante que era hacer realidad tus sueños. Pero estaba desesperada por vivir su sueño y para eso necesitaba a James. No podía haberlo pensado bien. No se daba cuenta de lo que dejaba atrás.

—¿Por qué quieres abrir un café?

—Mi café será más bien un sitio de encuentro. La gente podrá leer los periódicos, charlar. Podría haber charlas literarias incluso. Y yo enseñaría a la gente a hacer mi famosa tarta de queso...

Lily se puso las manos en las caderas.

—¿Sabes hacer tarta de queso?

Estaba intentando controlarse porque el miedo la agarrotaba. Y no entendía por qué, por qué, por qué tenía que irse. ¿Cómo podía hacerle eso?

—Te haré una de chocolate antes de irme —sonrió James.

—¿Por qué Connecticut? Podrías abrir un café en Nueva York. Y podrías seguir conmigo... trabajando menos horas. Contrataría a un ayudante...

—De lo que intento escapar es de la conmoción de esta ciudad —la interrumpió él, levantando una mano como si fuera a acariciar su pelo. Pero no lo hizo—. No eres tú, Lily, te lo prometo.

Ella lo agarró del brazo y lo obligó a volverse hacia la ventana.

—¿De verdad puedes dejar atrás esta vista, esta energía? James, me dan ganas de pegarte. Esta ciudad es el sitio más asombroso del mundo. Cuando uno tiene la perfección, ¿cómo puede buscar otra cosa?

—Tú creciste en el campo, con árboles, espacios abiertos, estrellas en el cielo. Sin metro, sin polución. ¿Cómo podías querer algo más?

—¡Yo crecí en un pueblucho! ¿Has intentado tomar un capuchino en una granja?

—Me lo haré yo mismo.

—¿Y los restaurantes, y la comida por teléfono?

—Estudiaré cocina.

—¿Y los zapatos?

—Te pediré a ti que me los mandes por correo, pero no creo que unos taconazos me peguen mucho.

Lily se pasó las manos por las sienes. Tenía que encontrar una forma de convencerlo. Y rápido.

—Tengo que irme. Hablaremos por la mañana.

—¿Y los relojes? —exclamó Lily—. Seguro que en Connecticut no encuentras un reloj tan molón como éste por un dólar.

—Podrías darme uno... como regalo de despedida —dijo James, apretando su mano—. Estás muy guapa esta noche, por cierto. Esa blusa plateada te queda muy bien. Brilla mucho... es perfecta para la luminosa Lily Reaves.

Y desapareció antes de que Lily pudiera responder ante aquel comentario.

Afortunadamente, porque había estado a punto de darle un puñetazo en la nariz.

¿Haciéndole cumplidos mientras la dejaba en la estacada? James Chamberlin no sabía lo sucio que podía pelear si la empujaban a ello.

No tenía ni idea.

Un poco mareada después de la tercera copa y aún deprimida y angustiada por la marcha de James, Lily observó el elegante restaurante al que Brian la había llevado. Manteles de hilo negro, rosas en casa mesa, copas de fino cristal, clientes bien vestidos y un servicio espectacular.

Tenía buen gusto el chico, aunque le preocupaba lo que pudiera subir la cuenta. A Brian no le iban tan bien las cosas como a ella.

—¿Qué tal van los preparativos para la pasarela Espectacular?

Lily masticó un trozo de salmón cuidadosamente mientras preparaba la respuesta.

—Bien —contestó por fin.

¿Y si aquella era su última pasarela? ¿Y si los contactos de James en Los Ángeles pasaban de ella cuando se marchara? De verdad quería volver a ver unos zapatos suyos en la alfombra roja. ¿Y si...?

Pero tenía que dejar de pensar en ello.

—¿Qué tal van los pedidos para tu colección de primavera?

Brian se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Mi gerente se encarga de eso.

Aunque también James se encargaba de eso, Lily recibía un informe semanal.

—Entonces, ¿los preparativos para la pasarela Espectacular van bien? — insistió Brian.

Ella suspiró.

—Sí. Como siempre, James lo tiene todo controlado. En realidad, vamos adelantados.

—¿Pero estás bien? Pareces preocupada.

Lily se puso una mano en el estómago. Estaba lamentando aquella cita. Debería haber llamado a sus amigas para llorar sobre sus respectivos hombros.

—Un poco estresada. Pero estoy bien.

—Sí, bueno, la verdad es que tú y yo lo pasamos bien, ¿no?

Lily se aclaró la garganta. ¿Y ese cambio de tema?

—Sí, supongo que sí.

Brian sonrió.

—Yo creo que deberíamos salir más a menudo. Ir más en serio.

—No sé...

—¿Quieres casarte conmigo, Lily?

Ella lo miró, boquiabierta.

—¿Perdona?

—Creo que deberíamos casarnos.

Lo que estaba pasando aquella noche era demasiado extraño.

—Lo dirás de broma... pero da igual, la respuesta es no.

Mono, rubio y evidentemente sordo, Brian arrugó el ceño.

—¿No?

—Nos hemos visto un par de veces. ¿No te parece un poco pronto para hablar de boda?

Brian tomó su mano.

—Cuando uno sabe lo que quiere, ¿para qué esperar?

Lily golpeó la mesa con los dedos.

«¿Quieres que te dé toda la lista o sólo las primeras veinte razones?».

—No pienso casarme, Brian.

—Muy bien, entonces tendremos un noviazgo largo.

—Nunca.

—Claro que te casarás, cariño. Eres guapa, inteligente, tienes talento y necesitas una pareja que te entienda y te apoye.

—Para eso tengo a mi gerente —replicó ella.

Con James llevando su negocio y su vida, ¿para qué necesitaba un marido? No quería ni pensar en la posibilidad de que se fuera. Tendría que encontrar la forma de convencerlo. Cualquier forma.

Pero como era la segunda vez en un día que tenía que enfrentarse con un hombre decidido a hacer una estupidez, prefirió probar con un argumento lógico.

—No nos conocemos lo suficiente como para casarnos, Brian.

—Yo sí te conozco.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es mi color favorito?

—Pues...

—¿Qué me gusta hacer más que nada en el mundo?

—Pues... bueno, eso ya lo averiguaré.

—Sí, claro. Eso se llama «salir con alguien». Además, los hombres quieren acostarse con una mujer antes de casarse con ella. Bueno, en general, lo único que quieren es acostarse con ella.

—Ah, me alegro de que hayas sacado el tema —sonrió Brian—. Porque estoy libre después de cenar.

Seguro. Aquello era muy raro. Brian y ella tenían cosas en común, el trabajo sobre todo, pero nada que pudiera haber despertado una pedida de mano. ¿Qué estaba pasando allí? Ella era una chica de pueblo, pero llevaba muchos años viviendo en Nueva York y no acababa de caerse de un guindo.

Lily apartó la mano.

—Muy bien. ¿Qué pasa? ¿A qué viene esto?

—Deberíamos fusionar nuestros imperios. Piensa en las posibilidades.

—Nuestros... —Lily se quedó atónita. Desde luego, ella no tenía un imperio. Su empresa iba bien, pero la de Brian dejaba mucho que desear. Y si no sabía cómo iban los pedidos para la colección de primavera, podría no tener empresa siquiera—. Así que esto es una proposición comercial.

—Sí, pero pensé que pedirte que te casaras conmigo te gustaría más.

—O sea, que estabas mintiendo.

Él se encogió de hombros.

—Una mujer de éxito como tú necesita alguien que la apoye, alguien que la acompañe a los sitios, alguien que no se sienta ofendido cuando ella ponga el trabajo por delante.

Lily se quedó boquiabierta. La continua mención a la pasarela Espectacular, su falta de control con respecto a su empresa, que hubiera olvidado convenientemente la cartera en su última cita... de repente, todo tenía sentido.

—Estás buscando alguien que te mantenga.

Brian soltó una carcajada.

—En fin, es un poco brusco, pero sí, eso es exactamente lo que tenía en mente.

—Ya veo —murmuró Lily. Seguramente, quedaba en ella suficiente de la chica de pueblo como para que tal afirmación la dejase helada.

—Tú necesitas un hombre que esté atado a ti legalmente, en el que puedas confiar.

—Yo confío en James. Pero en ti no —replicó ella, levantándose—. Adiós, Brian.

Brian se levantó también.

—Espera, sólo quiero ayudarte. Como mujer, estás en una posición muy vulnerable...

Lily dio un paso adelante y puso los tacones de aguja peligrosamente cerca de su pie.

—¿Te parezco vulnerable?

—Pues... la verdad...

—Adiós, Brian —Lily se dio la vuelta y estuvo a punto de chocar con el camarero, que había acudido corriendo para ver qué pasaba.

—¿Quieres más vino, señora?

«Necesito mucho más vino, amigo».

—No, gracias. Me marchó.

Brian la tomó del brazo.

—¿Podrías prestarme algo de dinero? Estoy sin blanca.

¿Cómo se metía en aquellas situaciones? Lily miró al camarero, que dio un paso atrás, asustado.

—Vamos a compartir la cuenta —murmuró, sacando el monedero—. Él que pague lo suyo. Y si no, póngale a fregar platos.

Furiosa y roja de vergüenza, recogió su abrigo del guardarropa y le pidió al portero que le buscara un taxi.

¿Qué les pasaba a los hombres?

El tipo con el que había salido antes de Brian sólo estaba interesado en echar un polvo. Luego conoció a Brian y su sonrisa le pareció encantadora. Le molestaba un poco su actitud ligeramente superior, pero la mayoría de los diseñadores tenían un ego enorme. Si uno no cree en sus diseños, nadie más lo hará. Pero, ¿habría podido imaginar que era una hiena, que buscaba una mujer que lo mantuviese?

No, eso había sido completamente inesperado.

—Fusionar nuestros imperios. Será imbécil... —murmuró, mientras entraba en el taxi.

—Lo que usted diga —replicó el taxista, con su acento de Brooklyn.

—Aunque tuviera un imperio, ¿por qué iba a querer fusionarme con un tipo así vía matrimonio?

—Eso digo yo.

—Y como, además, no sé si me apetece acostarme con él, no veo ningún beneficio. ¿No es para eso para lo que vale el matrimonio, para tener aseguradas las relaciones sexuales?

—En mi caso no.

Otro golpe para el matrimonio. Su hermana se contentaba con la vida familiar, pero el sexo nunca había sido lo primero en su lista. Tenía la casa, los niños, la colada. Y su marido trabajaba doce horas al día para mantener a su familia cómoda y feliz.

Nada de eso era fácil. Pero se las arreglaban. Se querían y se arreglaban. Lily los admiraba, aunque dudaba que su vida pudiera ser algún día tan

tranquila.

—¿Se lo puede creer? ¡Quería casarse conmigo!

El taxista sacudió la cabeza.

—No se puede confiar en nadie.

—Desde luego. Y no es el primero. El año pasado, un médico con el que salía me propuso que me casara con él, que nos fuéramos a Connecticut y tuviéramos seis hijos.

—Los hombres son unos cerdos.

Lily se quedó mirando por la ventanilla del taxi. La gente que pasaba por la acera, los coches, las limusinas delante de los hoteles. Le encantaba Nueva York. Llena de locos, pero la mejor ciudad del mundo.

—Ya hemos llegado.

—Gracias.

Lily pagó el trayecto y le dio una propina de veinte dólares. Los taxistas eran majos. Los diseñadores con actitud y delirios matrimoniales, no.

James se quedó mirando a Teresa por encima de la carta.

—¿Has dicho algo?

—Dos veces —sonrió ella—. Te he preguntado qué querías tomar.

—No estoy seguro. La verdad es que no tengo hambre —suspiró James, frotándose el puente de la nariz.

No podía dejar de pensar en la expresión de sorpresa, y de angustia, en la cara de Lily.

Su reacción había sido inesperada.

Aunque era desorganizada y temperamental, también era inteligente y tenía mucho talento. Con el dinero que ganaba, necesitaba un asesor financiero, pero una secretaria decente podría encargarse de la oficina.

No necesitaba que alguien la llevara de la mano, que la sacara de la cama o la rescatara de una crisis nerviosa... Todas las cosas que él había hecho con sus antiguos clientes.

Quizá, a veces, le faltaba un poco de confianza en sí misma. Tenía confianza en su trabajo, pero no en su habilidad para tomar decisiones económicas o llevar la parte burocrática del negocio. Pero él sabía que podía hacerlo.

Como hombre, no podía negar que era atractiva: ojos verdes, pelo negro, una figura estupenda. Pero su temperamento, sus salidas nocturnas, su espontaneidad, su personalidad extravagante y su fiero carácter lo volvían

loco. Se parecía demasiado a su madre y a sus amigos actores, la gente a la que conocía desde la infancia, pero a la que nunca había entendido. De modo que necesitaba distanciarse de Lily.

Era una cliente y seguiría siendo una cliente.

—¿James?

Él parpadeó. Tenía que concentrarse en Teresa.

«Deja de pensar en Lily, chaval. Ahora no estás trabajando».

—Lo siento —murmuró. Teresa era la clase de mujer que le convenía, la clase de mujer que quería una vida tranquila, normal—. He tenido un día tremendo en el trabajo.

—He visto los zapatos de Lily en Bloomingdale's. Son muy... coloridos.

—Como Lily.

Teresa sonrió, apartándose un rizo rubio de la cara.

—Una profesora de secundaria no puede ponerse tacones de aguja, me temo.

—Mejor. Deben ser incomodísimos.

El camarero apareció entonces para tomar nota. James comía a menudo en aquel restaurante cerca de casa. Le gustaban las mesas viejas, la cocina, la comisa sencilla. Otras personas estaban de acuerdo con él, evidentemente, porque había cola para entrar.

—Hoy he hablado con ella sobre lo de retirarme.

—Ah, y supongo que no se lo ha tomado bien.

—No.

—Se apoya mucho en ti. Seguramente pensará que la estás abandonando.

—Creí que iba a tirarme algo.

—¿Y qué hizo, se puso a llorar?

James negó con la cabeza.

—No, pero se quedó muy disgustada.

—Dale tiempo. Lo aceptará y seguirá adelante, seguro.

Bueno, a James no le importaría que le echara un poco de menos. Aunque había empezado a trabajar para ella sin muchas ganas, la verdad era que le gustaba el trabajo.

Pero no por mucho tiempo. Pronto sólo tendría que preocuparse de sí mismo. De sí mismo y quizá de una familia.

Podía imaginar a Teresa retirada con él en Connecticut. Seguro que le gustarían los caballos o los perros. Le gustaría llevar un café y su vida sería tan normal como la de los demás.

—Tienes razón. Estará perfectamente bien sin mí.

—La gente como Lily siempre sale adelante.

Teresa había hecho el comentario sin celos y sin rabia. ¿No era ésa una cualidad ideal?

—Desde luego. Ella cree que éste es su sitio, está convencida. Supongo que es una mezcla de ego y fuerza de voluntad.

—Por lo que me has contado, parece muy... especial.

—Desde luego. En realidad, pega más con mis padres que yo.

—Tus padres son muy extravagantes, sí —rió Teresa.

—Especialmente mi madre.

—Pero muy divertidos. ¿Recuerdas la noche que los conocí? Tu madre y su amiga hicieron esa escena... Qué risa. Evidentemente, ha nacido para el teatro.

Le gustaba hablar con Teresa. Eran buenos amigos y su relación era muy agradable. Con sus padres como único ejemplo de matrimonio, James se dio cuenta enseguida de que eso no era lo que quería para sí mismo. Él no quería gente impulsiva y apasionada. Esos amores se quemaban pronto. Lo había visto constantemente entre los amigos de sus padres.

—¡James!

Su amigo Dalton Roberts se acercaba a la mesa con una rubia del brazo.

Dalton, que era abogado, se había mudado a Manhattan desde Carolina del Sur unos años antes, cuando su bufete se deshizo. Su socio y su mujer estaban manteniendo una aventura y, desde entonces, había decidido que no volvería a casarse jamás.

En realidad, Lily y él se parecían mucho, pensó. Si no tuviera una enorme aversión a hacer de celestino los animaría a salir juntos.

James le presentó a Teresa y Dalton les presentó a su amiga, Cindy. Dalton solía salir con mujeres muy llamativas, pero Cindy era... tremenda. Sobre todo, en la zona del busto.

—¿Qué tal va el negocio? —le preguntó Dalton.

—Bien. La primavera es una buena temporada.

En realidad, había prometido que le conseguiría asientos de primera fila en la pasarela Espectacular, porque estaba seguro de que le gustaría ver a las modelos de cerca, pero no quería decirlo delante de Cindy.

—He visto vuestro anuncio en la Quinta Avenida... qué maravilla. Si una mujer aparece así en mi casa...

El anuncio era muy provocativo, mostrando a una mujer por detrás, con una faldita corta y un par de zapatos de tacón de aguja. Y nada más.

Cindy se inclinó hacia delante y James temió que todos fueran a conocerla demasiado íntimamente de un momento a otro.

—¿Tú eres el que trabaja para Lily Reaves?

Había pronunciado el nombre de Lily con admiración. Aparentemente, las mujeres adoraban los zapatos tanto como los hombres los deportes. Y a las mujeres.

—Hace unos zapatos increíbles —siguió Cindy—. Ahora mismo llevo unos suyos —añadió, levantando la pierna por encima de la mesa.

James miró a Teresa, que tuvo que esconder una risita. La cena se estaba convirtiendo en un show, con Lily como tema de conversación. Y, desde luego, la tal Cindy fina no era.

Sí, sería estupenda para su plan, pensó James.

Capítulo 3

DE vuelta en su apartamento, pero aún vestida después de su desastrosa cena con Brian, Lily marcó el móvil de Gwen.

—Te necesito —le dijo, sin más preámbulo.

—¿Ahora? Estamos en el Tiger, Lily.

—Lo sé.

—Acabamos de ver a un rapero famosísimo.

—¿Quién?

—No me acuerdo de su nombre, pero ha pedido champán para todo el bar.

¿Qué te pasa?

—Que James se retira. Y Brian me ha pedido que me case con él.

—Eso no suena nada bien.

—Es un asco. Me voy a dar a la bebida.

—Espera un momento. Le estoy haciendo señas a Kristin y vamos para allá.

¿Alguna razón en particular para el retiro o la proposición?

—James quiere abrir un café en Connecticut. Brian cree que soy una mujer vulnerable que necesita protección.

—Sobre lo de que tú seas vulnerable, ni hablamos. ¿Pero qué demonios tiene de interesante Connecticut?

—Esa ha sido exactamente mi reacción.

—Bueno, espera. Te vemos ahora.

Cuando llegaron, Lily estaba sacando la pizza del microondas y bebiendo vino directamente de la botella.

—¡Dame eso! —gritó Kristin—. Por Dios bendito, al menos podrías usar un vaso.

—¿Para qué? Mi vida está destrozada.

Gwen la tomó del brazo para llevarla al sofá.

—No te muevas de aquí.

Lily estaba a punto de meterse un trozo de pizza en la boca cuando su amiga se lo quitó de las manos. Qué mujer. Qué carácter.

Gwen, Kristin y ella se conocieron cinco años antes en un seminario de negocios. Las tres habían terminado los estudios un par de años antes, Lily en el instituto de la moda, Gwen la carrera de programadora informática en la

universidad de Nueva York y Kristin en el instituto de cosmetología.

Ella entonces trabajaba para un famoso diseñador que nunca le dejaba aportar ideas. Las otras tenían experiencias similares así que, hartas de trabajar para otras personas, habían decidido abrir su propio negocio... y no tenían ni idea de cómo empezar.

Durante esos años habían compartido ideas, triunfos y fracasos en la vida profesional y en la personal. Y Lily se sentía más agradecida por esa amistad que por cualquier otra cosa.

Kristin llevó las copas y la botella de vino a la mesa.

—Empecemos por Brian.

—¿Por qué? Brian me da igual.

—Sí, pero a lo mejor eso me ayuda a entender por qué estabas bebiendo de la botella.

Gwen, alta, morena y delgada, con el pelo suelto y un tremendo vestido de color bronce, apartó un montón de revistas para sentarse en el suelo. Kristin, una rubia voluptuosa, llevaba un ajustado vestido de color rosa palo.

Les había estropeado la noche, pensó Lily. Y como se habían puesto tan guapas, se sentía doblemente culpable.

—No debería haberos llamado.

—De eso nada —replicó Kristin—. Además, no lo estábamos pasando tan bien.

Gwen abrió la boca como para llevarle la contraria, pero cambió de opinión a tiempo.

—Bueno, el caso es que Brian piensa que tú eres vulnerable y por eso te pidió que te casaras con él.

—Lo que yo quiero saber —dijo Gwen— es si le diste una patada en los huevos o le clavaste un tacón en el pie.

Lily echó el pelo hacia atrás.

—Ninguna de las dos cosas. Mostré una calma sorprendente.

—Pues será la primera vez.

—Pero no sabéis lo mejor. Según Brian, necesito una pareja que me apoye y me entienda. Tengo a James. ¿Para qué necesito una pareja?

Kristin hizo una mueca.

—Supongo que se refería a una pareja de verdad, alguien con quien compartir tu vida.

—Pero yo no estoy preparada para compromisos. Además, tengo a mis amigas.

—¿Y el sexo? —preguntó Gwen.

Lily tomó un trago de vino.

—Según el taxista que me trajo a casa, el matrimonio tampoco garantiza que uno pueda mantener relaciones sexuales.

—Mi prima dice lo mismo. Por lo visto, su marido y ella ya no lo hacen nunca.

—De todas formas, yo no estaba interesada en Brian —suspiró Lily, recordando la humillante conversación con aquel petardo.

—Los hombres están zumbados —dijo Kristin.

—Es normal que no estemos casadas y con una caterva de niños —asintió Gwen.

Lily imaginó a su amiga embarazada y le dio la risa.

—¿Tú embarazada? ¡Ja!

—A lo mejor algún día os doy la sorpresa.

—No eres muy maternal, chica —opinó Kristin.

—Matas a las plantas —añadió Lily.

—Y a los animales.

—Un pez —replicó Gwen—. Un estúpido pez y crees que soy una asesina.

—No puedes negar que tu casa es la tumba para cualquier helecho, ficus...

—No puedo evitar que la gente me regale plantas —replicó Gwen—. De hecho, fuiste tú, Lily, la última que me regaló algo verde.

—Junto con fertilizante e instrucciones muy precisas. Sigo sin entender cómo pudiste matar esa planta en menos de una semana.

—Yo la habría tirado por el balcón el primer día —dijo Kristin—. Así habría sufrido menos.

Gwen se cruzó de brazos.

—Dejad de meteros conmigo y volvamos al asunto, chicas.

Lily hizo una mueca.

—No quiero seguir hablando de Brian.

—De acuerdo. Es un imbécil —afirmó Kristin.

—Pues hablemos de James —sugirió Gwen—. ¿Cuánto tiempo te ha dado?

—Tres meses.

—¡Tres meses! Pues has tenido suerte, en general la gente se despide con dos semanas de aviso.

—James es una persona muy seria. Siempre planea bien las cosas.

Y ella no. Otra razón por la que no podía dejarlo ir. Ojalá pudiera dejar de pensar que, en cuanto James se fuera, su negocio se iría por la ventana, pero

no podía quitarse el miedo de encima.

—Muy bien. Tenemos tiempo para convencerlo de que se quede —dijo Kristin.

—¿Cómo?

—Acuéstate con él —sugirió Gwen, quitándose los zapatos.

Kristin levantó su copa.

—Me parece un plan estupendo. Está buenísimo.

Lily miró a sus amigas.

—¿Que está buenísimo? ¿James?

—Tiene unos ojos preciosos.

—Y un buen culo.

¿Un buen culo? ¿Había estado dormida durante los últimos nueve meses?

—¿Desde cuándo os gusta mi gerente?

Gwen sonrió.

—Desde que llegó.

Lily negó con la cabeza.

—Pues no pienso acostarme con él.

Pero no porque James fuera un hombre con el que resultara imposible acostarse, sino porque a) seguramente él no querría saber nada y b) de inmediato sabría que era un plan para retenerlo.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana. ¡Connecticut, por favor! ¿Por qué alguien querría vivir en Connecticut?

—Es un sitio tranquilo y elegante. Hay muchas fincas y pueblos bonitos...

—Y tienen buenos restaurantes.

—No me estáis ayudando nada.

—¿Qué tienes en contra de los pueblos?

—Que hay vacas.

Gwen levantó los ojos al cielo.

—¿Por qué no haces una lista de los pros y los contras de irse a Connecticut? A James le gustan las listas.

Kristin hizo una mueca.

—¿Y qué pondría en esa lista?

—La emoción de la gran ciudad, por ejemplo —sugirió Lily.

—Pero él quiere paz y tranquilidad, ¿no? —objetó Gwen.

—Aquí también hay paz y tranquilidad. ¿Para qué está Central Park?

—Y el Metropolitan. Cultura, refinamiento, turistas señalando los Van

Gogh... No, bueno, quizá no.

Lily fulminó a sus amigas con la mirada.

—El teatro, las discotecas, las tiendas, los restaurantes, Bloomingdale's, Tiffany, Elizabeth Arden...

—Sinceramente, dudo que James eche de menos a Elizabeth Arden —suspiró Gwen.

—No, los cosméticos no son lo suyo —rió Kristin.

—Ya lo tengo. ¡Los Yankees! —exclamo Lily—. James adora a los Yankees. Le regalé unas entradas por su cumpleaños... Los partidos es lo único que le interesa además del trabajo y si no puede ir, los ve en televisión. El estadio de los Yankees está muy lejos de Connecticut.

Kristin levantó su copa.

—Ah, buena idea. Por cierto, me encantan tus sandalias. Son divinas.

A Lily se le hizo un nudo en la garganta.

—No volveré a diseñar más sandalias cuando él se vaya.

—No digas tonterías, chica —replicó Gwen, tirándole un cojín.

—¿Seguro que perder a tu gerente es lo único que te preocupa? —preguntó Kristin.

—Pues claro. James es muy importante para mí.

Kristin y Gwen se miraron.

—¿Seguro que sólo te preocupa perderlo como gerente? —preguntó Kristin.

—No sé qué quieres decir.

—Lo que Kristin intenta preguntar es si te gusta.

Aquellas dos habían perdido la cabeza. ¿Que si le gustaba James? ¿El hombre que pensaba que llevar una camisa beige y no blanca era un riesgo innecesario? ¿El hombre que, probablemente, tenía organizado el cajón de los calcetines? Como gerente no querría a nadie más, como amante... olvídate.

—¿De dónde habéis sacado esa idea? A mí James no me gusta.

—Me parece que estás hecha un lío —dijo Kristin.

—Claro que estoy hecha un lío. Estoy a punto de perder mi negocio.

—¿Eso es todo? —insistió Gwen.

—¿No te parece suficiente?

—Yo creo que estás cometiendo un error. James es... —empezó a decir Kristin.

—Listo —dijo Gwen.

—Responsable.

—Leal.

—Guapo.

Lily se cruzó de brazos.

—James es mi gerente.

—No por mucho tiempo —dijeron sus amigas a la vez.

—Por favor... me estáis alegrando demasiado —suspiró Lily, levantándose para ir a buscar otra botella de vino. Mientras llenaba las copas, consideró su estrategia con James. A él le gustaría ver una lista con los pros y los contras... sin los pros, porque no quería que se fuera.

—A lo mejor podría demandarlo por cancelar el contrato o algo así.

—Su contrato termina dentro de tres meses —replicó Gwen—. No puedes demandarlo.

—También podrías hacer otra cosa... ser muy amable con él, por ejemplo.

Lily sonrió por primera vez en toda la noche.

—¡Eso es!

James no sabía cuánto lo necesitaba. No sabía lo agradecida que estaba por su ayuda. Ella tenía tendencia a ser obstinada y los diseños para la pasarela Espectacular le habían robado tanta energía que se había olvidado de su mejor empleado. Y como había aprendido en el seminario de negocios, eso no podía ser.

—¿Qué?

—Que nunca le he dicho lo importante que es para mí.

Kristin dejó su copa sobre la mesa.

—Podrías invitarle a cenar. Hacerle algún regalo...

—¿Qué tal un aumento de sueldo? —sugirió Gwen.

Kristin arrugó el ceño.

—Qué sutil.

—¿Desde cuándo es Lily sutil?

—Dejad de discutir y ayudadme a trazar un plan —protestó ella.

A la mañana siguiente, mientras James contestaba sus e-mails, Lily apareció en su oficina con una galleta gigante de chocolate.

—Muchas gracias. ¿Y esto?

James se maravilló de que, a pesar de tener los ojos hinchados, Lily pudiera seguir estando guapa.

—Sólo quería hacerte saber que te aprecio.

Ésa era Lily, sutil de la cabeza a los pies... cubiertos por unos botines de

piel rosa.

James tomó un trozo de galleta y se lo ofreció. Lily hizo una mueca.

—No, gracias. Es muy temprano para mí.

—¿Anoche te acostaste tarde?

—Un poquito. Bueno, en realidad, volví a casa temprano y llamé a mis amigas.

Ah. Las tres divas. Ninguna de ellas lo entendía. Y lo que él no entendía era que, después de ponerle verde, Lily le llevara una galleta gigante.

—¿Qué tal tu cita?

—Bien.

—¿Bien?

—Sí. ¿Por qué?

—No, por nada —suspiró Lily.

—¿Vas a seguir con los diseños para las sandalias de brillantes?

—No, en realidad había pensado echarte una mano.

—¿Echarme una mano? —repitió James. Sí, allí pasaba algo—. ¿Con qué?

—Podría archivar cosas. O arreglar tu despacho.

James miró la immaculada habitación. El calendario estaba colocado en paralelo con el borde de la mesa. Los lapiceros y bolígrafos todos boca abajo en el bote. El ordenador, el escritorio y las carpetas libres de polvo.

—¿Quieres limpiar esto?

Ella sonrió.

—Tú te lo mereces todo. Eres el mejor.

—Ya.

Apostaría sus entradas para el partido de los Yankees a que Lily y sus amigas habían puesto en marcha un plan para que se quedase. Un plan transparente, claro, pero debía admitir que le sorprendía que hubiera decidido empezar con halagos.

—¿Estás estresado? —preguntó Lily—. Podría darte un masaje en los hombros.

—No creo...

Demasiado tarde. Lily se colocó detrás de él y puso las manos sobre sus hombros.

—¿Qué haces?

—Darte un masaje, hombre.

Era impropio, pero le gustaba, pensó James. No, no le gustaba. De hecho, no le gustaba nada que Lily le diera un masaje en horas de oficina. Y tampoco

fuera de horas de oficina.

Él valoraba mucho su profesionalidad. Que su jefa le diera un masaje no entraba en lo que él consideraba decoro profesional.

Y, sin embargo, no pudo evitar cerrar los ojos... Debería decirle que parase. Debería detener aquello. Pero no era tan malo, Lily no podía tener ninguna intención sexual.

Ella no era el tipo de mujer que le atraía y estaba seguro de que tampoco él atraía a Lily. Por lo que había visto, le gustaban los hombres más seductores, más divertidos.

Lily nunca lo había tratado más que como un empleado, aunque habían empezado a hacerse amigos en los últimos meses. Como amigo, podía aconsejarla, pero nunca mezclarse demasiado en su vida.

Además, ella no era parte de su plan. Iba a marcharse de allí, dejando a Lily con sus colecciones, sus amigos, sus fiestas y su loco estilo de vida. Su objetivo era una vida normal y esa vida no incluía a alguien como Lily Reaves.

Pero ella estaba tocando su cuello, el roce de sus dedos haciéndole sentir un escalofrío. Aquello había ido demasiado lejos...

Garnet entró entonces en la oficina.

—Ay, ya me parecía a mí que olía a chocolate.

Lily se apartó y, por fin, James pudo volver a la realidad.

Garnet miró la galleta, le dio un mordisco y colocó el trasero sobre el escritorio.

—Qué rica.

—Muy bien, Garnet —suspiró Lily—. Estás en tu casa. Dale un mordisco a la galleta, no te cortes.

—No te oigo. Mis papilas gustativas están teniendo un orgasmo.

Por una vez, James se alegraba de ver a Garnet.

—Estaba trabajando antes de que me interrumpierais.

—¿No te ha gustado la galleta? —preguntó Lily.

—La galleta está buenísima —contestó Garnet.

—Sí, me ha gustado la galleta —suspiró James.

Iba a echar de menos esa cara tan bonita, pensó. Pero no debería ser una persona tan importante en su vida. Él no tenía nada que ver con la industria de la moda. Personalmente, le gustaba un buen traje como a cualquiera, pero aquella obsesión con zapatos y vestidos que sólo se ponían una vez, aquella obsesión por bolsitos en los que no cabía nada y que costaban un ojo de la

cara lo ponía de los nervios.

—Pero no necesito una galleta.

—Todo el mundo debería saber lo importante que es para una empresa. Y tú eres el miembro más importante de esta empresa, James.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no está mi nombre en la puerta?

—¿Eso es lo que quieres? Podríamos...

—No, Lily, no es eso lo que quiero.

Garnet levantó una mano.

—Yo sí.

—Garnet, por favor...

—Me alegro de que aprecies mis servicios, Lily, pero no necesito galletas.

—Yo... —empezó a decir Garnet antes de que Lily la interrumpiera.

—Sólo quiero que te sientas a gusto.

Pero James no podía decir que lo estuviera. Por eso quería irse a Connecticut. Él quería hacer otra cosa. Tener un café, estudiar alta cocina, administración de empresas. Ver las estrellas por la noche.

—Tú eres mi cliente favorita.

Por supuesto, los otros clientes habían sido estrellas de cine o de la música a los que no aguantaba ni su padre.

Y eso sólo los hombres.

—Muy bien, señoras. El recreo ha terminado. Todo el mundo a trabajar.

Garnet apretó la galleta contra su pecho.

—Me voy, pero esto se viene conmigo.

Lily intentó quitársela.

—Esa galleta es de James. Devuélvesela.

—Yo llevo cuatro meses trabajando aquí y nadie me ha regalado nunca una galleta. La necesito.

—No es tuya —protestó Lily, intentando quitársela.

James sacudió la cabeza. Un día normal en el trabajo.

—¡Señoras! ¿Qué tal si dividimos la galleta? No me importa compartir.

—Muy bien —asintió Lily, fulminando con la mirada a su recepcionista.

James tomó el abrecartas de plata y, con mucho cuidado, cortó lo que quedaba de galleta por la mitad.

Cuando la puerta se cerró por fin, se dejó caer sobre la silla, agotado.

Lily era una mujer orgullosa e independiente, no solía hacerle la pelota a nadie. En cuanto se hubiera dado cuenta de que su decisión de marcharse era firme, dejaría de intentar convencerlo, se dijo.

Entonces volvió a trabajar, devolviendo llamadas, hablando con los otros diseñadores sobre los planes para la pasarela Espectacular... Aunque una empresa especializada se encargaría de instalar la pasarela y los asientos, habían decidido construir ellos mismos el decorado para no llevarse sorpresas. Pero los otros diseñadores sólo querían enviar un cheque y dejar que él se encargara de todo. Como siempre.

James aceptó encargarse del proyecto y colgó el teléfono.

Toc, toc, toc.

—James...

—Pasa —dijo él, preparándose para la entrada de Lily. Debería haber sabido que volvería a la carga.

Ella entró, con una sonrisa en los labios, una camisa rosa pálido y una minifalda negra que no cubría ni lo mínimo.

Aunque iba a menudo a la oficina en minifalda y él debería ser inmune a sus encantos, James se quedó mirándole las piernas con los ojos como platos de postre.

¿Qué había sido de la camiseta y los vaqueros que llevaba antes?

—Hola.

—Hola —murmuró él, mirando la pantalla del ordenador.

«No voy a mirarla», se decía a sí mismo. «Esto es ridículo. Llevo casi un año trabajando para ella».

—¿Qué tal si paramos para comer?

—Quizá más tarde.

«No mires».

Pero olía su perfume... una fragancia que una amiga perfumista había creado exclusivamente para Lily.

—He pedido la comida en Angelo's.

James levantó la mirada.

Y estuvo a punto de atragantarse. Las piernas de Lily, las largas y suaves piernas de Lily estaban sobre el escritorio.

—He pedido tu comida favorita —siguió ella.

—¿*Linguini* con gambas? —preguntó James, con voz ronca.

—Sí.

—Pues... —él volvió a mirar las piernas, sudando. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué lo afectaba de tal forma?, se preguntó—. Muy bien.

—He estado pensando en lo que dijiste antes, ya sabes, lo de poner tu nombre en la puerta. Podría hacerte socio —dijo Lily entonces.

Aliviado al poder concentrarse en otra cosa que no fueran esas dos piernas, James suspiró.

—Lily, no quiero ver mi nombre en tu puerta. Quiero mi nombre en mi *propia* puerta. Yo no soy diseñador y tú no te has pensado la oferta en serio.

Ella se encogió de hombros.

—Entiendo que quieras tener tu propio negocio y dirigir tu destino. Yo también quería esas cosas. Y ahora que las tengo, no pienso abandonarlas. Pero entender y aceptar son dos cosas bien diferentes. De verdad creo que vas a cometer un error, James. Serás muy infeliz en Connecticut.

—No es verdad.

—¿Y si te lo demuestro?

—Podrías intentarlo.

¿Qué estaba haciendo, animarla?

Los ojos de Lily empezaron a brillar y James se asustó.

—Lo que quiero decir es...

—¿Comemos?

—Sí, pero...

Lily saltó del escritorio y se dirigió a la puerta. Fue entonces cuando James vio los zapatos negros de tacón con lunares rosas.

¿Por qué no diseñaba zapatillas para Nike? Así todo sería mucho más fácil.

—Te espero en la sala de juntas. No quiero que se enfríe la comida.

Cuando desapareció, él dejó escapar un suspiro. Tenía que recordar que Lily intentaba chantajearlo con comida. Y con sus largas piernas.

El plan estaba claro. Pero no lo convencería porque él era un hombre práctico. Un hombre que planeaba cuidadosamente sus movimientos.

De modo que se levantó de la silla para ir tras ella.

Capítulo 4

LILY sonrió al ver que James se apoyaba en el respaldo de la silla, dejando escapar un largo suspiro de satisfacción.

Se había comido un enorme plato de *linguini* con gambas y ella, mientras tanto, había hablado de unas cosas y otras, como si no pasara nada. Iba a convencerlo para que se quedara, no a hacer pucheros. Una mujer que había salido de una granja en Iowa y había conseguido el éxito en Nueva York no se ponía a llorar cuando las cosas iban mal.

—¿Qué tal un arco al fondo?

—¿Qué? —exclamó James.

—Un arco, en la pasarela Espectacular, al final. Podría ser como un puente entre el invierno y la primavera.

James miró alrededor como si hubiera olvidado dónde estaba y Lily sacudió la cabeza. No debería haber sacado el tema profesional tan pronto. James parecía tan relajado. Estaba guapo, sexy incluso.

¿Sexy?

A lo mejor el plato de *linguini* la había afectado, pensó entonces. Porque James era mono, desde luego, ¿pero sexy? De eso nada. Gwen y Kristin le habían metido esa tontería en la cabeza.

—Un arco suena bien —dijo James.

—Y también podríamos poner luces.

—Luces —repitió él, sacando un cuaderno para tomar notas.

Las luces de la sala de juntas parecían enfocarle sólo a él, acentuando las mechas más claras de su pelo. ¿Cómo no se había dado cuenta de eso antes?

«Porque da igual cuál sea el color de su pelo mientras siga dirigiendo mi oficina. Cálmate, chica».

—¿Quieres que coloquemos las luces por todo el arco o sólo arriba?

—Las dos cosas.

—Y necesitaremos plantas y flores al fondo.

—Bueno, pero deben ser de tela, por si acaso alguien tiene alergia —sugirió James.

—Sí, claro, no estaría bien que las modelos estornudaran en medio de la pasarela.

—Un buen estornudo haría que algunas modelos salieran *volando* de la pasarela.

Lily sonrió.

—Muy gracioso. Por cierto, ¿cómo es esa chica con la que estás saliendo?

James miró su cuaderno.

—Rubia, atractiva, estatura normal, ojos azules. ¿Por qué?

Jo. Qué romántico. Le había preguntado cómo era, no que le diera la descripción de su permiso de conducir.

—Intentaba imaginarte con una chica alta y flaca, estilo modelo, y no era capaz. ¿Es inteligente?

—Es inteligente. ¿Podemos volver a la pasarela?

—Sí, claro. Perdona. Es que anoche me acosté tarde.

—Queremos luces en la pasarela, ¿no?

—Sí, claro, muchos focos. ¿Qué tal si los ponemos de diferentes colores? Sería bueno para una colección de primavera.

James negó con la cabeza.

—No, las fotos serían un problema. Habrá docenas de fotógrafos y cámaras, así que necesitamos una iluminación potente. El color deben ponerlo las colecciones.

James era perfecto para eso. Cuando ella se lanzaba con una idea, él le recordaba lo que era importante.

Algo sencillo. Algo que, seguramente, mucha gente podía hacer. Pero ella necesitaba a James. Alguien con quien contrastar sus ideas, alguien en quien confiar, alguien que fuera bueno en temas en los que ella no lo era.

—¿Lily? —oyeron la voz de Garnet por el intercom—. Están aquí.

Por fin. Lily se levantó de la silla.

—Y ahora, vamos a divertirnos.

—¿Qué?

—He pedido que vengan a hacernos la manicura y la pedicura aquí mismo, en la sala de juntas. A los dos.

—La mani... No, de eso nada.

—¿Por qué no? ¿Te la has hecho alguna vez?

James se levantó, indignado.

—No. Y no pienso hacerlo ahora.

—Sí vas a hacerlo. Te mereces unos mimos —replicó Lily, empujándolo para que volviera a sentarse.

Kristin le había asegurado que los hombres se hacían la manicura y aunque

James era muy conservador, siempre iba impecable.

Cuando la puerta se abrió, él se puso pálido.

—No pienso quitarme los zapatos en la oficina.

Lily se puso en jarras.

—Ay, por favor, qué hombre.

Luego le presentó a Marla y a Samantha, las dos esteticistas del salón de Kristin.

—Es virgen —les dijo—. Id con cuidado.

—Lily, ¿puedo hablar contigo? —preguntó James, con voz estrangulada.

—Sí, pero siéntate. Podemos seguir hablando de la pasarela mientras nos hacen la pedicura. Muy eficiente, ¿eh? Así no perdemos tiempo.

James miraba a Samantha y su palangana con cara de pocos amigos.

Con sus batas blancas, aquella dos chicas parecían más enfermeras que esteticistas. Lily no lo entendía. ¿Por qué no dejaba que lo mimase un poco? ¿Qué había de malo?

—Venga, a Samantha no le importa que tengas los pies feos.

—No tengo los pies feos —replicó él.

—Demuéstralo.

James murmuró algo pero, por fin, empezó a quitarse los zapatos.

—¿Contenta?

—Inmensamente —sonrió ella, mirando sus pies—. No están mal. Tienes los dedos bonitos.

James se puso colorado.

—Esto no es normal, Lily. En una oficina nadie se hace la manicura y la pedicura.

—Pues debería hacerse más a menudo.

Él cerró los ojos, suspirando.

—Un día normal en la oficina. ¿Eso es tanto pedir?

Lily le dio un golpecito en la rodilla.

—¿Quieres relajarte de una vez? Nadie te va a pintar las uñas de rosa.

En Starbucks unos días después, Lily tomaba un capuchino mientras esperaba a Fedora, la madre de James. Como siempre llegaba tarde, seguramente tendría veinte minutos para decidir qué iba a contarle.

Le gustaban los bocetos de las sandalias de brillantitos en los que estaba trabajando, pero le parecía que faltaba algo. Quizá en lugar de alternar piedras

amarillas y blancas debería hacerlas todas blancas... O azules. Había mucho amarillo en la colección, pero poco azul.

¿Querrían arriesgarse las clientes a tener que comprar un vestido en el mismo tono de azul?

Ella lo haría. ¿Era normal usar tanto color?

Frustrada por su indecisión, Lily apartó el café. Ojalá pudiera culpar de sus problemas a la cafeína, pero no era eso. Era James. James y lo que él consideraba «normal».

Tenían días normales todos los días. Iban a trabajar, hacían café, contestaban al teléfono, diseñaban bocetos, comían, trabajaban más, hablaban más por teléfono y luego se iban a casa. ¿Qué había de anormal en eso?

Pero, evidentemente, algo iba mal.

Cuando James se relajó por fin, pensó que disfrutaría de la manicura y pedicura, pero claramente el asunto lo había dejado perplejo y Lily se preguntó si no habría dado un paso atrás en lugar de un paso adelante.

—Hola, siento llegar tarde —la saludó Fedora, con un vestido color ciruela—. Anoche tuvimos un ensayo hasta muy tarde... el director quería cambiar cinco frases y todo el mundo acabó de los nervios.

—Es que no son tan profesionales como tú.

Fedora hizo un gesto con la mano.

—No tienen tanta experiencia como yo. Yo soy tan vieja como el teatro.

Lily levantó una ceja.

—No eres tan vieja.

Fedora dejó escapar un suspiro muy teatral.

—Sí lo soy.

Como se encontraban un par de veces al mes para comer y se habían convertido en amigas, Lily sabía que a la madre de James le pasaba algo.

—¿Qué ocurre?

—Nada, que soy vieja.

—No lo eres —replicó Lily, poniendo una mano en su brazo—. Eres encantadora y tienes muchísimo talento.

Fedora negó con la cabeza.

—Mi vida es un aburrimiento. La tuya sí que es emocionante. Eres libre para ir donde quieras y hacer lo que quieras...

—¿Martin te mantiene prisionera?

Fedora soltó una carcajada.

—Ay, Lily, cómo me alegro de que seas mi amiga. Tienes toda la razón. Y no

sé lo que me pasa. Martin me vuelve loca a veces, pero aún así, es mío. Es que últimamente todo me molesta.

¿Esa depresión tendría algo que ver con James y su retiro en Connecticut? Lily no le había contado nada y no sabía si hacerlo. Una cosa era trazar un plan con sus amigas para que James no se fuera de Nueva York, otra muy diferente involucrar a su madre.

Antes de que pudiera seguir hablando, sonó el teléfono de Fedora y, unos segundos después, la madre de James le pedía disculpas y salía a toda prisa del café.

Sola y frustrada, Lily se concentró en las piedras. Incluso sacó un cuaderno de bocetos, pero no podía concentrarse. Miró por la ventana la gente que pasaba, las tiendas de flores, los turistas... ¿Eran normales? ¿Era normal ir andando a trabajar? Ella lo hacía todos los días.

Luego sacó el móvil y llamó a Gwen.

—Gwen, ¿qué se hace en una oficina normal?

—Lily, tengo que redactar programas y enviar e-mails a mis clientes, no tengo tiempo para otra crisis.

—¿Lo ves? Normal significa estrés y prisas. Él no entiende eso.

—¿Quién es él?

—James.

—Ah.

—Él quiere que todo sea normal. ¿Cómo voy a conseguir eso?

Gwen se quedó callada y Lily se lo pensó un momento. ¿De verdad quería cambiar para acomodarse a los deseos de James? ¿Era necesario comprometerse de esa forma?

Sí.

—Tendrás que pedirle ayuda a Garnet.

Lily dejó escapar un largo suspiro.

—Si no me queda más remedio...

—Y creo que también deberíamos hacer ciertas modificaciones en tu vestuario.

Lily estuvo a punto de ponerse a llorar.

—¿Qué le pasa a mi vestuario?

—Nada. Pero cuando James dice «normal», se refiere a algo conservador. Si haces un esfuerzo para que se encuentre cómodo lo notará, seguro.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Recuerda estas palabras: silenciosa, eficiente, a tiempo.

Operación Día Normal empezó a la mañana siguiente. Lily esperó hasta que oyó a James entrar en la oficina y luego salió de su apartamento de puntillas. Intentaba imaginar su sorpresa cuando descubriera un capuchino calentito sobre su escritorio.

Aunque no sabía durante cuánto tiempo podría seguir haciendo aquello. Aquel hombre se levantaba *muy temprano*.

Iba de puntillas por el pasillo cuando Garnet abrió la puerta y la boca para gritar su consabido: ¡Estoy aquí!

—Llama a James y dile que has llegado. Pregúntale si necesita algo.

Garnet la miró como si de repente le hubieran salido antenas.

—Bueno.

Aquello tenía que funcionar. Al fin y al cabo, Gwen era la única mujer de negocios que conocía.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Lily después.

Garnet tomó su bolso y empezó a buscar algo.

—Gracias, pero no.

—Garnet...

—Ha dicho que gracias, pero que no necesitaba nada.

—¿Pero con qué tono, sorprendido, encantado?

—No lo sé. Sorprendido, creo.

Gwen era un genio. A lo mejor sí podría funcionar.

—Muy bien, éste es el plan. Hoy vamos a ser normales.

Garnet se detuvo, con un frasco de laca de uñas en la mano.

—¿Qué?

—¿Recuerdas ayer cuando llegaron las chicas del salón de belleza y tú usaste el intercom en lugar de ponerte a gritar por el pasillo?

—Sí. No sé qué me pasó.

—Pues hoy tienes que hacer cosas así.

Garnet inclinó a un lado la cabeza, mirando a Lily de arriba abajo.

—Llevas un traje oscuro y zapatos planos.

—Los he encontrado al fondo del armario. Creo que me los puse cuando fui a pedir un préstamo al banco.

Garnet arrugó la nariz.

—Y llevas moño.

—¿Te parece demasiado?

—Es horrible.

Lily se miró en el espejo del pasillo. Sí, bueno, quizá lo del moño era

pasarse.

—Podemos hacerlo, Garnet —dijo, quitándose las horquillas—. Gwen dice que debemos ser eficientes, silenciosas y hacerlo todo a su tiempo.

—¿Nosotras?

Lily la miró por encima del hombro.

—Nosotras. Imagínate que estás haciendo el papel de una secretaria en televisión. Eres una secretaria eficiente, pasas las llamadas enseguida. Si alguien te pide un café, se lo llevas con una sonrisa en los labios. Nada de comidas de dos o tres horas. Nada de gritos por el pasillo. Nada de pintarte las uñas.

La expresión de Garnet era de absoluta y profunda desolación.

—¿Y durante cuánto tiempo tendremos que hacer *eso*?

—Empezaremos hoy y ya veremos cómo va.

—¿Y por qué tenemos que hacer *eso*?

Lily no le había contado que James quería retirarse. Era humillante y tenía miedo de que, diciendo esas palabras en voz alta, de repente se convirtiera en realidad.

—Hazlo, por favor. Si lo haces durante todo el día, te regalaré un par de zapatos.

La sonrisa de Garnet podría haber iluminado toda la habitación.

A las cinco en punto, James se dirigió a la sala de juntas, donde Lily lo esperaba. Lily y Garnet, que estaban colocando caviar y champán sobre la mesa.

Sólo aquellas dos podían considerar eso como algo «normal».

Y el traje oscuro era horrible, pensó. Entonces recordó el descanso que habían hecho por la mañana...

—He pensado que deberías relajarte un poco —había dicho Lily, con una bandeja de café y cruasanes.

—Llevas un traje de chaqueta.

—Llevo traje algunas veces.

—Y zapatos bajos.

—A veces soy una mujer de negocios muy conservadora, no te creas —sonrió ella—. Además, ha sido idea tuya.

—Estás planeando algo.

—No, sólo estoy trabajando.

—Nunca me has traído café y cruasanes. ¿Y qué pasa con Garnet? Es amable, pasa las llamadas correctamente...

—Estamos intentando ser eficientes, James. Trabajar como en una oficina normal. ¿Eso es malo?

En realidad, le daba pánico.

Debía admitir que estaban siendo más o menos «normales». Se contestaban las llamadas, el intercom se usaba correctamente, Lily iba apropiadamente vestida, nada de minifaldas, nada de tacón de aguja... nada de manicuras y pedicuras. Lily no había entrado en su despacho con alguna idea loca, ni iba corriendo por el pasillo, Garnet no mascaba chicle...

Todo aquello era rarísimo.

Era difícil admitirlo, pero... Él no quería cambiar a Lily. Sólo quería cambiar su propia vida. Y aunque Lily intentaba demostrarle que podía gustarle trabajar allí, lo único que había conseguido era demostrarle que aquél no era su sitio.

—¿Qué tal? —oyó que le preguntaba a Garnet.

—Bien, bonito. Le gustará. Pero, chica, menos mal que vas a regalarme unos zapatos. ¿Tienes idea de lo agotador que es hablar con toda esa gente todo el día?

Lily colocó hielo en un bol de cristal y puso el caviar encima.

—*Toda esa gente* paga las facturas, Garnet.

—Lo sé, lo sé. ¿Cuándo vas a darme los zapatos?

—Hablaemos después.

—Bueno, pues cuando me los des quiero hacerte algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Diseño.

—¿Qué diseño?

—Zapatos. Como los que tú haces.

¿Garnet tenía ambiciones de ser diseñadora? James había estado tan ocupado criticándola que jamás se le ocurrió la idea.

Y Lily parecía pensar lo mismo porque miraba a su recepcionista con gesto de incredulidad.

—¿Quieres diseñar zapatos?

—Es posible.

—Muy bien. Buscaré tiempo para ti dentro de un par de días.

Sonriendo, Garnet se dio la vuelta

—Ah, James, hola. Ya me contarás qué has hecho para que Lily esté tan

amable contigo.

—Le he dicho que me voy.

—Lo dirás de broma.

—Garnet, quítate esos zapatos antes de irte —dijo Lily entonces—. Tienen que estar en la oficina de Carlota Gambini mañana.

La recepcionista dejó escapar un suspiro.

—Tiene que haber trabajos mejores que éste.

—Posiblemente —suspiró James—. Creo que están contratando en Tommy Hilfiger.

Garnet se alejó, con los ojos brillantes.

—James —lo llamó Lily, pasando la mano por el mantel de seda negro cubierto con pétalos de rosa.

Un mantel negro. ¿Dónde estaba su fuego, su temperamento, su alegría, su color?

—¿Qué es esto?

—Ven a tomar una copa de champán.

James se acercó. Le habría gustado desabrochar los botones de la camisa blanca...

—¿Qué estás planeando con Garnet?

—Nada. Hoy está trabajando muy bien, ¿verdad?

Parecía tan esperanzada que James no quiso desilusionarla.

—Bueno, por lo menos no ha dejado a nadie esperando al teléfono durante una hora.

—¿Lo ves? Yo creo que, por fin, se está enterando de cómo funciona esto.

—Y yo esperando que se aburriera y se fuera a destrozar la oficina de otro diseñador...

Casi le daban ganas de llamar a la oficina de Tommy Hilfiger para advertirles.

Pero al recordar la tendencia de Garnet de invertir números de teléfono se lo pensó mejor.

—Tienes que admitir que ha sido un día normal.

—Desde luego que sí. Bueno, ¿qué es todo esto? ¿Una fiesta de despedida?

—No seas bobo. Aún no te vas. Sólo quería mostrarte mi aprecio por tu trabajo. Mis diseños no estarían en la pasarela Espectacular de no ser por ti. Seguramente le habrían dado mi espacio a Jimmy Choo.

—Eso no es verdad. Estaban deseando conseguirte a ti.

—Pero tú has sido fundamental en las negociaciones. ¿Qué piensan los otros

diseñadores del arco?

—Lo han dejado todo en mis manos.

—¿Te han dejado a ti todo el trabajo? Bueno, no te preocupes. Yo te ayudaré.

—No hace falta, gracias. Tú tienes otras cosas que hacer.

—¿Lo ves? Es que no tienes precio.

—No va a funcionar, Lily.

Ella parpadeó.

—¿Qué no va a funcionar?

Aunque hubiera disfrutado de una correcta y eficiente Garnet, no podía dejar que se hiciera aquello a sí misma. No podía aprovecharse ni hacerse el tonto.

—No pienso cambiar de opinión.

Paciencia y buena voluntad agotadas, Lily dio una patada en el suelo.

—¿Y por qué no?

—Agradezco todos tus esfuerzos, pero me marchó dentro de tres meses. Ésa es mi decisión.

Ella empezó a pasear por la sala de juntas, murmurando, levantando los ojos al cielo. Incluso levantando los brazos al cielo. Por fin, se volvió hacia él.

—¿Cuando dices que quieres sentar la cabeza te refieres a casarte? Dijiste que querías sentar la cabeza en Connecticut.

—Sí, me gustaría —contestó James, preguntándose cuál sería su nueva táctica. Rendirse sin luchar no estaba en los genes de Lily Reaves.

—Pues vas a tener que ponerte a buscar novia lo antes posible. No creo que haya mucha vida social en Connecticut.

—Ya salgo con alguien, ¿recuerdas?

Lily lo miró, boquiabierta.

—¿No me digas que vas en serio?

No, en realidad no. Teresa y él no habían intercambiado más que un par de besos. Pero ella era su tipo, la clase de mujer con la que debería casarse. Estaba seguro de que sus sentimientos por ella se harían más profundos con el tiempo. Además, él no estaba interesado en una gran pasión. Eso era demasiado complicado.

—Podría ser. Oye, ¿por qué crees que no hay mucha vida social en Connecticut?

—Bueno, porque tienen vacas y cosas así, ¿no?

—¿A las mujeres no les gustan las vacas?

—No.

Sonriendo, James tomó una tostada con caviar. Cuando no le estaba volviendo loco, Lily era tronchante.

—¿No te gustaba crecer con vacas en la granja de tus padres?

—No.

—Yo creo que las vacas son muy monas.

Ella arrugó la nariz.

—Huelen mal. No son nada listas y no valen para nada más que para dar leche. Bueno, a lo mejor son un poco monas cuando te miran con esos ojos, pero... tú eres un urbanita. No te gustan las vacas, ni sabes qué hacer con ellas.

—¿Y si me compro un perro? Las mujeres no pueden resistirse ante un cachorro, ¿verdad?

—Depende del cachorro —contestó Lily—. Por cierto, los Yankees no juegan en Connecticut.

—Puedo venir a Nueva York cuando jueguen.

Iba a echar de menos los partidos, pero podría comprar una televisión de plasma, de esas en las que todo se ve mejor que en el propio campo.

—¿Y la ropa? ¿Dónde vas a comprar esos trajes de chaqueta?

—No me harán falta trajes en una granja.

—Supongo que piensas ponerte monos de trabajo.

—No sé, ya veré.

Ella dio un paso adelante, en jarras.

—¿Y los restaurantes? ¿Qué vas a comer? ¿Dónde vas a conseguir comida china o comida italiana?

James se encogió de hombros.

—Creo que tienen unos filetes estupendos en Connecticut.

—¿Filetes? ¿Sólo piensas comer carne? ¿Qué pasará con tu colesterol?

—Pues...

Olía muy bien. Y tenía chispitas en los ojos, pensó James.

—Voy a echar de menos estas charlas nuestras, Lily.

—¡Agggggg! —exclamó ella, levantando las manos al cielo—. Cuando quieras comer *linguini* con gambas no vengas llorándome. No pienso hacer nada por ti.

—No me merezco tu ayuda, es verdad —dijo James.

No quería verla tan disgustada, pero estaba seguro de que Lily no lo necesitaba de verdad. Sólo tenía que darse cuenta.

—No puedes hacerme esto —suspiró ella, dejándose caer en una silla—. No

puedo seguir adelante sin ti.

James se puso de rodillas a su lado. La pobre parecía tan triste.

«Mira lo que le has hecho, imbécil».

Pero la tristeza de Lily no duraría mucho tiempo. Ella siempre salía a flote.

—Tú puedes hacer lo que quieras con tu vida.

—No se me da bien organizar, ni dirigir la oficina, ni llevar unos horarios...

James suspiró. No quería que sus últimos momentos fueran una pelea.

—Eres la única diseñadora práctica que conozco. Eres única, Lily. Eres creativa, pero entiendes la necesidad de llevar un orden. Tienes sentido común, al contrario que muchos de tus colegas. Tú sabes que unos zapatos de mil dólares pueden quedar muy bien en una revista, pero la gente no los compraría.

—Una actriz pagó tres mil dólares por un par de zapatos una vez.

—Cuando no está tomando su medicina, esa loca compraría hasta una bolsa de plástico por tres mil dólares —suspiró James—. Además, la gente de Hollywood no es público normal. Que estés creando una línea de zapatos a precio razonable me parece muy inteligente por tu parte.

—Pero tú...

—Fue idea tuya. Yo sólo redacté el contrato.

Lily se encogió de hombros, pero James sabía que eso la había hecho pensar.

—Esto es una fiesta, ¿no? —sonrió entonces, llenando las copas.

—Yupi —musitó Lily, entristecida.

Y James arrugó el ceño. Una Lily triste lo asustaba tanto como una Lily callada.

—Háblame de tus sandalias de piedrecitas. Las cosas con brillo siempre te animan.

Capítulo 5

YA está bien. No pienso seguir siendo agradable con James —anunció Lily por la noche, en la discoteca.

Kristin y Gwen levantaron sus copas de martini.

—Saludamos a la diva.

—Es hora de ponerse seria.

—Y mala —añadió Gwen.

—Mala y sucia, si es necesario —dijo Lily.

—Engaña —dijo Kristin.

—Miente —sonrió Gwen.

Lily se quedó mirándolas y luego las tres soltaron una carcajada.

—No necesito caer tan bajo. Espero.

Kristin hizo un gesto con la mano.

—No, claro que no.

—No tienes por qué comprometer tu integridad —dijo Gwen.

Lily tomó un sorbo del martini rosa, a juego con su vestido con escote halter. Desde el desastroso episodio con el caviar, había reconsiderado su posición. No había conseguido que él se pensara lo de retirarse, pero sí recordó que ella misma había llevado la oficina antes de que James apareciera en su vida.

De modo que llamó a su contable, que se dedicaba a los temas de impuestos y aconsejaba a James alguna vez, para pedirle un informe completo sobre la situación de su empresa.

También había llamado al director del taller donde se hacían sus zapatos para que le hiciera un inventario y le informara si los pedidos eran entregados a tiempo. Por lo visto, así era. Todo iba como la seda. Y cuando James se marchara... si se iba, sería ella quien tendría que encargarse de que todo fuera igual de bien.

Y lo haría, pensó, si era absolutamente necesario.

Después de tal decisión, necesitaba un martini, pero al menos ya no estaba angustiada.

—Bueno, ¿y cómo vas a atacar ahora? —preguntó Kristin.

—El punto débil es la novia —dijo Gwen.

—Eso digo yo.

—Hola, Gwen.

Las tres volvieron la cabeza. Era Ricky Desmond, uno de sus enamorados.

—Hola —dijo Gwen, apartándose todo lo posible.

Ricky era un freaky de los ordenadores, como ella, aunque Gwen le daría una torta por definirla así, y llevaba años detrás de su amiga. Y, o Gwen era demasiado buena para romperle el corazón o, secretamente, estaba loca por él. Una de dos. La mayoría de los hombres se sentían intimidados por su amiga, de modo que Lily tenía que darle algún punto por atreverse a hablar con la diosa.

Pero no esa noche.

—¿Quieres bailar? —preguntó Ricky.

—No, ahora no. Estoy hablando con mis amigas. Te acuerdas de Lily y Kristin, ¿verdad?

Ricky sonrió, mostrando un hueco entre los dos paletos.

—Claro que me acuerdo. Por cierto, le compré a mi madre unos zapatos tuyos por su cumpleaños.

Ventas. Ese sí era un tema que la interesaba.

—¿De verdad? ¿Los viste en el escaparate de Bloomingdale's?

—No, los compré en Chinatown. Me salieron muy baratos.

—En China... —Lily se calló, horrorizada—. ¡Son de imitación! —exclamó, agarrando a Ricky por la corbata—. ¿Dónde los compraste?

—No lo sé. En una esquina...

—Lily, por favor. Sólo es un par —intervino Gwen.

Lily volvió a dejarse caer en la silla. Con el día que llevaba, aquello era precisamente lo que le faltaba. James mantenía esas cosas bajo control... Un par de zapatos Lily se convertiría en mil pares cuando él se fuera. La seguridad en sí misma de unas horas antes empezaba a desaparecer.

—Creo que deberías irte, Ricky —sugirió Gwen.

Afortunadamente, Ricky no era tonto y desapareció.

—Recordaré la bromita de «sólo es un par» cuando piratee uno de tus programas y lo venda en la esquina de la 34 y Lexington —dijo Lily entonces.

Gwen levantó una bien depilada ceja.

—¿Y cómo piensas piratear uno de mis programas, lista?

Kristin le dio un golpecito en el brazo.

—No te metas con ella. Ha conseguido librarse de Ricky, ¿no?

—Lo siento —suspiró Gwen entonces—. Mañana me enteraré de dónde ha comprado los zapatos, ¿de acuerdo?

Lily asintió.

—Bueno.

—Estábamos hablando de James —les recordó Kristin.

—Está saliendo con una chica.

—¿Llevan mucho tiempo saliendo?

—No.

—Pues hay que separarlos. Ya sabes, la distancia es el olvido.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —preguntó Gwen.

—¿Qué?

—Ahora tenéis la pasarela Espectacular, ¿no? Pues cárgale de trabajo. Que no pueda moverse de la oficina.

—¡Pero si me he pasado toda la semana siendo amable con él! ¿Cómo voy a hacerle eso ahora? —preguntó Lily.

—Seguramente estará acostumbrado a que cambies de humor cada cinco segundos —opinó Kristin.

—Yo no cambio de opinión cada cinco segundos —protestó Lily, indignada.

—Señoras, señoras —las interrumpió Gwen—. Concentraos. Dale mucho trabajo a James, lo que sea.

—Y que conteste al teléfono. La Garnet esa no sabe ni por qué lado del teléfono hay que hablar.

—Ahora lo hace mejor —dijo Lily—. Deberíais haberla visto ayer. Parecía una secretaria normal y todo.

Gwen levantó los ojos al cielo.

—No me lo quiero ni imaginar.

—De todas formas, ni manicuras, ni pedicuras, ni ser normal. Nada funciona, por lo visto. Es que James es un poquito raro —opinó Kristin.

—No es verdad —protestó Lily—. Lo que le pasa es que es... conservador. Sus dos amigas se miraron.

—¿Seguro que no te gusta?

—No digáis tonterías. Lo que necesito es que me ayudéis a pensar.

—¿Puedes cargarle de trabajo?

Lily se encogió de hombros. El pobre no paraba de trabajar. Los otros diseñadores le habían dejado con la construcción del decorado...

—Supongo que sí. Pero normalmente él hace las cosas sin que yo le diga nada.

—Pues invéntate algo.

—¿Que me lo invente?

—Claro —contestó Gwen—. Cuando esté a punto de marcharse de la oficina, por ejemplo, le haces alguna pregunta muy complicada.

—¿Qué clase de pregunta? ¿Que me explique el presupuesto nacional?

Gwen levantó los ojos al cielo.

—No, no, algo tuyo. Cómo están tus fondos de inversión o algo así.

—¿Y después de marearme qué hago?

—¿No sabes nada sobre tus finanzas?

Lily levantó los ojos al cielo.

—Claro que sé algo. Pero no conozco el tema profundamente. Para eso tengo a James y a mi contable.

Kristin sonrió.

—Claro, ella tiene que tener la mente despejada para *crear*.

Lily le dio un codazo.

—Oye, que lo decía en serio.

—Y yo también. Deberías conocer mejor tu situación financiera, Lily — insistió Gwen—. Si James se va, podrías tardar algún tiempo en encontrar a alguien de confianza.

—Yo soy de confianza.

Sí, lo era, pero, ¿cuánto tiempo iba a aguantar?

Lily volvió a casa en taxi, decidida a empezar su campaña «Una pila de trabajo». Y aunque se sentía un poco culpable por causar problemas en la vida personal de James, se dijo a sí misma que era por su propio bien. Un neoyorquino viviendo en el campo lo pasaría fatal.

El pobre no lo sabía todavía.

Una vez en casa, decidió darse un largo baño de espuma y planear la estrategia para el día siguiente... Pero cuando iba a abrir la puerta que conectaba con su apartamento vio luz en el despacho de James.

Eran las once de la noche. ¿Qué hacía allí todavía? Pero si aún no había empezado con la campaña...

James no estaba sentado frente a su escritorio, como esperaba. No, estaba tumbado en el sofá, dormido, con un montón de carpetas sobre el pecho.

Lily tragó saliva.

Sólo estaba encendida la lámpara del escritorio y en esa semioscuridad, parecía tan sereno, tan guapo, tan juvenil, tan sexy. Lily dio un par de pasos adelante sin darse cuenta. Se había desabrochado dos botones de la camisa y

podía ver el vello oscuro de su torso...

Se detuvo al lado del sofá, intentando controlar los latidos de su corazón. Nunca lo había visto así, vulnerable, frágil. ¿Le había dado tanto trabajo que el pobre se quedaba dormido en el sofá?

Entonces se dio cuenta de que, probablemente, no debería estar allí, mirándolo.

—Lily.

Ella se dio la vuelta. ¿Había dicho su nombre o eran imaginaciones suyas?

—Lily.

Lily se puso una mano sobre la boca. No la estaba llamando, estaba... estaba soñando con ella. Y, por su expresión, parecía un sueño erótico.

«Ahora sí que has perdido la cabeza, chica. Este hombre no está teniendo un sueño erótico contigo».

Pero se quedó fascinada por el retazo de piel bajo la camisa por la que también asomaba el vello oscuro...

Estar tan desabrigado podría provocarle un resfriado que se convertiría, sin duda, en neumonía.

Sí. Estaba preocupada. No sentía deseo alguno por su gerente. Imposible. Sería por completo inapropiado.

Lo que tenía que hacer era despertarle. El pobre no podría estirar el cuello en siete días si seguía en esa postura tan incómoda.

Además, estaba el peligro de la neumonía.

Sintiéndose muy rara estando a solas con él, en la oscuridad, cuando James parecía vulnerable y sex... en peligro de sufrir una enfermedad que podría ser mortal, Lily se puso de rodillas al lado del sofá. El calor de su cuerpo fue lo primero que asaltó sus sentidos.

Tanto que tuvo que abanicarse.

Y olía muy bien. A una colonia masculina muy agradable.

Lily cerró los ojos y respiró profundamente.

«Deja de hacer la tonta, muchacha. Dale un golpecito en el hombro y despiértalo de una vez».

Lily tocó su hombro con la punta del dedo.

James no se movió.

Pero su torso era tan..

Tocó su hombro con más fuerza, pero él sólo movió una pierna.

Lily se planteó la posibilidad de gritar: ¡Fuego!, pero le pareció poco ético. Al fin y al cabo, estaba en esa situación por su culpa. Y eso que no había

empezado con el plan «Una pila de trabajo».

Su conciencia era un rollo a veces.

Pero el vello oscuro que asomaba por la camisa...

Iba a sacudirlo con las dos manos cuando James abrió los ojos.

Asustada, Lily perdió el equilibrio y apoyó la mano sobre su torso.

Se miraron a los ojos durante unos segundos y luego se apartaron a la vez, como si hubieran recibido una descarga eléctrica.

James se puso de pie mientras ella se pasaba la mano por la falda del vestido. El contenido de las carpetas cayó al suelo, pero James no pareció darse cuenta, ocupado como estaba en abrocharse la camisa.

—Me he quedado... dormido. Estaba... soñando. No sabía lo que estaba haciendo. ¿Qué he hecho?

—Nada. Absolutamente nada.

—¿Y tú? ¿Qué hacías...?

—Iba a mi casa y vi luz en el despacho —contestó ella, nerviosa—. Luego iba a despertarte para que no pillaras una neumonía y...

—Estaba leyendo los costes de la pasarela Espectacular.

Lily miró al hombre con el que llevaba nueve meses trabajando todos los días y se dio cuenta...

—Tienes el pelo tieso.

—Es que estaba dormido.

—Sí, claro. Bueno, yo me voy. Ah, por cierto, dijiste mi nombre en sueños

—Lily no pudo evitarlo. Tenía que decírselo.

—¿Qué?

—Que dijiste mi nombre en sueños.

—Ah, pues no sé... estaría soñando con algo de la oficina —intentó explicar él—. Seguramente tenía que contarte algo importante mañana, en el trabajo, ya sabes.

Lily se llevó una desilusión.

—Sí, ya me imagino.

—¿Qué tal si nos olvidamos del asunto? Yo me voy a mi casa y tú a la tuya. Y mañana vendremos a trabajar como si nada de esto hubiera pasado. ¿Qué ha pasado?

—Nada —contestó ella.

—Nada, eso es.

Lily se quedó mirándolo. Recordaba su aspecto sereno, vulnerable, el deseo que había sentido...

¿Deseo?

Sí, deseo. Lo había deseado y lo seguía deseando.

No, no podía ser. Ella quería a James como su gerente, como su persona de confianza, no como amante. Era imposible. Ellos no eran compatibles.

—Esto no ha pasado. De hecho, no ha pasado nada —dijo, antes de salir del despacho.

Lily suspiró. Pero tenía un plan. Un buen plan.

Y no podía andarse con distracciones.

Al menos no estaba teniendo fantasías eróticas con Lily.

Aunque James había tenido un sueño muy raro en el que Lily, con un traje gris y un moño, le daba con una regla en los nudillos.

Era normal que se quedara dormido en el trabajo. Además de no dormir porque se sentía culpable por dejarla, estaba demasiado obsesionado con su vestuario.

Entre eso y tener que hacer de árbitro en la enésima pelea de sus padres, tenía un dolor de cabeza insoportable.

James apoyó la cabeza en la ventanilla del taxi. Pero el sueño... ¿qué era, estrés, sentimiento de culpa? Por lo menos no había dicho: «Por favor, deja de pegarme con la regla».

Pero no podía olvidar el brillo de sus ojos. Acababa de despertar, de modo que quizá lo había imaginado... Sí, eso tenía que ser. No había nada entre Lily y él. Eso iba en contra de sus reglas profesionales, por muy guapa que fuera ella.

En una ocasión tuvo una relación con una cliente y se prometió a sí mismo que no volvería a pasar.

Era ayudante de una famosa modelo y se había cansado de sus continuas faltas de respeto, de modo que dimitió. Ella intentó seducirlo para que volviera y él la dejó... durante cinco minutos. Afortunadamente, recuperó a tiempo el sentido común.

Pero la situación con Lily la noche anterior había sido completamente diferente. Ninguno de los dos había hecho un esfuerzo consciente para...

Hacer nada. Absolutamente nada.

Bueno, ella lo había tocado. James se tocó el torso, donde Lily había puesto la mano. No significaba nada. Una tontería.

Su móvil empezó a sonar cuando llegaba a casa de sus padres.

—¿Dónde estás? —preguntó Fedora.

—En la puerta. Subo enseguida.

—Date prisa. Tu padre acaba de amenazar con tirarme por la ventana.

—Agarra sus trofeos de golf —le aconsejó James antes de colgar.

—Entra, James, cariño —lo llamó su madre en cuanto abrió la puerta.

Ésa era la «sutil» añagaza de su madre para intentar ponerlo de su lado antes de que conociera todos los hechos. Nada ético, pero normalmente efectivo.

Y toda esperanza de resolver el conflicto desapareció al ver que su madre estaba a un lado de la habitación y su padre al otro. Un cordón policial, sin duda sacado del escenario de la obra de teatro que estaban interpretando en aquel momento, *El asesinato de un hombre calvo*, colocada en el centro, cortando el sofá, la mesa de café, la televisión y la zona de la cocina por la mitad. Sus padres se fulminaba con la mirada, el trofeo favorito de su padre bajo el brazo de Fedora.

—Buenos días —los saludó James, como si no pasara nada.

—Pareces cansado, hijo. ¿No has dormido bien?

—No pasa nada, mamá —sonrió él, volviéndose hacia su padre—. No te veo con tendencias homicidas, papá.

—Tu madre está exagerando, como siempre.

—¡Ahora insúltame, viejo...!

James se colocó entre los dos.

—Haya paz, haya paz. Y sin insultos por favor.

Fedora se apartó el pelo de la cara.

—Tu padre piensa que es buena idea que te vayas a Connecticut.

James esperó el resto. Y esperó. Y esperó.

—¿Es por eso? A él le parece bien que me vaya a vivir a Connecticut y tú... ¿qué? Supongo que a ti no.

—Y de ahí la pelea —suspiró su padre—. Ya te he dicho que estaba exagerando, como de costumbre.

—Necesitaba su apoyo para convencerte de que es una locura, hijo. ¿Y sabes lo que me ha dicho? ¡Que me metiera en mis asuntos!

James miró de uno a otro.

—¿Estáis peleándoos por mí?

—Por ti no, cariño. Por eso de que vas a retirarte. A Connecticut. Allí sólo hay vacas —dijo su madre, arrugando la nariz.

Debería haber imaginado que su madre se pondría del lado de Lily. Y que sería igual de cabezota.

—Hemos hablado de esto la semana pasada, mamá. Pensé que habías entendido por qué necesito retirarme.

Ella suspiró dramáticamente.

—Intento hacerlo, hijo. De verdad. Lo del café suena bien, pero es que no puedo soportar que te vayas tan lejos.

Su padre sacudió la cabeza.

—No se marcha a Alaska, Fedora. Estará a un par de horas en tren.

—¿Y cómo va a venir a vernos al teatro? ¿Cómo vamos a cenar juntos? ¿Y si yo vuelvo a tener un ataque de pánico?

James apretó su mano.

—Mamá, podemos seguir haciendo todas esas cosas.

—¿Y Lily? ¿Cómo puedes dejarla? Ya sabes que depende de ti por completo.

—Lily se las arreglará sin mí. Encontrará un sustituto.

—No puedes irte, James —insistió Fedora—. No puedes hacer eso.

—Fedora, por favor. Deja que el chico haga lo que quiera con su vida.

—¡No estoy hablando contigo!

El padre de James levantó los brazos al cielo y James le dio un golpecito en la espalda.

—¡Te pones de su lado! Ya sabía yo que te pondrías de su lado. Después de todo lo que he hecho por ti. ¡Soy tu madre! ¿Cómo puedes...?

—Mamá, por favor.

Aquella mujer era un pedazo de actriz. Sus tres Tonys no eran un regalo, desde luego.

Aún así, James metió la cabeza por debajo del cordón policial para colocarse en su lado del sofá.

—¿Mejor?

—Mucho mejor —contestó ella.

Aunque James adoraba a sus padres, aquel era el tipo de escena que quería evitar cuando se fuera a Connecticut. Pero no había contado con la desaprobación de su madre. Cuando se lo dijo, ella auguró que cambiaría de opinión y luego se marchó corriendo a una prueba de vestuario.

A lo mejor porque había aprovechado para decírselo el día antes del estreno, claro, sabiendo que estaría distraída.

Pero, ¿cuántas veces iban a arrastrarlo con sus peleas? ¿Cuántas veces tendría que hacer de árbitro para, unos segundos después, ver que se miraban a los ojos como si no hubiera nadie más en la habitación, que la pasión que

sentían el uno por el otro seguía existiendo?

Era agotador.

Además, tenía muchas cosas que hacer en la oficina, así que se levantó y le dio un beso a su madre.

—Tengo que irme a trabajar, mamá.

—¿Qué?

—Adiós, papá. Estaré en la oficina si me queréis para algo.

—Adiós, hijo —sonrió su padre.

—¡James! —gritó Fedora—. ¡Hemos colocado un cordón policial en medio del apartamento, yo estoy deshecha en lágrimas, tienes que ayudarnos!

Él sonrió, mirándola por encima del hombro.

—He venido. Os entiendo. Espero que podáis arreglarlo.

—Pero no vas a irte a Connecticut, ¿verdad, hijo? Yo te necesito aquí.

—Voy a irme, mamá. Nos veremos el fin de semana.

Estaba harto de discutir. Había llegado a cierto punto en su vida, había trabajado mucho, ahorrado dinero. Había hecho todo lo que sus padres esperaban de él. Y quería marcharse a Connecticut.

Y ni lágrimas ni escenas ni ojitos implorantes iban a detenerlo.

Quizá debería mirarlo con ojos implorantes, pensó Lily.

No.

Ella podía caer bajo, pero no tan bajo. Además, no había funcionado en la sala de juntas y no funcionaría ahora. No, lo mejor sería mantener las distancias con su gerente. Lo de la noche anterior había sido un paso en una dirección inesperada.

Aunque nada había cambiado, por supuesto. Ni siquiera verlo con la camisa un poco abierta...

James le gustaba como gerente, pero como hombre... No. Lo de la noche anterior había sido una cosa hormonal.

Aún así, lo evitó en la oficina durante toda la mañana. Tenía que seguir con su plan de cargarlo de trabajo para que no pudiera salir de la oficina.

Apartando a James de su mente, Lily se concentró en lo que siempre la hacía olvidarse de todo: su trabajo.

Sonriendo, le dio el toque final al boceto de unas sandalias naranjas y blancas, con margaritas. La colección para la pasarela Espectacular iba a ser memorable.

La colección naranja estaba casi terminada y el viernes tenía una reunión con los otros dos diseñadores para mostrarle sus bocetos, de estilos completamente diferentes. Luego, cuando el decorado y la pasarela estuvieran terminados, sólo quedarían los ensayos y el desfile.

El desfile, que podría ser el último con James.

—¿Lily? —la llamó Garnet desde la puerta.

—¿Sí?

—Deberías dejarme ir contigo esta noche.

—No.

—Llevaría uno de los diseños nuevos. Podría ser buena publicidad.

Lily hizo un gesto con la mano.

—Vete, Garnet. Estoy trabajando.

Garnet, como siempre, no le hizo ni caso.

—Podría hacer buenos contactos. Tengo amigos con mucho dinero.

Suspirando, Lily dejó el lapicero y se cruzó de brazos.

—Ya lo hemos intentado, ¿recuerdas? Tus amigas vinieron a uno de mis desfiles. Comieron, bebieron y miraron. Y luego siguieron bebiendo. Y luego decidieron irse de fiesta sin comprar nada.

Garnet levantó los ojos al cielo.

—¡Eso fue hace tres meses! Ahora tengo otras amigas.

Lily tenía que acudir a una cena benéfica esa noche y le había dado tanto miedo que Garnet desapareciera con los zapatos que iba a donar que los había guardado en la caja fuerte.

¿Ir con ella a la cena? Ni loca.

Le daba un poco de pena la chica, pero era una niña mimada e irresponsable y no parecía tener dirección alguna en la vida. Y estaba harta de que hiciera lo que le daba la gana.

—No puedes ponerte los zapatos, Garnet, pero dentro de unos días diseñaré unos para ti.

—¿En serio? Eso sería genial.

—¿Crees que podrías volver a trabajar como una secretaria normal?

Garnet arrugó la nariz.

—¿Me vas a regalar otro par de zapatos?

—No.

—Garnet —dijo James, entrando en el taller—. Necesito que lleves estos papeles a la oficina de Fabian LaRoche. Buenos días, Lily.

—Hola, buenos días —dijo ella, repentinamente sin aliento.

—Fabian tiene que firmarlos y su secretaria los llevará al notario. Tú tendrás que firmar como testigo.

Garnet se colocó la carpeta bajo el brazo.

—Bueno, me voy.

—No te vayas de tiendas, no tomes un café en Starbucks, no te hagas un masaje facial, ni te cortes el pelo. Te necesito aquí de vuelta en una hora.

Garnet suspiró, exasperada.

—Seré buena —dijo, antes de salir.

Cuando el ruido de sus pasos se alejó, Lily intentó concentrarse en el boceto. James y ella ya no parecían compartir la amable camaradería que habían compartido otras veces. Estaban tensos.

James se aclaró la garganta.

—¿Qué tal van los bocetos?

—Bien.

—¿Estarán listos para la reunión?

—Sí.

—Genial —dijo él, saliendo al pasillo. Pero luego se detuvo—. ¿Va a ser así a partir de ahora?

Como si no supiera a que se refería, Lily siguió concentrada en lo suyo.

—¿Así cómo?

—Silencio. Monosílabos. Que no nos miremos el uno al otro.

Debería haber sabido que James no dejaría el tema en paz. Si dejara de pensar que se habían mirado durante unos segundos como si... como si se desearan, todo iría mejor, en su opinión.

—Estoy bien. ¿Tú estás bien?

—Creo que deberíamos hablar.

—Yo no.

—Lily, tenemos que...

Lily soltó el lapicero y se levantó.

—Yo no. No ha pasado nada. Sólo fue... un momento raro. Los dos estábamos cansados y... yo qué sé.

—Pero no dije nada inapropiado, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No.

«Aunque dijiste mi nombre con un tono muy erótico».

—Porque ya sabes lo que valoro la profesionalidad en la oficina.

—Por supuesto.

—Entonces amigos, ¿no?

—Amigos, claro.

—Pero también tenemos que trabajar juntos y eso requiere cierta distancia, ¿verdad?

Todo aquello sonaba tan bien y tan... falso.

—Sí... —de repente, Lily recordó su torso y se le encogió el estómago. Demonios, estaba pasando otra vez—. Sí, sí, claro.

—Estupendo. Entonces, estamos bien, ¿no?

—Desde luego.

Lily, frente al espejo, pasó la mano por el vestido de color lavanda. Fabian sabía cómo destacar la figura de una mujer, desde luego. El vestido, de un material brillante, se pegaba a la cintura y las caderas, pero no enfatizaba ninguna otra zona del cuerpo.

Y, desde luego, Lily agradecía que le hiciera un precio especial.

Aquello era exactamente lo que necesitaba. Salir, ver gente, risas, champán, un vestido precioso, zapatos nuevos.

Así podía dejar de pensar en James.

—No le deseas —dijo en voz alta.

Necesitaba la experiencia de James, sus consejos, su trabajo, no su cuerpo. Ya era hora de ponerle fin a aquel ataque de hormonas enloquecidas y volver a su plan. Nunca había dejado que un hombre la distrajera de su trabajo y no pensaba hacerlo ahora.

Sacó los zapatos color lavanda del armario y estaba poniéndoselos cuando sonó el teléfono.

—¿Dígame?

—¿Dónde estás? —preguntó Gwen.

—Salía ahora mismo. Es que tengo mucho trabajo...

—Se supone que debes darle trabajo a James, bonita —le recordó su amiga.

—Lo sé, lo sé. Ya voy... —Lily se detuvo cuando sonó el timbre—. Tengo que colgar, Gwen.

Colgó y, con un zapato en la mano, fue a abrir la puerta. Pero vaciló un momento. La última vez que James fue a visitarla era para decirle que se iba. Quizá lo mejor sería no abrir. Podía salir por la puerta de atrás...

Bang, bang, bang.

—Sé que estás ahí, Lily. Te he oído hablar. Abre, soy yo.

Lily abrió de golpe.

—¿Qué?

—¿Qué ha sido de: «Entra, James», «Siéntate, James», «¿Quieres una copa de vino, James»?

«Ya te gustaría, pero no estoy de humor, listo».

—Siéntate, tienes dos minutos.

—Ha llamado Carlotta Gambini.

—¿Y?

—No quiere naranja, quiere rosa.

—¿Qué? —exclamó Lily.

—Todo rosa, no naranja.

—¿Estás diciendo que la diseñadora que me pidió que hiciera una colección naranja ahora la quiere en rosa?

—Sí.

—¿Así, de repente?

—Eso parece.

—Pero si ya he encargado una docena de zapatos...

—Lo sé.

—Y el desfile es dentro de tres semanas.

—Lo sé también.

Lily se dejó caer en el sofá.

—Imposible. No me dará tiempo.

—Sí te dará tiempo —dijo James—. Llamaré al taller y les diré que detengan la producción de inmediato. Ah, y luego llamaré a Teresa.

—¿A Teresa, para qué?

—Para cancelar nuestra cita. Vete a tu fiesta, no te preocupes. Puedes empezar mañana con los nuevos diseños.

Lily tragó saliva. Aquél era el tipo de situación en el que James Chamberlin era, sencillamente, el mejor. Tranquilo, sereno, ni se despeinaba siquiera cuando ella lo único que deseaba era mesarse los cabellos.

Era perfecto.

Pero no podía ser.

James estaba abriendo la puerta, pero Lily lo detuvo.

—¿Qué?

—Vete.

—¿Por qué?

—Sal con Teresa. Yo me quedaré y empezaré con los nuevos bocetos.

—¿Quieres que...?

—Vete, venga, adiós. Antes de que mis genes egoístas se apoderen de mí.

Él sacudió la cabeza y Lily no pudo dejar de pensar en la dedicación de aquel hombre. De verdad era el mejor.

—Estamos en esto juntos, no pienso salir.

—No —insistió Lily—. Ahora es muy tarde para hablar con el taller, pero yo sí puedo empezar con los diseños. Yo me quedo a trabajar, tú vete a jugar.

James la miró a los ojos.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi Lily Reaves?

—Sigue riéndote de mí y te pondré pegamento en el teclado del ordenador.

—De todas formas, pienso irme a Connecticut.

Lily se puso el zapato en lugar de darle en la cara con él.

—Ya, ya, ya.

Ése era un problema para otro día, decidió, mientras iba hacia su taller.

—¿No vas a cambiarte?

—No, voy a bailar conmigo misma y a beber vino. Y para eso tengo que estar monísima.

Capítulo 6

TÚ siempre estás monísima».

Ese pensamiento apareció de repente, mientras la veía alejarse por el pasillo.

James apartó la mirada de sus piernas, para demostrarse a sí mismo que tenía cierto autocontrol. Y, antes de que pudiera cambiar de opinión, tomó la chaqueta y abrió la puerta.

Llamó a Teresa al móvil y le dijo que llegaría tarde, pero mientras entraba en el taxi, no dejaba de pensar en Lily. Estaba tramando algo, otra vez.

Bueno, más bien estaba tramando lo mismo, pero con otro ángulo si quería ponerse técnico, aunque en realidad no quería.

James sacudió la cabeza. No podía pensar con claridad últimamente.

No estaba bien. No era profesional. Y, desde luego, no era productivo. Pero al recordar a Lily con su vestidito color lavanda...

La imaginaba de la cabeza a los pies, con el pelo suelto, la piel brillante como porcelana, el collar de amatistas al cuello. El vestido destacaba el color de sus ojos y se imaginó a sí mismo pasando la mano por su espalda...

—Oye, para de una vez.

James pagó al taxista y salió del taxi mareado. No debería estar pensando en una mujer cuando iba a encontrarse con otra.

Teresa era la mujer con la que estaba saliendo. Ella era a la que debería querer tocar. Ella era a la que debería imaginar de la cabeza a los pies. Y, sin embargo...

Lily no encajaba en su nueva vida y Teresa sí.

—¿Mucho tráfico? —preguntó ella, que estaba esperándolo en la puerta del restaurante.

—Siempre —contestó James.

Mentiroso. ¿Y qué hacía Teresa esperándolo pacientemente en la calle? Al menos debería haber entrado al bar para tomar una copa.

Pero mientras iban hacia su mesa, se recordó a sí mismo que la paciencia de Teresa era una cualidad. ¿Por qué iba a pensar que la paciencia era algo malo? ¿Por qué quería estar enfadado?

—No te podrías creer lo que ha hecho Scotty —dijo ella entonces.

Scotty era uno de sus alumnos, famoso por sus gamberradas.

—¿Qué?

—Esta mañana se tiró un bote de pintura azul por la cabeza.

Hablando de paciencia. Aquella mujer era una santa.

—¿Y tú qué has hecho?

Cuando ella empezó a contarle la historia, James decidió apartar a Lily de su mente. Teresa merecía toda su atención.

Durante la cena, le contó las tonterías que hacían los niños, sus gamberradas, la alegría que le producía ver cómo les brillaban los ojos cuando aprendían algo...

Todo sonaba encantadoramente... aburrido. Pero eso no estaba tan mal.

Teniendo que soportar a Garnet por un lado y a Lily por otro, intentando convencerlo para que no se fuera a Connecticut, más el cambio del naranja al rosa, estaba tan frustrado como si hubiera intentado abrirse paso en Times Square en Nochevieja.

Pero una parte de él, una parte muy pequeña, seguía pensando en Lily. ¿Tendría a mano todo lo que necesitaba? ¿Tendría tiempo para hacer todos los cambios?

Odiaba no ser parte de la acción. Disfrutaba del reto cuando las cosas se ponían feas, le gustaba hacer que el caos se convirtiera en orden.

No le aburrían las historias de Teresa. No. En absoluto.

—¿Te estoy aburriendo? —preguntó ella.

—No, claro que no. Pero ser profesora parece más bien trabajo para un general, no para una mujer tan delicada como tú.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Los halagos no te llevarán a ningún sitio. Además, tengo la impresión de que estás pensando en otra cosa.

James apretó su mano.

—Imposible. ¿Te apetece escuchar un poco de jazz?

Ella negó con la cabeza.

—No puedo. Tengo que levantarme temprano.

—Ah, claro. Entiendo —suspiró James.

Pero no podía dejar de pensar que Lily habría dicho: «A la porra con el trabajo, vamos a escuchar jazz. Es más, vamos a bailar jazz».

Un hombre no puede tenerlo todo. Ninguna mujer es perfecta.

Además, lo profesional era irse a la cama temprano.

Después de cenar, en el portal de Teresa, James se acercó para darle un

beso, rezando para que hubiera cierta pasión, pero ella le dio uno besito en los labios y desapareció.

Ninguna mujer es perfecta.

Teresa era serena y encantadora. Le gustaba el baloncesto, la música *country*, llevaba una vida normal... La pasión aparecería en algún momento, estaba seguro. Además, él no necesitaba más espontaneidad. Eso lo tenía todos los días.

Aún así, le dijo al taxista que le daría veinte dólares de propina si llegaba a su casa en menos de diez minutos. Quería comprobar cómo iba Lily antes de irse a dormir. Seguramente estaría concentrada en el trabajo, pero quería verla.

Ver su energía, su fuego.

—Mirar no puede hacerme daño.

—¿Algún problema? —preguntó el taxista.

—No, estaba hablando solo —contestó James.

El taxista sacudió la cabeza.

—El otro día una chica iba hablando sola también. Anda, ahora que me doy cuenta, ella también iba a esta dirección.

—¿Una morena estupenda?

—La misma.

—Es mi jefa.

El taxista levantó las cejas.

—Le cambio el trabajo.

—No, gracias.

—Muy listo.

James le dio los veinte dólares de propina y entró corriendo en el portal. Mientras abría la puerta, se preguntó si habría vino en la nevera de la oficina. A lo mejor a Lily le apetecía una copa...

Ése sería un buen detalle, incluso un detalle profesional. Le serviría una copa de vino y luego se iría a su casa a tomar una cerveza mientras veía el canal de deportes.

Sacaría fotografías de su granja y se recordaría a sí mismo el futuro que le esperaba... que era mucho mejor que lo que tenía en aquel momento.

Cuando abrió la puerta lo recibió una larga ristra de palabrotas.

—¡Será imbécil la tía! ¡Ahora lo quiere todo rosa la muy estúpida!

Sí, Lily estaba despierta.

Y, sin saber por qué, James se frotó las manos. Un gesto mecánico,

naturalmente.

Luego se quedó observándola desde la puerta.

Descalza, aún con el vestido malva, paseaba frente a la mesa de dibujo. Había papeles tirados en el suelo, hormas de zapatos por todas partes, trozos de piel y de tela. Una copa de vino olvidada sobre la mesita de la esquina...

Estaba hablando y señalando unos zapatos:

—Tenía el naranja controlado. Una debería poder cambiar las margaritas y las mandarinas por frutas del bosque, pero noooooooooo. ¡Tú te niegas a cooperar! Estás ridículo. Pareces un zapato de la Barbie. ¿Quién va a pagar trescientos dólares por *esto*?

James sonrió.

—Hola, cariño. Ya estoy en casa.

Lily se volvió. ¿Qué estaba haciendo allí? James Chamberlin y su manía de irse a Connecticut eran el principal causante de aquella espiral de violencia contra el calzado.

Tenía la mente en blanco. No se le ocurría nada. Sus ideas no valían para el rosa. Imposible.

¿Sandalias o zapatos? Ni idea. ¿Tacón de aguja o tacón normal? Ni idea.

Y ahora James aparecía de repente... y le gustaría darle con el tacón de un zapato, por ejemplo.

—Vete.

—¿Qué pasa? Sólo he venido para ver si necesitabas ayuda.

—¿Tú crees que necesito ayuda? —replicó Lily.

—Sí.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Lily le dio un golpecito en el pecho.

—Pues no necesito nada.

Él miró su dedo.

—Voy a traerte una copa de vino y luego echaremos un vistazo a tus ideas. Tienes que concentrarte, organizarte...

—¡Lo que necesito es que te pierdas! —gritó Lily—. Los diseños son horribles y no puedo trabajar contigo aquí.

—Sólo has estado trabajando un par de horas, mujer. No es para tanto. Date un poco de tiempo —dijo James, tan sereno como siempre—. Ya verás como

funciona.

Ella negó con la cabeza

—No.

—Cierra los ojos.

—No quiero.

—Por favor. Hazlo por mí.

Lily obedeció, aunque no sabía por qué. Quizá porque el brillo de sus ojos hacía que se le encogiera el estómago... otra vez.

—¿Qué ves?

—Una bola de algodón rosa.

James soltó una risita.

—Relájate, tranquila...

Estaba muy tranquila, estaba muy relajada. Sí, y podía oler su colonia. La misma colonia de la otra noche. Además, James le había puesto una mano en el brazo. Una mano grande, masculina, cálida.

Se preguntó entonces cómo sería la textura de su piel... por todas partes, no sólo en el trozo de torso que pudo tocar.

Le gustaban sus ojos y...

Sus ojos. Grises, claros, serenos.

¿Qué tal un zapato rosa con el borde gris? O un zapato rosa con un lacito gris. Un zapato rosa palo con la punta gris... Un zapato muy profesional y, a la vez, muy, pero que muy femenino.

—¡Ya lo tengo!

—Ya sabía yo...

Lily tenía ganas de ponerse a dar saltos. Y luego le dieron ganas de besarlos por haber llevado con él la inspiración. Y cuando miró sus labios, sin pensar, y se pasó la puntita de la lengua por los suyos.

James se quedó inmóvil, mirándola con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

¿Cómo sería?, se preguntó Lily. ¿La química que había entre ellos en la oficina podría convertirse en química sexual? ¿Qué pasaría si lo intentase?

James dio un paso atrás.

—Bueno, voy a hacer café.

Más de dos horas después, Lily se dejaba caer en el sofá.

—Siento haberme portado como una bruja antes.

—Te he visto enfadada, irritada, dolida, cabreada, pero que me mirases como si quisieras meterme la cabeza en el horno ha sido nuevo para mí.

—Es que estoy un poquito estresada —murmuró Lily.

Su curiosidad sobre la repentina atracción que sentía por James era una cosa pasajera, se dijo. Por el miedo a perderlo. No podía ser otra cosa.

—¿Tú crees que es el estrés?

—La culpa es tuya, además. Afortunadamente, te has convertido en mi musa para la colección rosa —sonrió Lily.

Aunque no pensaba decirle que también se había inspirado imaginándose a sí misma con un conjunto de ropa interior rosa mientras intentaba seducirlo...

¿Y cómo se atrevía James Chamberlin, cuando estaba a punto de sentar la cabeza con Teresa, la maestra, cómo se atrevía a invadir sus sueños y sus fantasías eróticas?

Era completamente irritante.

—No logro entenderlo, pero en fin...

Seguramente, besaba fatal, pensó Lily.

Era paciente, mandón y sensible. Una combinación fatal.

—Los diseños van a quedar preciosos.

—Menos mal. He enviado un e-mail al taller y a la empresa de suministros y enviaré a Garnet a buscarlo todo en cuanto llegue por la mañana.

Frustrada por lo nerviosa que la ponía su presencia, Lily apoyó la cabeza en el respaldo del sofá.

—¿Carlotta te explicó por qué quería cambiarlo todo a última hora?

James negó con la cabeza.

—No, hablé con su ayudante y la pobre parecía tan sorprendida como yo.

—Conociendo a Carlotta, probablemente soñó con un chicle enorme o algo así de ridículo.

—O su echadora de cartas le dijo que su aura había cambiado.

—Bueno, yo estaba viendo visiones de enormes bolas de algodón rosa, ¿quién soy yo para criticar? —bromeó Lily—. Además, ya no hay remedio.

—Cierto.

Cuando James tomó un trago de cerveza directamente de la botella, Lily tuvo que abanicarse.

—Uf, qué calor. ¿No tienes calor?

—Estoy bien. ¿Quieres una cerveza?

—No, gracias. Estoy bien. Bueno, no estoy bien, pero...

Lily no terminó la frase porque James estaba mirándola a los ojos. Y en esos

ojos había un deseo que no podía disimular.

Antes de que pudiera recordar por qué no debía hacerlo, Lily tiró de él.

Al primer roce de sus labios, el corazón se le puso en la garganta. No había contado con eso: pasión, una pasión que la consumía.

¿Estaba todo escondido bajo esas camisas bien planchadas y esos trajes immaculados? Ella había esperado cierta torpeza, una sensación de estar cometiendo un error... pero no era así, todo lo contrario.

Y entonces James se detuvo.

Maldición. Lily tiró de su camisa.

—No, de eso nada. No podemos hacer esto, Lily. No llevaría a nada bueno.

—Pues a mí me parece que era algo buenísimo.

James se levantó.

—Me he hecho una promesa a mí mismo. Ya lo sabes.

—No te estoy pidiendo que comprometas tu profesionalidad. Sólo quiero tu cuerpo...

Lily se calló al ver la expresión horrorizada de James. Aquello se le estaba escapando de las manos. Lo había probado y, de repente, estaba muerta de hambre.

Y necesitaba ponerse a dieta.

—¿Dices que...?

—No lo sé. No sé... ¿qué está pasando entre nosotros, James?

—Nada —contestó él—. No está pasando nada.

—No podemos fingir que no pasa nada...

—¿Por qué no?

Francamente, a Lily no se le ocurría ningún argumento, lógico o de otro tipo. Pero seguía preguntándose cómo sería...

—No está bien. Trabajamos juntos, Lily. Y no somos compatibles.

Ella lo sabía. Claro que lo sabía. James jamás iría con ella a una discoteca hasta las cuatro de la mañana. Ni siquiera lo había visto bailar. No le gustaban sus amigas y prefería la soledad y la quietud.

—¿Por qué no?

—Porque no está bien.

Lily se puso en jarras.

—Ah, ya lo entiendo, quieres irte a vivir a Connecticut con Teresa.

Era eso. Y, de repente, se sintió culpable. Ella no era de las que iban robando novios por ahí.

—No es eso exactamente.

—¿Cómo que no exactamente?

—Pues... que puede que haya exagerado un poco sobre mi relación con Teresa —contestó James.

—¿Cuánto?

—Seguimos... digamos que no hemos pasado de la primera fase.

—Ah, qué bien —replicó Lily.

¿Significaba eso que Teresa no era un obstáculo?

—¿Qué me has hecho, Lily?

—¿Yo? ¿Qué te he hecho yo a ti? Estás loco. Eres tú el que, de repente, se ha vuelto mono, irresistible y sexy.

Lily se tapó la boca con la mano. No podía haber admitido eso en voz alta.

Pero, inesperadamente, él sonrió.

—Irresistible y... —de repente, se puso serio—. Creo que nos estamos metiendo en arenas movedizas.

Con la mano aún sobre la boca por si volvía a soltar otra estupidez, Lily asintió con la cabeza.

—Me niego a que esto estropee mis planes. Tengo planes para mi vida y tú no estás en ellos, Lily.

Y después de eso, James salió dando un portazo.

Ella hizo una mueca. Una propuesta de matrimonio por parte de Brian y un rechazo por parte de James. Ligar en el siglo XXI se había vuelto muy complicado.

—Lily, Carlotta Gambini quiere que cenéis juntas mañana —gritó Garnet por el pasillo—. ¿Dónde quieres ir?

Lily salió de su taller. No estaba de humor para lidiar con la psicópata de su recepcionista aquel día, pero era viernes y tenía dos días libres para ser feliz.

—¿Lily, me has oído?

—¡Garnet! —gritó James, abriendo la puerta de su despacho—. ¿Qué demonios pasa aquí?

Lily sonrió. Garnet había metido la patita hasta el fondo. Porque James Chamberlin estaba de maaaaaaaal humor.

Aquel hombre necesitaba echar un polvo, claramente. Pero no con ella. No, porque James tenía sus planes y *ella* no entraba en ellos.

Y le daba igual. Seguro que en la cama era un aburrido.

—Tengo que saber dónde quieres cenar o la ayudante de la señora Gambini

volverá a ponerme verde.

James miró al cielo.

—¿Y hay alguna razón para que no uses el intercom?

—Lo he apagado —dijo Lily antes de que Garnet pudiera contestar.

—¿Por qué? —preguntó él, sin mirarla.

—Estaba trabajando y no quería interrupciones.

—¿Y por qué no te has levantado de tu silla, Garnet, para ir a darle el recado como cualquier secretaria normal?

—Porque Lily me dijo que si volvía a llamar a su puerta me estrangularía con sus propias manos. Además, se me están secando las uñas de los pies.

Lily miró los pies de su recepcionista. Efectivamente, estaba descalza y acababa de pintarse las uñas.

James se golpeó la cabeza contra la pared.

—Voy a meterme en mi despacho. Si alguien grita, llama a mi puerta o me molesta de forma alguna, aquí va a haber sangre —murmuró, antes de cerrar de un portazo.

De nuevo, Lily hizo una mueca. Pero no pensaba meterse en la cama para llorar su frustración, como había hecho por la noche. No, hoy era de hielo y controlaba su cuerpo y sus emociones con mano de hierro.

«Un hombre que besa como James no puede ser aburrido en la cama».

¿De dónde había salido ese pensamiento?

—Jo, qué mal genio —protestó Garnet.

—Es que tiene mucho trabajo —suspiró Lily, volviéndose para entrar en el taller.

—¡Un momento! La cena, Lily, la hora, el sitio.

Una cena de trabajo el sábado por la noche. Puag. Y además con Carlotta Gambini. Pero al menos no tendría que sufrirla sola.

—A las ocho, en Angelo's. Y no olvides enviar un e-mail a James con el nombre del restaurante y la hora. Él también tiene que venir.

Sí, había dejado bien claro por la noche con quién prefería pasar su tiempo libre. Con la maestra. Pero aquélla era una cena de trabajo.

Seguramente, Teresa sería una chica dulce, buena y calladita. Todo lo que ella no podría ser nunca.

Lily recordaba a un chico que le había gustado en el colegio. Había fantaseado con él durante meses, le había sonreído, lo ayudaba con los deberes, esperando que él diera el primer paso... Nunca lo dio.

Llevaba diez años siendo una neoyorquina y si había aprendido algo en la

gran ciudad era que a la vida hay que echarle carácter. Cuando uno quiere algo, tiene que ir a por ello.

Y si pudiera decidir qué quería, eso facilitaría mucho las cosas.

Cuando Lily apareció en la oficina a la ocho menos cuarto del sábado, aún no había tomado decisiones concretas. Pero había cambiado de opinión sobre algunas cosas.

Por ejemplo, lo de ser de hielo. El único hielo que ella conocía era el que se ponía en las copas. O el collar de circonitas, porque aún no podía comprar diamantes de verdad, que llevaba al cuello.

Se negaba a perseguir a James. Se gustaban, seguro. Se comunicaban bien. Se respetaban mutuamente y a los dos les gustaba...

Bueno, de eso no estaba tan segura. A ella le gustaba el baloncesto, a él el béisbol. A ella le gustaba ir al ballet y él... bueno, él sólo sabía que los hombres en el ballet llevaban mallas ajustadas.

Ella era creativa, él decidido. Ella era impredecible, él exigente. Y a Lily se le ocurrían un millón de razones por las que todo eso combinado podría funcionar bien en una relación sexual.

En cuanto a Teresa... bueno, James podía seguir viéndola si quería. No le importaba compartirlo. Además, «aún estaban en la primera fase», él mismo lo había dicho. Evidentemente, no podían estar a punto de contraer matrimonio si no se habían acostado juntos.

Y si no se habían acostado juntos no eran novios, de modo que ella no estaría robándole el novio a nadie.

Pero mientras se vestía, decidió que no iría tras él. No, eso no.

Si James quería perseguirla... eso sería otro cantar.

James apareció en la oficina unos minutos después. Y cuando la vio, se quedó boquiabierto.

Lily, sin poder evitarlo, pestañeó tipo Barbie.

Quizá no debería haberse pasado toda la tarde en Elizabeth Arden haciéndose un masaje facial, un peeling, la cera y un bronceado artificial. Pero estaba monísima.

Y quizá el vestido de satén de cuadros que llegaba a la mitad del muslo era demasiado. Quizá los zapatos rojos de tacón de aguja eran una pasada.

Nooooo. Eran divinos.

—¿Nos vamos?

—Pues... —empezó a decir James, aclarándose la garganta—. ¿Qué llevas puesto?

—Un vestido —sonrió Lily, dándose una vueltecita—. ¿No te parece apropiado?

—Depende de para qué.

—Sí, claro, eso es verdad.

Las pupilas de James se dilataron.

—Estás increíble.

Sonriendo, ella lo estudió de la cabeza a los pies: el pelo oscuro, limpio, el traje gris, perfecto, la corbata con puntitos rojos, los zapatos negros de ante.

—Tú también estás muy guapo. Hacemos buena pareja.

—Es puramente accidental. No sabía que tú...

—¿Me pondría tan guapa?

—Sí, pero...

—¿Que estaría sensacional?

—Eso también, pero...

—¿Sexy?

James cerró los ojos.

—Me estás matando, Lily.

Ella apostaría la colección de primavera a que la maestra nunca se había puesto así de divina.

Bueno, pues debía ser eso. A lo mejor James se sentía avergonzado. Le gustaba como diseñadora, pero como mujer... a lo mejor no le iban las sirenas.

—Bueno, vámonos. Tengo hambre.

Bajaron en silencio en el ascensor. James incluso parecía nervioso.

¿Qué pensaba, que iba a tirarse encima de él? ¿Que iba a arrancarle la ropa?

—Hace tiempo que no salimos juntos. Qué divertido, ¿no?

—Tú sales todo el tiempo. Yo me quedo en casa. Por cierto, no sé si deberíamos haber aceptado la invitación. ¿De verdad quieres cenar con Carlotta?

—Son Relaciones Públicas. Y puede que lo pasemos bien. ¿He mencionado eso antes?

—Yo no me opongo a un poco de diversión —dijo James.

—¿Ah, no?

Cuando salieron del edificio, Lily se dirigió hacia un Mercedes negro que esperaba en la puerta.

—¿Lo has alquilado? —preguntó James, sorprendido.

—¿He mencionado que el asunto es pasarlo bien?

Él dejó escapar un suspiro.

—A veces tu definición de «pasarlo bien» me pone muy nervioso.

Lily se pasó la lengua por los labios.

—Prometo no hacerte daño.

Capítulo 7

JAMES se dejó caer en el sofá, planeando una vía de escape. Había sobrevivido a la cena con Carlotta, para verse luego atrapado en el apartamento de Lily con un grupo de «amigos». De amigos de Lily, claro. Aquello le recordaba su infancia, cuando la casa de sus padres se llenaba de gente que no se iba nunca.

Durante la cena, había tenido que soportar interminables discusiones sobre zapatos, bolsos, diseños, tacones, logos, estampados... Y todo en rosa.

Antes de entrar en coma, James tuvo que controlar el urgente deseo de ir a la farmacia a comprar algo para el estómago.

Después de cenar, Carlotta había llamado a Fabian LaRoche, quien salía siempre con, al menos, tres mujeres. Y todas rubias. Y fueron todos al apartamento de Lily, con sus convenientes puertas abiertas y su conveniente y gratuita barra libre.

Y James se preguntaba qué hacía allí. Y por qué se le estaba escapando todo de las manos.

La falta de chispa con Teresa, el beso furtivo que Lily y él habían compartido y que parecía perseguirlo cada hora, cada minuto...

«Esto es ridículo. Vete de aquí ahora mismo».

Lily no le mantenía prisionero. Sólo tenía que tomar el ascensor y bajar a su casa.

Desde luego, no echaría de menos a ningún diseñador cuando se retirase. No echaría de menos a los clientes que consultaban con sus echadoras de cartas para tomar decisiones profesionales, no echaría de menos los cambios de humor de Lily, ni sus locos impulsos.

Pero tampoco podía negar que, por otra parte, le gustaba verla moverse por la habitación. Se sentía atraído por Lily, eso era innegable. Y no sólo porque fuera muy guapa. Le gustaba calmarla, ayudarla a relajarse para que pudiera trabajar, como la otra noche.

¿Echaría de menos el proceso creativo cuando se retirase? ¿Sería posible que echara de menos el espíritu de la ciudad?

Y entonces Lily apareció a su lado, con una copa de champán en la mano y aquel vestido que parecía pegado a su piel.

«Esto es ridículo. Es Lily. La has visto todos los días durante nueve meses».

—Puedes irte a casa si no lo estás pasando bien.

Y pensar que había empezado la noche preguntándose si se habría puesto ese vestido para seducirlo...

Nada, ni siquiera un coqueteo. Y ahora le decía que se fuera a casa porque era un aguafiestas.

A veces lo era, sí.

James dejó escapar un suspiro.

—Lo siento, es que estoy cansado. No he dormido bien.

—¿Por alguna razón en particular? —preguntó ella, sin mirarlo.

—Creo que paso demasiado tiempo hablando sobre zapatos de mujer.

—Ya.

Su mirada, como dirigida por una mano invisible, fue hacia sus labios mientras Lily bebía un sorbo de champán.

Pero si esperaba que Lily se diera cuenta, se había equivocado. Ella no lo miraba siquiera.

—¿Cómo va tu agenda?

—¿Qué agenda?

—Ésa en la que no estoy yo.

—Ah. Va... bien —contestó James.

—¿Lo tienes todo planeado?

—Sí.

—Es más divertido tomar las cosas como vienen, ¿no te parece?

—No lo sé. Eso es lo tuyo.

—¡Cariño!

James levantó la cabeza y vio a Fabian y su pequeño harén dirigiéndose hacia ellos.

—La colección es maravillosa, sencillamente maravillosa —dijo el diseñador, sentándose a su lado—. Sólo una cosa. Los zapatos violetas... ¡Son perfectos!

Lily sonrió.

«Qué guapa es».

James no podría haber apartado la mirada aunque hubiera querido. Lily era como las patatas fritas, uno sabe que suben el nivel de colesterol, pero las desea de todas formas.

—Tus diseños hacen que sea más fácil encontrar inspiración para los zapatos —dijo ella.

—El «seductora» te queda divino —rió Fabian.

—¿El seductora? —preguntó James.

Lily volvió la cabeza para mirarlo... por fin.

—Así se llama el vestido que llevo. Es un diseño de Fabian.

—Ah, ya veo.

Y seguramente ese vestido tenía poderes hipnóticos.

—Es perfecto para ella, ¿no te parece? —preguntó Fabian—. Yo siempre le digo que podría haber sido modelo.

Lily levantó los ojos al cielo.

—¿Qué dices? Tengo demasiadas...

—Curvas —terminó Fabian la frase.

Su pequeño harén, que también sabía mucho de curvas, soltó una risita.

—¿Qué hacéis aquí tan solos? Hablando de trabajo, seguro.

Por una vez, no era así. James estaba demasiado ocupado admirando a su jefa como para hablar de trabajo.

—Bailad un rato, relajaos, disfrutad —dijo Fabian entonces, señalando a Carlotta, que bailaba con otro diseñador que había pasado por allí sólo para «decir hola» cuarenta minutos antes.

James miró a Lily. No parecía tener muchas ganas de bailar. Él sentía lo mismo, pero seguramente por distinta razón: le daba miedo tocarla.

—Ven, vamos a poner una canción que nos guste.

Bailar con Lily, apretarla contra su cuerpo, seguramente sería un error. Un tremendo error. Pero ya no podía echarse atrás.

Lily puso un CD de música suave y cuando la tomó por la cintura, James sólo pudo pensar en una cosa: nunca había sentido algo así con Teresa.

Ella era la mujer a la que él debería desear, pero no había química. Nada parecido a aquella sensación que experimentaba con Lily.

Tenía que haber una explicación lógica para aquella repentina atracción: el estrés, el trabajo, las peleas de sus padres, quizá el consuelo de lo familiar, ya que estaba a punto de embarcarse en algo completamente desconocido.

James se recordó a sí mismo que algo que no fuera una relación profesional entre ellos no sería productivo. Él quería algo sólido, duradero. Lily no entraba en sus planes.

Pero cuando su aliento rozó su mejilla, todo pensamiento lógico desapareció. No sabía si hacer lo que deseaba hacer o salir corriendo.

Por primera vez en su vida, tomar una decisión le resultaba imposible.

Lily respiró el aroma de su colonia ¿Por qué tenía que oler tan bien?, se preguntó.

Quería verlo reír, quería entender sus ambiciones, sus objetivos en la vida. Quería que la abrazase, sentir su cuerpo pegado al suyo.

Quizá debería buscar otro hombre, se dijo. James no era el único hombre en Nueva York. Sólo era justo el que ella quería.

Por el momento.

Lily se recordó a sí misma que una relación con James no podría durar más que un momento. Ella no quería estropear su relación profesional sólo para darse un revolcón.

«De todas formas, se marcha».

No si ella podía evitarlo.

—Siento estar tan antipático esta noche —dijo James entonces.

Lily cerró los ojos, disfrutando de su proximidad.

—No pasa nada. Ya sé que Carlotta y Fabian pueden ser un poquito pesados.

—Y no olvides el trío.

Ella suspiró. ¿Cómo podía sentirse atraída por un hombre que cuestionaba, o incluso que se preocupaba, por un concepto tan extraño como «la normalidad»? Seguramente, crecer con Fedora debía haber sido frustrante para él, pero, oye, chico, espábilate de una vez.

—No vas a echar esto de menos, ¿verdad?

—No, no lo creo.

¿Prefería un granero en Connecticut? En Nueva York tenían buena música, champán y amigos sofisticados. Lily no entendía por qué alguien querría escapar de eso.

—Pues te vas a perder muchas cosas.

Cuando la canción terminó, Lily se apartó. ¿Un hombre con el que era incompatible y con el que, sin embargo, tenía una química especial? Sus hormonas y ella tenían que hablar pero ya.

Lily se dedicó a llenar las copas de champán. Aunque los creativos podían ser muy irritantes a veces, ella jamás los cambiaría por un montón de ejecutivos con traje de chaqueta. Ni por un establo lleno de vacas. De vacas, nada.

El hecho de que James quisiera abandonarla debería ponerla furiosa, no hacer que se sintiera repentinamente atraída por él.

A lo mejor, que James se fuera haría que ella creciera como artista. Sería

una prueba para comprobar su resolución, su fuerza. Había sobrevivido sola muchas veces y si tenía que hacerlo otra vez... lo haría.

Una retirada temporal era más que necesaria... profesional y personalmente.

—Lily, no te enfades conmigo.

—No estoy enfadada.

—Sí lo estás.

—Lo estoy pasando bien, James. Si tú no lo pasas bien, puedes irte cuando quieras.

Él miró hacia la puerta.

—Sí, será lo mejor. Además, quiero revisar unos informes.

Lily miró alrededor, como si estuviera buscando a alguien más interesante.

—Muy bien, vete.

—Pero tendré que dejarte sola.

—Dudo mucho que tenga que llamar a los de seguridad.

James se cruzó de brazos.

—No estoy yo tan seguro. ¿Qué hombre sale con tres mujeres a la vez?

—¿Uno guapo?

—¿Y si Fabian decide incluirte en su harén?

Lily soltó una carcajada.

—No, me parece que está demasiado ocupado.

—Podríamos bailar otra vez.

—Ah, qué bien. ¿Cómo voy a rechazar una invitación hecha con tanto entusiasmo?

—¿Lo ves? Estás enfadada.

—Eso era un sarcasmo, cariño. No estoy enfadada.

—Lo que pasa es que te parezco aburrido.

—Sí, eso es verdad.

—Pues no lo soy.

—Si tú lo dices...

—Es que este tipo de fiesta no me gusta.

Lily sonrió cuando Carlotta pasó a su lado bailando sola como una peonza.

—¿Y qué clase de fiesta te gusta?

—Las fiestas más... organizadas.

—Sí, claro. ¿Y a cuántas fiestas organizadas has ido?

—¿Últimamente?

—En toda tu vida.

—No lo sé. No podría contarlas.

—¿Tienes una lista?

—Bueno, por ejemplo, la cata de vinos de...

—Porque me gustaría que me dieras una copia —lo interrumpió Lily—. No me gustaría nada ir a una de ellas por error.

—Eso no tiene gracia.

—Lo he dicho completamente en serio.

James le quitó la copa de la mano.

—Vamos a bailar.

Disimulando una sonrisa, Lily dejó que la llevara por todo el salón. ¿Sería posible que James Chamberlin se hubiera dado cuenta de que estaban hechos el uno para el otro?

¿Y de qué serviría eso?

No lo sabía, lo que sí sabía era que su corazón latía a una velocidad anormal. Y el de James también.

El efecto que James Chamberlin ejercía en ella era devastador. Por un lado, quería cerrar los ojos y dejarse llevar, por otro... por otro, quería salir corriendo para evitar la tentación. Y esa contradicción la estaba volviendo loca.

Lily levantó la mano para tocar su pelo. Era suave, fino. Él era tan decidido, tan exigente, tan duro. Y, sin embargo, tenía que haber otra cara de James Chamberlin. Otra más dulce, quizá más frágil, quizá más salvaje, más descontrolada. Y la sola idea de conocer esa otra cara de él la hacía sentir embriagada de emoción.

Cuando Fabian se chocó con ellos, por fin se dio cuenta de que alguien había puesto un CD de rock. Pero ellos estaban moviéndose al ritmo de una balada. Y era culpa de James. Porque cuando estaba con él, todo lo demás desaparecía.

Tot, toc, toc.

—¡Abro yo! —gritó Carlotta.

Mejor, porque Lily no tenía intención de moverse.

—¿Quién puede ser a estas horas? —preguntó James.

—Ni idea.

Tendría que ser alguien a quien el conserje había dejado pasar, o sea, un conocido.

—Lo siento —oyó entonces una voz familiar—. Debo haberme equivocado de apartamento. Estoy buscando a Lily Reaves.

—Está aquí, pasa.

Fedora Chamberlin entró en el salón apretando su bolso de Luis Vuitton y James corrió hacia ella, preocupado.

—Mamá, ¿pasa algo?

Ella negó con la cabeza, una solitaria lágrima rodando por su mejilla.

—Le he dejado. Y esta vez es para siempre.

A Lily se le hizo un nudo en la garganta. Sabía que los Chamberlin discutían mucho, pero aquello...

—Lo siento muchísimo, Fedora.

—¿Has dejado a papá? —exclamó James.

—He tenido que hacerlo. Yo... es todo tan complicado.

Lily miró a James. Parecía muy preocupado. Aparentemente, tampoco él había esperado eso.

—Bueno, gente, la fiesta ha terminado —dijo Lily.

Quitó la música y, poco a poco, los invitados empezaron a recoger sus cosas. Cuando por fin el apartamento quedó en silencio, fue a la cocina para hacer un té. Luego miró a James, que parecía haberse quedado sin palabras.

—Fedora, ¿te has peleado con Martin?

Ella se secó los ojos con un pañuelo.

—Me ha dicho que soy obstinada y cabezota.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí —suspiró James.

—Ah.

—Mi madre no quiere que me retire.

Lily había sospechado que ésa sería la reacción de Fedora, naturalmente, pero no habían hablado del tema. Si lo hubieran hecho, ¿serían las cosas diferentes? Quizá no, pero debería haberle prestado más atención a su amiga, pensó.

—Ya.

—Tú estás de acuerdo conmigo, ¿verdad, Lily? Tú tampoco quieres perderlo. ¿No crees que Connecticut es un sitio espantoso? ¿Quién querría marcharse de Nueva York?

Desde luego, estaba de acuerdo. Y un pequeño demonio le decía que debería usar a Fedora para que James no se fuera. Él quería a su madre, la respetaba más que ningún otro hombre que hubiera conocido. Y era ésa una de las razones por las que había confiado en él desde el principio. Los valores de una chica de Iowa, naturalmente.

Pero ponerse del lado de la madre y no del hijo era terreno delicado.

Aquello no era asunto suyo. Apoyaba a Fedora como amiga, pero debía tener cuidado.

—Yo... voy a cambiarme. Además, éste es un asunto de familia.

James la miró, agradecido.

—Venga, mamá. Vamos a casa.

—Yo me quedo con Lily —dijo Fedora—. Si ella quiere, claro.

—No sé si...

—De verdad no voy a molestarte. Necesito tiempo para pensar, necesito alejarme unos días de todo. Lo siento, hijo.

—Yo... —Lily miró a James, sin saber qué hacer.

—Tengo que hablar contigo —suspiró él, tomándola del brazo para llevarla al pasillo—. Siento todo esto. Sé que es muy poco profesional y...

—¿Poco profesional? James, por favor. Tu madre es mi amiga —lo interrumpió Lily—. Y se ha separado de tu padre. Ahora no es momento de preocuparse por esas cosas.

—Sí, ya, pero... siento haberte metido en esto.

—No me has metido tú, me ha metido Fedora. Y no me importa, es mi amiga.

—Ya lo sé. Gracias por echar a todo el mundo al ver que mi madre estaba disgustada —dijo James, sin mirarla.

—¿Qué esperabas, que la pusiera en un rincón hasta que se fueran mis amiguitos?

—No, pero... ¿por qué no te has apoyado en ella para pedirme que me quede en Nueva York?

—Porque no es asunto mío —contestó Lily—. Pero supongo que eso es lo que esperabas de mí, ¿no?

—No sabía qué esperar, pero me alegro de que no lo hayas hecho. Además, tú has sabido qué hacer de inmediato, mientras yo me he quedado con cara de idiota.

—Ah, qué interesante, ¿no?

—Es muy raro.

Además de apoyar a su amiga, algo que le salía de forma natural, había conseguido también ayudar a James... y, en general, solía ser al revés.

—¿Por qué no te vas a casa? —suspiró Lily—. Yo intentaré tranquilizar a tu madre.

—Lily, no deberías...

—¿No confías en mí?

—Claro que confío en ti —contestó él—. Siempre he confiado en ti.

Lily cerró la puerta y se volvió hacia su invitada. Era muy posible que su rápida reacción acabara de meterla en un buen lío.

El hombre con el que quería acostarse, por razones que aún no comprendía, le había confiado a su madre, una mujer que tampoco quería verlo en Connecticut. Una mujer que disfrutaba, como Lily, de los gestos dramáticos, de las fiestas y de las risas.

Aquello podría terminar en desastre.

Pero daba igual. Eso jamás la había detenido.

—¿Quieres un poco más de té?

—No, gracias, cariño.

—¿Quieres comer algo?

—No.

«¿Qué tal un chupito de tequila?».

Pero como Lily había tomado ya varias copas de champán y nadie puede beber tequila solo, decidió que no sería buena idea. Lo que tenía que hacer era hablar con Fedora, tener una charla de amigas.

Ella no sabía lo que era una pelea matrimonial, claro, pero se preguntó qué haría si hubiera roto con el amor de su vida.

¿Llorar?

Fedora tenía los ojos rojos.

¿Meterse en la cama?

Eso vendría después.

¿Llamar a sus amigas para poner verde a los hombres?

Ah, eso era algo que se le daba bien.

¿Gritar?

—¡Ese hombre es imposible! —gritó Fedora.

«Ahora estamos hablando, hermana».

—¿Qué te ha hecho? —preguntó Lily.

—¡No está de acuerdo conmigo en nada!

A Lily le gustaba salirse con la suya como a cualquiera, pero tampoco le importaba debatir cualquier tema. Generalmente porque, como la mayoría de las mujeres, siempre tenía razón. Pero también sabía lo que una tenía que decir en ciertos casos.

—Qué idiota.

—Es un idiota, desde luego. Es poco razonable, insensible...

Lily había visto a Martin Chamberlin varias veces, de modo que sabía que eso no era verdad. De hecho, parecía el hombre más paciente del planeta. Un hombre que aceptaba la necesidad de Fedora de hacer dramas y de poner emoción en su vida con una sonrisa comprensiva. Y cariñosa.

Pero quizá era diferente en privado. A lo mejor era un idiota que disimulaba muy bien. En realidad, casi todos los hombres eran insoportables.

—Claro que es un idiota. Es un hombre —dijo Lily—. ¿Esperabas comprensión, apoyo? ¡Ja! La ambición de sus vidas es arruinar la tuya, abandonarte cuando más los necesitas.

Fedora parpadeó cuando Lily se levantó y empezó a pasear por el salón.

—En fin, no sé...

—¿Sabes lo que necesitas? Una noche de juerga con las chicas. No, una noche no, una semana. Iremos de compras, a bailar, a comer fuera, al teatro.

Fedora asintió.

—Eso, eso.

Lily dejó de pasear. Ese programa le interesaba mucho. Además, así estaría tan ocupada que no podría pensar en James... ni hacer un compló con su madre para que se quedara en Nueva York.

—Primero, iremos de compras. Tengo muchos amigos diseñadores y me venden las muestras a unos precios que te mueres...

—Yo no tengo dinero.

Lily levantó una ceja. Fedora y su marido tenían un apartamento muy elegante y parecían llevar una vida muy cómoda.

—Quiero decir, que no he traído dinero conmigo.

—Iremos a un cajero.

—¿Una de esas maquinitas donde metes la tarjeta? Mi marido y James se encargan de esas cosas por mí.

Aunque Lily desconfiaba de la tecnología, tuvo que contener el deseo de soltar una carcajada. ¿Quién no sabía usar un cajero?

—Muy bien, iremos al banco entonces. ¿Cuál es tu banco?

—No lo sé. Mi marido y James se encargan de esas cosas.

—Ya. ¿No te acuerdas del color, de las letras? Algo para identificarlo.

Aparentemente, Fedora desconocía la importancia del dinero.

—Cuando necesito dinero, llamo a James o a Martin.

Lily suspiró. Ella podría ser así en veinte años. Dependía de James y de su contable para todo aquello que ella no podía controlar. Se concentraba en los diseños y dejaba que otras personas se encargaran de sus cuentas... ¿Cómo

iba a criticar a Fedora? ¿Quería terminar como ella, permitiendo que otros controlaran sus inversiones? ¿Después de años trabajando para ganar dinero, cómo había dejado que las cosas estuvieran así?

Pero también se percató de otra cosa. No sabía lo importante que era James en la vida de su madre. ¿Cómo había sido tan tonta para pensar que ella era la única razón por la que James quería irse de Nueva York? Había pensado que se iba por el trabajo, pero quizá tenía algo que ver con su familia...

Seguramente, creció sintiéndose fuera de lugar. Como ella. Sus padres nunca entendieron su deseo de vivir en Nueva York, de estar en un sitio lleno de luces brillantes, donde habría oportunidades para lucir los vestidos y los zapatos que dibujaba en su cuaderno.

—Ni siquiera sé a qué discotecas se debe ir para ligar. Sólo he salido con Martin en toda mi vida —dijo Fedora entonces.

—No estoy hablando de ligar, tonta, sólo de ir a bailar —rió Lily—. Saldremos con mis amigas, tomaremos unas copas y luego volveremos a casa. Aquí tienes todo el espacio que quieras.

Fedora sonrió.

—Eso suena de maravilla.

—Tío, estás loco.

James miró a Dalton, exasperado.

—No me estás ayudando nada.

—Estamos hablando de Lily Reaves, ¿no?

—Sí.

—¿De la Lily Reaves que está como un tren?

—Ésa es la única que conozco.

—¿Ella está interesada en ti y tú sales corriendo? —exclamó Dalton—. Tío, estás loco.

—Lily no está exactamente interesada en mí. Estamos... los dos un poco interesados el uno por el otro. Y yo no quiero que pase nada porque no quiero perder la cabeza.

—Bueno, ahora tienes que alejarte de ella porque tu madre vive en su casa.

James sacudió la cabeza. Lo único que él quería era darle otra dirección a su vida. Después de trabajar tanto, de cuidar de su estrambótica familia durante tantos años, quería algo para sí mismo. Pero desde que hizo el anuncio, todo se había convertido en una tragedia.

—Ayer me atreví a ir a su casa y las encontré viendo una película, llorando y pintándose las uñas.

Dalton hizo una mueca.

—El olor a acetona me habría hecho salir corriendo.

—Créeme, eso es lo que yo hice —suspiró James, señalando el bar en el que estaban tomando una cerveza—. Me vine aquí a ver el partido. Te lo digo en serio, estoy deseando irme de esta ciudad.

—¿Por qué?

—Estoy harto de todo. Estoy harto del ruido, de los coches, de las prisas, del drama. Estoy harto de arreglarle la vida a los demás. Tú deberías entenderme, eres abogado.

—Pero también soy un hombre.

—¿Y qué?

—Que me gusta Nueva York. Aquí hay de todo. Sobre todo, mujeres guapas.

—¿Nunca has querido retirarte?

—Sí, en las Bahamas, con una rubia a mi lado. Yo necesito sexo, tío.

—Y yo.

—¿Con quién, con Teresa?

—Sí, bueno, no exactamente... Nuestra relación no ha llegado a ese punto.

—¿Teresa respira?

—Pues claro.

—Entonces, tu relación debería haber llegado a ese punto.

James no se molestó en contestar. Ya se había regañado a sí mismo lo suficiente por su relación con Teresa. O por su falta de ella.

—Mira, yo me casé con mi novia del instituto y la relación se convirtió en una pesadilla. Tú has salido con montones de chicas y ahora estás buscando a la mujer de tu vida...

—No sé si estoy buscando a la mujer de mi vida.

—¿Por qué te pone tan nervioso una relación con Lily? Y dime la verdad.

James dejó escapar un largo suspiro.

—Porque sería sólo por mi parte. Lily se aburriría de mí en un par de semanas mientras yo me enamoraría como un loco y pasaría el resto de mi vida caminando por las oscuras calles de Nueva York buscando a alguien como ella.

Dalton se quedó callado un momento.

—Deberías haber sido abogado.

—¿Por qué?

—A los jurados les encantan los discursos melodramáticos.

—Lo digo en serio. No quiero una relación con ella porque sé cómo terminaría. Digamos que es una medida preventiva.

—Ya.

—¿Qué voy a hacer, Dalton?

—Estás empezando a darme miedo, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí, bueno, ya veo que estás desesperado... demasiado desesperado, si quieres que te diga la verdad. Si quieres evitar a Lily, y no digo que sea buena idea, dile que tienes otros planes. Que ella te dice: «¿James, quieres venir conmigo cenar?», tú le contestas: «Lo siento, Lily, tengo otros planes». Así de sencillo.

—¿Y con quién tengo esos otros planes?

—Úsame a mí si quieres.

—Eso podría funcionar.

—Claro que sí —sonrió Dalton—. Y si necesitas que alguien se sacrifique por Lily... Si la pobre está necesitada...

—A ver si lo adivino, te presentarías voluntario —rió James.

—Yo haría cualquier cosa por ti, amigo.

Cuatro días después...

James se quedó paralizado cuando Lily entró en su despacho.

—¿Dalton y tú lo pasasteis bien anoche?

—Sí, muy bien. Pero nos acostamos tarde —contestó él.

En realidad, llegó a casa a las diez y media, pero estuvo despierto hasta muy tarde intentando convencer a su padre de que Fedora estaba bien y que volvería con él tarde o temprano. Tenía que ser paciente porque él lo tenía todo bajo control...

Ja.

Su madre sólo hablaba con él por teléfono o por e-mail porque estaba muy ocupada yendo de compras y «poniendo su vida en perspectiva».

Y ver a su padre tan triste le recordó los peligros de enamorarse.

—¿Dónde fuisteis? —preguntó Lily.

—Al Green Light.

—Ese bar no te pega nada.

—¿Y cuál me pega?

—Pensé que te gustaba el jazz. El Green Light está lleno de críos a los que sólo les gusta el hip-hop.

Desde luego. No entendía cómo Dalton lo soportaba. Él había tenido que tomarse tres aspirinas cuando llegó a casa.

—Es un sitio estupendo —mintió, sin embargo.

—Sí, está bien. Estuvimos anoche.

—¿Qué?

—Anoche. Y nos encontramos con Dalton —sonrió Lily—. Dijo que estabas por allí, pero no te vimos.

—Es un sitio muy grande.

—Es un sitio pequeño.

—Estaba lleno de gente.

—No estabas allí, ¿verdad?

—Claro que estaba —contestó James.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta... las diez y media.

Lily se puso las manos en las caderas, en esa postura tan suya.

—¿Y la otra noche, cuando no podías cenar conmigo porque habías quedado con Dalton?

—Pues... es que había quedado con Dalton.

—¿Y la noche anterior, cuando te pedí que vinieras conmigo y con Fedora al teatro?

—Cené en casa y me quedé viendo un partido de baloncesto.

—Así que me mentiste.

—Pues... sí —contestó James.

—¿Por qué?

—Porque tenía otros planes.

—¿Crees que te incordio, que es parte de tu trabajo salir conmigo?

—No.

—¿Entonces por qué me mientes?

—Maldita sea, Lily, ya te he dicho que me iré al finalizar mi contrato. No puedes presionarme con nada.

—Así que mientes... para evitarme.

Aquello no iba como él había planeado. ¿Por qué se estaba portando como un crío? ¿Por qué no le decía la verdad, que huía porque se sentía atraído por ella? ¿Por qué no lo admitía de una maldita vez?

—Mira, Lily, yo tengo una vida además del trabajo...

—Desde luego que sí —replicó ella, antes de dar un portazo.

James apoyó la cabeza sobre el escritorio. Le había hecho daño. Estaba intentando salvarse a sí mismo y sólo conseguía hacerle daño a Lily.

En ese momento, sonó el teléfono.

—James Chamberlin.

—Hola, chaval, soy yo —era Dalton—. Anoche me encontré con Lily.

James suspiró.

—¿No me digas?

Capítulo 8

CON el sol entrando por las ventanas de su taller, Lily estudiaba el último boceto: un zapato rosa chicle con una bola de piel, que era la estrella de la colección para Carlotta. Y el de cuadritos amarillos y rosas iba en segundo lugar.

A Carlotta le encantarían esos zapatos.

Entonces, ¿por qué no estaba contenta? ¿Por qué no se sentía aliviada de haber superado aquella crisis? ¿Por qué la satisfacción del trabajo bien hecho no la hacía saltar de alegría?

James.

Todo era culpa suya. Ese traidor, ese mentiroso...

Quería enfadarse con él por evitarla deliberadamente, pero no podía. Evidentemente, James no sentía la misma curiosidad que ella por la chispa que había aparecido entre los dos de repente.

Lily había decidido que, si pasara más tiempo con él, quizá entendería de qué iba. Y si no, descubriría que había perdido la cabeza. Pero el hombre no quería cooperar.

Y hacer de celestina con sus padres tampoco iba a funcionar. De hecho, sus diseños eran lo único de lo que se sentía segura últimamente. Su vida personal era un desastre.

¿Conclusión? Debía concentrarse en el trabajo y olvidarse de James. Por el momento.

«A lo mejor no está interesado. A lo mejor tú no eres su tipo».

Él era un hombre, de modo que respondía a su atractivo físico. Pero evidentemente no tenía intención de llevar aquello más allá. No tenían los mismos objetivos, ni la misma personalidad.

«Mira, olvídate de una vez».

—Lily, yo... —Garnet apareció en el taller y se quedó mirando los zapatos—. ¡Ay, Dios mío!

—Tócalos y te mato.

Naturalmente, Garnet ignoró la advertencia y tocó la punta del zapato.

—Son perfectos. Tengo que ir a la fiesta de Diamond Masterson la semana que vine y voy a estrenar un vestido...

—¿Diamond?

—Su padre es el dueño de una joyería en la calle 48.

—Ah. Pues lo siento, no puedes ponerte estos zapatos.

—Lily, por favor —le suplicó su recepcionista, poniéndose de rodillas—. Tengo que ponérmelos. Y me prometiste un par, ¿no te acuerdas?

A pesar de que era un desastre, a pesar de que le faltaba al respeto a los clientes, que «tomaba prestados» los zapatos cuando le daba la gana, a Lily le caía bien aquella loca. Porque tenía mucho estilo. Y era estupenda eligiendo tendencias, algo fundamental para un diseñador. Además, era joven y estaba perdida, la pobre.

Lily recordó entonces a Fedora. Aunque se negaba a hablar con su marido, al menos estaba encontrando su sitio en el mundo.

A lo mejor Garnet necesitaba lo mismo. Además, le debía una por la Operación Día Normal.

—¿Quieres unos zapatos para la fiesta? Háztelos tú misma.

—No puedo hacer eso.

—Nunca empieces una conversación así. Sí puedes. ¿Lo has intentado alguna vez?

Garnet se encogió de hombros y, por primera vez desde que la conoció, Lily vio en ella la vulnerabilidad de la juventud.

—No.

—Pero tienes ideas.

—Sí. Me gusta diseñar.

—Estupendo. Pues empieza a hacerlo.

—¿Sí?

—Sí —contestó Lily—. ¿Sabes dibujar?

Garnet arrugó la nariz.

—No muy bien.

—Podrías usar el programa de ordenador que crearon James y Gwen. A mí me gusta tener un lápiz en la mano pero, según James, el ordenador es más rápido y más eficaz.

Otra razón para alejarse de aquel hombre. «Rápido y eficaz» no tenía nada que ver con el proceso creativo.

—¿Crees que debería intentarlo? A James le daría un ataque si me cargo el programa. Por cierto, ¿qué se hace cuando una se carga un programa?

—Salir corriendo y fingir que no lo has tocado.

—Ah, claro —asintió Garnet—. ¿Lo intentamos?

—Venga.

Dos minutos después, estaban buscando el programa en el ordenador.

—¿Cuál es?

—Pues...

Garnet tocó la pantalla con el dedo.

—Ese zapato parece...

De repente, el ordenador empezó a hacer ruidos.

—¿Qué has hecho?

—¡Nada! ¡Sólo he tocado la pantalla! —en ese momento, el logo de la empresa de informática que había creado el programa apareció ante sus ojos

—. Ah, es que la pantalla se activa con el tacto.

—Qué bien.

Lily vio unos cuadros en los que decía: «Materiales», «Estilo», «Color».

—¿Por qué no empezamos por Estilo? —Lily tocó la pantalla y le dio la risa cuando en la pantalla aparecieron diversos estilos de calzado—. ¿Quién ha dicho que los ordenadores son complicados? Y no levantes los ojos al cielo, lista.

—Ni muerta.

—¿Qué prefieres, sandalias, zapatos de tacón de aguja, zapatos de salón?

—Sandalias de tacón, creo. Algo bonito y femenino.

—¿El vestido es largo?

—A media pierna.

—Excelente —Lily pulsó el dibujo de una sandalia y en la pantalla aparecieron sandalias de varios estilos—. ¿Cuál te gusta más?

—Me gustan la número tres y la número siete. Ah, mira, hay otra página.

Después de estudiar varias páginas de sandalias, Garnet encontró exactamente la que le gustaba.

—Ahora, hay que cambiar el color y el material.

Lily empezó a sentirse realmente interesada. Era como mirar un catálogo. El ordenador jamás podría reemplazar el proceso de hacer bocetos, pero cuando, después de haber conseguido esa misma sandalia en otro color, en otro material y con ligeras modificaciones hechas por la propia Garnet, apretaron el botón de la impresora y un zapatito perfecto apareció en el papel, Lily dejó escapar un suspiro de emoción.

—Jo —dijo Garnet, tan expresiva como siempre.

—Es genial.

Una sandalia en color rosa pastel, con tiras finas atadas al tobillo.

—Si los zapatos de verdad salieran también de la impresora...

Garnet abrió muchos los ojos, como si acabara de darse cuenta de que no podía ponerse el papel en los pies.

—La fiesta de Diamond es dentro de dos semanas. ¿Estarán listas para entonces?

—Seguro que sí.

Garnet se levantó para abrazar a su jefa.

—Gracias —dijo, antes de salir corriendo papel en mano—. Voy a llevar el dibujo al taller ahora mismo.

A Lily se le hizo un nudo en la garganta. Seguro que a su volátil recepcionista no se le ocurría entrar en Starbucks o irse de compras aquel día.

James asomó entonces la cabeza en el pasillo.

—He visto sonreír a Garnet. ¿Qué ha hecho ahora?

—Quieres decir qué ha hecho mal, ¿no?

—¿Es que hace las cosas de otra manera?

Lily levantó la barbilla.

—Pues que sepas que nuestra recepcionista tiene talentos escondidos. Acaba de diseñar un par de sandalias ella solita.

—¿Que no te las ha robado? Y, por cierto, ¿desde cuándo sois tan amigas?

—Nos hemos hecho amigas tocando la pantalla del ordenador.

—¿Habéis usado el programa de diseño? ¿Qué tal?

—Rápido y eficaz, ya sabes —contestó Lily—. Bueno, me voy. Cuando vuelva Garnet, dile que ponga los zapatos de la colección de Carlotta en el almacén.

—¿Dónde vas? —preguntó James.

—Tengo planes —contestó ella, con una sonrisa en los labios—. Pero me llevo el móvil por si necesitas algo. Adiós.

Y desapareció sin decir otra palabra.

No le hacía ni caso.

Y eso le volvía loco.

James no podía creer que fuera el mismo hombre que, una semana antes, le había dicho a Dalton que alejarse de Lily era una medida preventiva. Porque la semana anterior Lily parecía interesada en él.

Y en los últimos dos días lo trataba como si fuera un empleado. Y un empleado que ni siquiera le caía bien.

Se había dicho a sí mismo que quería que volviera a su vida, a sus fiestas, a sus amigos, a sus cosas. Pero tuvo que apretar los puños cuando el día anterior le dijo a Garnet, a las tres y media de la tarde, que se iba a un «evento social».

La antigua Lily se habría puesto un vestido estupendo, se habría maquillado a la perfección y, antes de salir, habría entrado en la oficina para hacer un desfile. Pero no, se fue sin decir nada, sin despedirse siquiera.

Y James lo estaba pasando fatal.

Estaba perdiendo la cabeza.

Después de darle tantas vueltas a sus incompatibilidades, se daba cuenta del error que había cometido. Había tirado por la ventana la oportunidad de su vida. Pero estaba dispuesto a admitir su error. ¿No era eso el primer paso?

No, el primer paso era estar a solas con Lily, desnudos si era posible. A la porra las consecuencias.

Eventos sociales, planes y profesionalidad, a la porra también.

Su cuerpo había pasado el punto de resistencia. Y después, cuando todo acabara para él, cuando Lily se hubiera aburrido, podría quedar con su padre para emborracharse y llorar.

Pero además de Lily, James se encontraba con otro gran obstáculo: Teresa.

No podía seducir a Lily y seguir saliendo con Teresa. No le había hecho ninguna promesa, por supuesto, pero no estaba bien.

Aunque hubiera perdido la cabeza, no había perdido su integridad.

De modo que aquella noche saldría con Teresa por última vez.

Después de ver una película, la acompañó a su apartamento y le preguntó si podían hablar un momento.

—Sí, claro ¿Quieres tomar un café?

James se sentó en el sofá, angustiado.

«Lo que necesito es un whisky».

—No, gracias.

—Has estado muy callado esta noche. ¿Qué pasa?

—Creo que no deberíamos volver a vernos.

—¿Por qué? —exclamó Teresa—. Pensé que... —no pudo terminar la frase porque sus ojos se llenaron de lágrimas.

James hubiera querido abrazarla, pero seguramente ella no querría que la tocara.

—Eres una chica estupenda, Teresa. Pero esto no funciona.

—Pero nos parecemos tanto, tenemos tantas cosas en común...

Ah, la lógica. Su vieja amiga.

—Lo sé.

—Es por Lily, ¿verdad?

—Pues... no, es por mí.

Después de una explicación bastante torpe, James se marchó, cabizbajo, y entró en el primer bar que encontró en su camino. En una esquina, se puso a escuchar blues mientras miraba su martini con cara de angustia.

«Esto es por Lily, ¿verdad?».

Aunque no lo había admitido delante de Teresa, al menos podía admitirlo ante sí mismo. Sí, era por Lily.

Estaba tirando por la ventana una relación segura para encontrar... ¿qué? Inseguridad y conflictos. Como su madre seguía viviendo con Lily y se negaba a hablar con su marido más que en el escenario, James se preguntó si su comportamiento sería genético.

Pero tenía que seducir a Lily. Y para eso tenía que sentirse fuerte, saber lo que quería. Tenía que trazar un plan.

La presencia de Lily lo distraía demasiado. Sus curvas, su olor, su sonrisa, todo eso hacía que su cerebro se convirtiera en una masa inútil. A lo mejor podía llamarla por teléfono... Pero su voz también lo distraía.

James...

Le gustaba cómo pronunciaba su nombre. A veces en voz baja, a veces alegre, a veces a gritos, a veces...

—¡James!

Cuando levantó la cabeza, allí estaba Lily. Con un top negro escotado y unos vaqueros con brillantitos en las costuras. Con Kristin y Gwen.

—Hola... ¿qué haces aquí?

—Pareces un poco perdido. ¿Te pasa algo?

Estaba enfadada, pero se preocupaba por él. Compasión. Otra cualidad de Lily que no podía resistir.

Su aroma lo envolvía, su escote lo enloquecía. Sutil no era una palabra que entrase en el vocabulario de Lily Reaves. Y nadie podría culparle por no poder resistirse.

James consiguió sonreír.

—Estoy bien.

—¿Quieres tomar una copa con nosotras?

—Claro.

Con sus martinis de colores y sus sonrisas, aquellas tres chicas estaban destrozando su momento depresivo.

—Desde luego, eres el alma de la fiesta, hijo —suspiró Gwen.

—Gwen, no digas eso —la regañó Lily.

—¿Qué pasa, Jimmy? —sonrió Kristin—. ¿Tu vida amorosa te deprime?
Lily la fulminó con la mirada.

—¿Qué he dicho?

Lily le dio una patada... a James.

—¡Ay! Que esa era mi pierna.

—Perdón. ¿Qué tal los Yankees?

—Estamos en febrero, Lily —rió Gwen—. Los Yankees estarán en la playa.

—Perdona, chica. Sólo intentaba entablar conversación.

—He roto con Teresa —dijo James entonces.

—¿Qué? —exclamó Lily, horrorizada.

Era oficial. Nunca entendería a las mujeres. Lily había tonteado con él, lo había besado...

¿Y ahora le disgustaba que hubiera roto con Teresa?

—Qué pena —dijo Kristin.

—Qué conveniente —añadió Gwen.

—Más bien, qué desafortunado.

—Yo creo que, más bien, vosotras no deberíais decir nada —protestó Lily.

—Pero es que es muy triste. El pobre James sufriendo...

—Yo no diría eso.

Kristin le dio un golpecito en la mano.

—Claro que estás sufriendo, hombre. Ibas a casarte con Teresa, ¿no?

James miró a Lily, que se había puesto la carta de vinos en la cara.

—No sabía que mi vida amorosa fuera objeto de discusión.

—Creo que Lily mencionó lo de la boda...

—Pero sólo de pasada —intervino Gwen.

—¿Qué ha pasado, James, cariño? Yo ya estaba comprándome la pamele.

—Nunca dije que iba a casarme con ella, sólo que era la clase de mujer con la que me casaría.

—Lo que yo no entiendo es por qué tienes tantas ganas de casarte —intervino Lily entonces.

—No voy a casarme.

—¿Nunca?

—Me casaré algún día, supongo. Pero no ahora mismo. Y no entiendo qué tienes tú en contra del matrimonio.

—No me parece nada divertido.

—Lily, no todo en la vida es divertido —suspiró James.

—¿Y para qué vas a casarte si no es para pasarlo bien? —preguntó Gwen, con el ceño arrugado.

—Es divertido... a veces. Pero no todo el tiempo. Uno tiene que esforzarse para mantener una relación. No es fácil.

Las tres lo miraron, sorprendidas.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntaron Kristin y Gwen al mismo tiempo.

Lily no preguntó.

Aquella noche no iba como James había planeado. Por fin había admitido que se sentía atraído por Lily, había plantado a una chica estupenda por ella, había decidido ignorar lo que le decía su conciencia, había empezado a trazar un plan de seducción...

Pero la mujer a la que deseaba pasaba de él por completo.

—¿Qué ha pasado con la maestra? —preguntó Kristin—. ¿Le has dicho adiós?

—Pues... Ha sido una decisión mutua.

—No había chispa, te entiendo. A mí me pasó lo mismo el año pasado. Conocí a un chico estupendo, estable, guapo, pero aburridísimo. En fin, supongo que tendrás que volver al tema.

—¿Qué tema?

—A salir con chicas. A buscar a la mujer de tu vida. Pero no creo que haya muchas solteras guapas en Connecticut. Muchas vacas, sí, pero chicas guapas...

Como ésa era una conversación que había mantenido con Lily, James sospechó que aquellas tres habían discutido su vida amorosa al detalle. Y con las tres metidas en el plan, era lógico que se hubiera rendido.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Nueva York? —preguntó Kristin.

—Pues... unos dos meses.

—No tienes mucho tiempo. Chicas, ¿creéis que debemos ayudarle? ¿A quién conocemos...?

—Necesito otra copa —la interrumpió Gwen—. ¿Alguien quiere algo?

—No, yo no —dijo Kristin.

James se levantó también.

—Yo también quiero otra copa. Voy a buscar a la camarera. Siéntate, Gwen.

—Aquí no puede vernos. A Kristin le gustaría venir conmigo a la barra, además. ¿A que sí, Kristin?

—No, yo...

—¿No tienes que ir al servicio?

—No, yo...

Gwen la levantó de un tirón.

—*Tenemos* que ir al servicio.

Ir al servicio juntas. Otro aspecto de las mujeres que él no entendía.

—¿Qué les pasa a esas dos?

—Querían dejarnos solos.

—¿Y cómo sabes...? Bueno, da igual. ¿Necesitamos estar solos?

No le había dado tiempo a trazar su plan de seducción. Necesitaba un día o dos para diseñarlo.

—Siento lo de Teresa, James —suspiró Lily.

—No pasa nada.

—¿Se ha llevado un disgusto?

—Un poco —contestó él—. Pero creo que, más bien, estaba sorprendida.

—¿Y tú estás disgustado?

—No. Pero me siento culpable.

—¿Ah, sí?

—No llevábamos mucho tiempo saliendo, pero creo que la he decepcionado.

—Ah —murmuró Lily, mirando hacia la pista.

Estaba perdiendo su atención. Y era normal. Le había dicho muchas veces que ella no entraba en sus planes, negaba que hubiera alguna atracción entre ellos...

—Pero no podía seguir saliendo con ella porque me he dado cuenta de que estoy interesado por otra mujer.

—¿Quién?

—Tú.

Los ojos de Lily se iluminaron.

—Pensé que yo no era parte de tus planes.

—Sí, bueno... Eso fue una estupidez. Y no debería haberte mentido sobre mis salidas con Dalton.

—No, no deberías —asintió ella—. Pero tampoco yo debería haber actuado como una cría. Además, creo que es un poco culpa mía.

—No, no es verdad.

James no había querido reconocer que su relación había cambiado de repente. Había negado la atracción que sentía por ella, pero ahora tenía la

oportunidad de decírselo. Desdeñar sus sentimientos no le había valido de nada.

—Te evitaba porque tenía miedo.

—¿De qué?

—No quería que me gustases tanto.

—¿Pero te gusto mucho? —preguntó Lily, con los ojos muy abiertos.

—Sí, mucho —contestó él.

Se sentía bien admitiendo eso en voz alta. Seguramente, estaba cometiendo un error, pero no quería seguir siendo tan cauteloso. Era un riesgo que debía asumir.

—Han sido un par de semanas un poco raras —admitió ella—. Tampoco yo he sido sincera contigo. No esperaba que algún día quisiera besarte... y menos que me gustase.

—¿Pero te gusta?

Lily rió.

—Sí, mucho.

—Estupendo. No podemos seguir mintiendo, Lily.

—De acuerdo.

James se inclinó un poco hacia ella. A pesar del humo del bar, podía oler su perfume.

—¿Eso significa que volverás a besarme?

—¿Eso significa que vas a dejar que te bese?

—Hemos vuelto —anunció Kristin.

Lily miró a sus amigas.

—Qué bien.

Un teléfono sonó entonces y las tres se pusieron a mirar en el bolso. Lily sacó un móvil cubierto de piedrecitas rosas y anunció: —Es el mío. Hola, Fabian... ¿En serio? Claro que iremos. Guárdanos un sitio —dijo antes de colgar—. ¿A que no sabéis quién toca hoy en Salsa Caliente?

—¿Quién?

—José Lambino.

Las chicas se pusieron a gritar.

James sonrió. Sólo Lily podía encontrar un cantante que se llamara José Lambino. Se preguntó entonces si sería un imitador de Elvis, un travestido, un cantante de cabaret o un tipo con un caniche cantarín.

—Es medio mexicano, medio italiano y canta canciones italianas en español.

—Deberías oír su *Volare*. Es un clásico —dijo Kristin.

—Seguro.

—Venga, James —dijo Gwen, tirando de su brazo.

Él vaciló. Quería estar con Lily, pero seguramente estarían de juerga toda la noche y él tenía muchísimo trabajo.

Lily levantó una ceja, con expresión retadora.

—¿Vienes o no?

Capítulo 9

Sí, claro que voy —dijo James, levantándose.

Lily se sintió orgullosa de sí misma.

—Venga, vamos.

—Voy a pagar la cuenta. Os veo fuera.

—Gracias.

—Salgo enseguida —sonrió él entonces. Y en sus ojos había una expresión muy interesante.

Lily tuvo que agarrar a Kristin del brazo. No podía disimular que aquella noche estaba empezando a ser muy emocionante.

—¿Se puede saber a qué venía tanta simpatía por Teresa?

—Es lo que habíamos planeado, ¿no? Además, James parece un hombre perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones.

La seguridad de Kristin hizo que Lily se sintiera un poco mejor.

Además, James había admitido que se sentía atraído por ella. Por fin.

—Está loco por ti, chica —dijo Gwen.

—Sí, yo creo que sí.

—Meteos en la cama de una vez —rió Kristin—. Estáis pesadísimos.

Lily se preguntó si sería tan sencillo. Aquella batalla interna le estaba destrozando el estómago, pero era consolador saber que no era la única que lo estaba pasando mal.

Cuando llegaron al club, descubrieron que en la puerta no había nadie esperando. Lily sacudió la cabeza. Le encantaban las obras de Broadway como a todo el mundo, pero lo que de verdad le gustaban eran los espectáculos de off-off-off Broadway, los más raros, las nuevas ideas, los nuevos formatos.

El bar también estaba medio vacío. Fabian estaba con su trío, aquella vez morenas, en una mesa frente al escenario. Probablemente porque todas las demás estaban vacías.

Una pena. Porque José era un genio.

—¡Lily! Os he guardado un sitio.

—Gracias, eres un cielo.

Lily pidió una botella de champán. Y luego otra.

James la miraba con gesto reprobador, pero ella se encogió de hombros.

—¿Para qué está el dinero?

Seguro que a él se le ocurrían muchas ideas, y seguramente a ella también, pero no podía soportar la idea de una fiesta sin alegría. Había soñado desde pequeña en ir a las discotecas, al teatro, y no pensaba desaprovechar ni un solo día.

En medio de la segunda canción de José, James la llamó desde la barra.

—El camarero quiere saber si invitas a otra ronda a todo el mundo.

Lily miró alrededor. Demonios, ¿de dónde había salido toda esa gente?

—Y una porra. Que cada uno se pague lo suyo.

—Y yo preocupado porque nunca estuviéramos de acuerdo —sonrió James.

—¿Te gusta José?

—Sí, no está mal. Pero no entiendo una sola palabra.

—No tienes que entenderlo. Acéptalo, simplemente. No todo en la vida es predecible o controlable.

—Sí, lo sé. No debería intentar controlar lo incontrolable.

Ella sonrió.

—Déjate llevar. De vez en cuando.

—Mi madre se ha dejado llevar últimamente, ¿recuerdas?

—No te preocupes, Fedora volverá con tu padre.

—No lo sé. Pero aunque vuelvan, esto ocurrirá de nuevo.

—¿Qué?

—Las peleas, los dramas, las llamadas para que yo haga de negociador.

—Los dos son personas con carácter. Es normal que se peleen.

—Yo no entiendo por qué. No entiendo por qué no pueden tener una conversación racional.

—No todos los problemas son racionales —suspiró Lily—. En realidad, tu madre sabe que no debería hacerte sentir culpable porque quieres irte a Connecticut. Sabe que tu padre tiene razón. Y eso la vuelve loca. No puede evitar sentir lo que siente.

—Os parecéis mucho mi madre y tú —suspiró James—. ¿Por qué crees que está en tu casa?

—Porque le caigo bien.

—Sí, eso es verdad. Pero también está intentando decirme: «Mira lo que va a pasar si te marchas. Mi matrimonio se irá a la porra y yo acabaré saliendo con docenas de hombres, como Lily».

—Yo no salgo con docenas de hombres.

—Sí sales.

—¿Celoso?

—Intensamente.

—¿De verdad? —sonrió Lily—. De todas formas, debes saber que no tengo intención de usar a tu madre para llegar a ti. Hay otras maneras de jugar sucio.

—Haces que un hombre quiera suplicar clemencia —rió él.

Lily se pasó la lengua por los labios.

—Y no conseguirás ninguna... ¿Quieres un sorbito de champán? Lo pregunto porque no dejas de mirar mi copa.

—No, estoy mirando tus labios.

El corazón de Lily se volvió loco. Un James entregado era fascinante.

De modo que dejó la copa sobre la mesa y enredó los brazos en su cuello.

El aliento de James rozaba su cara y sintió que se ponía tenso, que sus ojos se oscurecían...

Cientes, amigos, un club lleno de gente los rodeaba, pero Lily se concentró sólo en James. Sabía que lo estaba avergonzando y no quería poner en peligro lo que acababan de encontrar, pero...

Sin pensar, pasó la punta de la lengua por su labio inferior.

Y el corazón de James dio un salto.

—El programa de diseño mola.

—¿Quieres hablar de eso ahora? —preguntó él, con voz ronca.

—¿Tú no?

—Pues... bueno, bien, vamos a hablar de eso.

—Yo sólo decía que...

—¿Tengo que hablar coherentemente? Porque ahora mismo no puedo pensar.

—Pero si tú eres capaz de hacer cinco cosas a la vez —bromeó Lily.

—Lo intentaré.

—¿De qué estábamos hablando?

—Del programa de diseño.

—Ah, sí, el programa. A Garnet se le da muy bien. Tiene buen instinto, creo. A lo mejor es que lo suyo no es trabajar en una oficina.

—No todo el mundo vale para eso.

—Pero tú sí.

—Tengo suerte, supongo —dijo James, encogiéndose de hombros.

—Nunca quisiste dedicarte al teatro, como tus padres.

—Nunca. Al principio, nunca sabíamos si llegaríamos a fin de mes. Teníamos... bueno, yo tenía que controlar todos los gastos, todas las facturas.

Íbamos de un lado a otro y nuestra casa siempre estaba llena de gente rara.

Lily había sospechado todo eso, pero se alegraba de que James lo compartiera con ella.

—Y tú tenías que poner un poco de orden.

—Así es.

—Cuando me hice diseñadora, mi vida era exactamente igual que la tuya. Bueno, quizá sigue siéndolo.

—Pero tú has conseguido centrarte. Eres una triunfadora.

—Gracias a ti.

James acarició su mejilla.

—No, gracias a ti misma. Yo sólo me dedico a ordenar las cosas.

—A lo mejor lo hemos hecho juntos —sugirió Lily.

Quería que aquello fuera algo más que un par de noches de pasión. Eran opuestos en casi todo, pero James la entendía, la apoyaba como no lo había hecho nadie.

«Por favor, espero no meter la pata».

—Lily... —protestó James, cuando ella intentó apartarse.

—¡Gracias! ¡Gracias y adiós!

Lily se volvió a tiempo para ver a José despidiéndose del público. Luego Fabian la abrazó, la abrazaron las morenas y, unos minutos después, todos se metían en taxis para volver a casa. Por supuesto, Fabian había organizado los taxis, de modo que James y ella iban separados, aunque eran los únicos que vivían en el mismo edificio.

Cuando el taxi llegó a su portal, Lily había recorrido la mitad de Nueva York, de modo que James ya estaba allí. Esperándola.

Y la tomó de la mano para entrar en el ascensor. Por fin estaban solos.

¿Qué iba a pasar?, se preguntó. ¿Qué iban a hacer?

«Esto es ridículo. Eres una mujer adulta y quieres acostarte con él, ¿no?».

Pero lo de «acostarse con él» no podía explicar la profundidad de su relación. Eran amigos, jefa y empleado... bueno, algo así. Aunque Lily siempre lo había considerado un socio.

—José es estupendo. Gracias por invitarme.

—De nada —contestó ella, histérica. Hasta tenía ganas de vomitar.

Nunca le había pasado eso. Ella no se pensaba mucho las cosas; hacía lo que sentía, lo que le decía el instinto.

Pero en aquel momento, era incapaz de formar una respuesta coherente.

¿Estaría James tan nervioso como ella? ¿Esperaría que diera el primer

paso?

—Voy a dejarte en la puerta, Lily.

—¿Qué?

—Y no porque no quiera que me invites a entrar, sino porque si lo haces, aceptaré y si estamos solos esta noche, ya no habrá vuelta atrás —murmuró James, acariciando su cara—. Sé que es una estupidez, pero prefiero no empezar la noche con una mujer y terminarla con otra.

Lily parpadeó, con el corazón encogido.

—Pensarás que estoy loco, pero...

—No, no, creo que eres el hombre más honorable que he conocido nunca.

Luego se puso de puntillas, le dio un besito en los labios y entró en casa.

Lily estaba en la escalera, dándole los últimos toques al arco situado al fondo de la impresionante pasarela. No recordaba la última vez que había pintado algo, pero lo estaba pasando bien. Quizá porque así se libraba de la energía sexual que le sobraba...

—El color tiene que ser exactamente el que habíamos pedido, señor Williams —oyó entonces la voz de James.

Y fue oír la voz de James y ponerse a temblar. Su tono era tan... inflexible. Le daban escalofríos al ver que tomaba el control.

«Chica, tú necesitas ayuda».

—Y yo soy un hombre muy enfadado, señor Williams. Si no consigo la pintura que habíamos acordado en menos de una hora, la falta de futuras recomendaciones será el último de sus problemas.

James lo dominaba todo, como siempre. El diseño de la pasarela, el arco, las flores, los asientos, las invitaciones, la prensa.

Pero pronto no tendría que volver a hacerlo. Pronto despertaría en el campo, respirando aire fresco. Con vacas y cachorros correteando por las praderas de Connecticut.

Cuando se dirigía hacia ella, Lily se preguntó cómo era posible que no lo hubiera mirado nunca con detenimiento. ¿Había estado ciega? ¿Loca? ¿Por qué había perdido el tiempo con imbéciles como Brian cuando podía haber tenido a James?

Había dejado que la distancia profesional fuera una barrera entre ellos. Y quizá fue lo mejor. ¿Qué habría hecho si hubiera conseguido seducirlo y después James se hubiera ido?

Iba a irse de todas formas. De modo que había perdido un tiempo precioso.

—Sería mejor dejarlo —murmuró.

Pero, por alguna razón, no se imaginaba a sí misma haciendo eso. Estaba segura de que su negocio sobreviviría sin James. Pero, ¿podría sobrevivir ella?

—¿Qué tal va todo? —oyó que le preguntaba a los trabajadores—. ¿Lily?

—Hola, James.

—Pensé que estabas comiendo con Gwen.

—Iba a hacerlo, pero decidí pasarme por aquí para ver si podía echar una mano.

Lily estaba sonriendo... hasta que se dio cuenta de que, desde abajo, James seguramente podía verle las bragas. Por supuesto, llevaba un tanga de encaje, de modo que la cosa no estaba mal.

Debería haber apartado la mirada. No debería quedarse mirando. El James de unas semanas antes no se habría quedado mirando. Pero no se movió.

¿Le gustaría acariciar sus piernas? ¿Ver el sujetador a juego con el tanga?

Lily sintió un escalofrío.

—Soy una buena pintora, ¿no crees?

—Esto... sí...

—¿Estás bien?

—Sí... yo...

Lily soltó una risita.

—Estás un poco pálido. ¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó, bajando de la escalera.

—No —contestó James—. Y tú no deberías subirte a una escalera con ese vestido.

—No me ha dado tiempo a ir a casa a cambiarme. Además, nadie me está mirando.

Bueno, casi nadie.

—Yo creo que deberías dedicarte a alguna actividad más cerca del suelo.

—No sé qué podrían ver... Ah, tú has mirado.

—Yo...

—Me has visto las bragas.

—Lily, era difícil no hacerlo.

—¿Has visto algo que te guste?

James la tomó por la cintura.

—Desde luego que sí.

Lily no había esperado una respuesta tan directa.

—¿De verdad?

—Sí.

Y luego sonrió. Y Lily supo que lo amaba. Sí, lo amaba.

Lo respetaba, valoraba su opinión, su habilidad para dirigir un negocio. Amaba su sentido de la responsabilidad y del honor. Le encantaba que fuera impaciente cuando las cosas no iban como él quería. Amaba que respetara a su madre y quisiera verla feliz. Amaba su comprensión, su paciencia. Amaba sus ojos y lo suave que era su pelo.

Lo amaba.

—¿Qué?

—Nada, es que... —Lily no podía hablar. La emoción había formado un nudo en su garganta.

Sólo quería disfrutarlo, compartir algo con él, algo que no fuera un proyecto profesional, un calendario de ventas. Divertirse.

—Es que me gustas mucho —contestó por fin, sabiendo que, en realidad, todo era mucho más complicado—. Haces tantas cosas por mí, siempre estás ahí...

—Siempre estamos ahí el uno para el otro.

«No por mucho tiempo».

No debía enamorarse de James. No podía enamorarse de un hombre que quería de la vida justo lo contrario que ella.

—¿Crees que trabajamos tan bien juntos porque somos muy diferentes? ¿Porque nos complementamos?

Él inclinó a un lado la cabeza, como si nunca hubiera pensado en su relación de esa forma.

—Sí, supongo que sí. ¿Por qué no lo hablamos esta noche, mientras cenamos juntos?

¿Cenar? Lily no podría probar bocado.

—Venga, haré una paella.

La mención del famoso plato español despertó el interés de Lily.

—¿Sabes hacer paella?

—Una vez quise ser chef, ¿recuerdas?

Ah, sí, lo recordaba muy bien. Y también recordaba que iba a marcharse. La única forma de volver a verlo sería ir a Connecticut para tomar un café. Ridículo, claro. Lily iba a tener una seria discusión con su corazón.

—Fedora y yo hemos quedado para salir esta noche.

—Ah. ¿Y no puedes quedar para otro día? —preguntó James.

Tendría que inventar una buena excusa. Fedora quería que la ayudase a convencer a James para que no se fuera de Nueva York, pero no sabía qué pensaría de que quisiera seducirlo.

—Sí, supongo que sí.

—A las siete entonces. ¿De acuerdo?

Lily no habría podido decirle que no por nada del mundo.

—Allí estaré.

Capítulo 10

LILY llegó al apartamento de James de los nervios, pero con una botella de vino en la mano. Había pensado llevar champán, pero le pareció que lo de hacer saltar el corcho resultaría demasiado *à propos*.

Llevaba toda la tarde intentando convencerse a sí misma de que no lo amaba. Sólo estaba allí para pasarlo bien. Una vez hecho, volvería a ser una persona normal.

En una semana estaría saliendo con otro hombre y retomaría su campaña para que James se quedara en Nueva York... pero sólo por razones profesionales.

A menos que Kristin y Gwen, que habían salido con Fedora esa noche, la llevaran a un club de mal ambiente y James la odiara por corromper a su madre, claro.

—Hola —la saludó él, abriendo la puerta.

Llevaba vaqueros y una camisa blanca con varios botones desabrochados. E iba descalzo. Parecía muy cómodo. Y estaba guapísimo. Además, estaba moreno.

¿Por qué estaba moreno? Y sobre todo, ¿por qué encontraba ese moreno tan sexy? Broncearse era malísimo para la piel.

—¿Entras o no? —rió James.

—Sí, sí, claro.

Tenía que calmarse. No podía estar nerviosa. Iba a cenar con James. Nada más.

Pero cuando vio que la chimenea estaba encendida, se le encogió el estómago. Y de repente, sintió un abrumador deseo de tumbarse en la alfombra y no salir de allí nunca.

Bien, quizá aquello no iba a ser tan sencillo como había pensado.

—He traído esto.

—Gracias, pero he metido una botella de champán en el congelador. ¿Te parece bien?

—Sí, sí. ¿Te has dado rayos UVA? —preguntó Lily, intentando controlar los nervios que se le estaban agarrando al estómago.

—No, claro que no —contestó él.

Normal. No podía imaginar a James tomando rayos UVA.

—¡Tienes fotografías mías! —exclamó Lily entonces.

—Sí, una es de nuestro primer desfile. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Carlotta me llamó y...

—No. Bueno, sí, pero no es de Carlotta de quien me acuerdo. Yo sólo me acuerdo de ti —dijo James. Lily tragó saliva—. Recuerdo que hiciste sonreír a las modelos aunque tú estabas tan nerviosa como ellas. Y recuerdo que tuve que empujarte un poquito para que salieras a saludar.

—¿Te acuerdas de todo eso, James?

—Sí.

Lily se pasó una mano por la falda. Se había puesto una minifalda negra y una blusa verde de seda. Y unas bragas con tréboles. Como siempre, ¿habría ido demasiado lejos?

—Llevas un trébol en la cara —dijo James entonces.

—Es un tatuaje temporal.

En realidad, tenía otro en un sitio más íntimo y esperaba que James lo descubriera antes de que terminase la noche.

—Es precioso. Tú eres preciosa. Perfecta.

—No, no lo soy. Soy impaciente, tengo un carácter horrible, cambio de opinión cada cinco segundos... pregúntale a mis amigas. No sé tomar decisiones, no sé organizar nada...

—Lily, todo eso me da igual. Yo sólo quiero estar contigo.

Ella lo miró a los ojos y en ellos vio ternura y comprensión.

—Muy bien.

—¿Quieres una copa de champán?

—¡Sí, por favor!

James la miró, sorprendido.

—¿Estás nerviosa?

—Un poquito —confesó Lily.

—¿Por qué? Últimamente hacemos cosas que no habíamos hecho nunca. Incluso hemos bailado juntos, ¿no?

—Sí.

—Yo quiero que esta noche haya algo más que un baile —dijo James entonces, con toda seriedad.

Ella tragó saliva. La miraba de una forma tan intensa, tan encantadora. Especialmente porque no estaba enviando un fax ni organizando nada.

—Yo tampoco.

Y entonces James la besó. Y Lily le devolvió el beso con toda su alma. Porque, por mucho que quisiera mentirse a sí misma, sabía la verdad. Que James se marcharía, que no podría retenerlo en Nueva York.

Y le daba igual. Porque sólo quería estar con él.

Quería tocarlo, besarlo, acariciarlo por todas partes. Quería disfrutar de él mientras fuera posible. Y lo demás no le importaba nada.

James no intentaba quitarle la ropa... maldición, qué paciente era aquel hombre, pero ella no podía esperar para tocarlo. Tenía que estar más cerca, todo lo cerca que fuera posible. Así que empezó a desabrochar su camisa...

Cuando por fin lo consiguió, cerró los ojos para disfrutar de la suavidad de su piel. Recordó entonces la noche que lo encontró dormido en su despacho...

Allí empezó todo.

Pero ahora podía acariciarlo de verdad, tocar sus pectorales, el vello que cubría su torso...

—Vamos a la habitación —dijo James con voz ronca.

«¿Podemos ir corriendo?».

Fueron de la mano. Y Lily sólo tuvo tiempo de ver un edredón azul marino porque James la tumbó sobre la cama para capturar su boca.

—Lily...

Después de tantas negativas, de tantas vueltas, de tantos planes, no podía creer que estuviera allí con él. James tardó unos segundos en desnudarla y la miró de arriba abajo, como si quisiera grabarla en su memoria.

Lily no recordaba haberse sentido nunca tan vulnerable. Para ella, el sexo siempre había sido algo divertido, ligero.

Pero aquella noche quería algo más, quería que fuera perfecto.

¿Estaría a la altura?

—Eres la mujer más bella que he visto nunca... y me gusta mucho el otro tatuaje —rió James—. Seguro que sabe muy bien.

—Seguro que sí —sonrió ella, empujándolo hacia su pecho.

Se exploraron el uno al otro durante toda la noche, con las manos, con la boca. Hicieron el amor dos veces y luego, al amanecer, Lily se vistió rápidamente. Sonriendo, le dio un beso en la frente y subió a su apartamento sin hacer ruido.

Durante la semana siguiente, pasaron juntos día y noche. Durante el día, a veces se escapaban al apartamento de James para hacer el amor. Nunca habría

esperado que él fuese tan osado, pero se había lanzado de cabeza a aquella aventura.

Si Garnet se había percatado de lo que pasaba, no dijo nada. Estaba demasiado ocupada dibujando zapatos en el ordenador.

Lily le había contado a Fedora lo que estaba pasando. No podía marcharse cada noche sin darle una explicación. Por supuesto, Fedora pensaba que era maravilloso y, probablemente, estaba convencida de que Lily podría convencer a su hijo para que se quedara en Nueva York.

Pero Lily no estaba convencida en absoluto.

Aunque ella era una persona optimista por naturaleza, sabía que aquello no podía durar. Sabía que un día tendrían que decirse adiós. Aunque una parte de ella esperaba que cambiase de opinión.

¿Y si lo hacía? ¿Vivirían juntos, se casarían?

La gente se casaba. La gente enamorada se casaba. Y aunque ella llevaba años convenciéndose a sí misma de que era una neoyorquina moderna, algunos de los valores del Medio Oeste se negaban a morir.

Pero no quería sentar la cabeza, ¿o sí?

James tenía planes, planes que no la incluían a ella, se dijo.

—¿Crees que debería decirle la verdad? —le preguntó a Gwen.

—No.

—¿Crees que él hablará del asunto?

—No. James se acuesta contigo todos los días, Lily. Los hombres tienen sus prioridades.

Su conversación con Kristin había tenido más o menos el mismo resultado.

—Lleváis una semana acostándoos. Chica, date un poco de tiempo. Disfruta.

Pero Lily empezaba a estar realmente angustiada. Si aquello era lo que el amor le hacía a una persona, era lógico que hubiera intentando evitarlo a toda costa.

El día antes del desfile, James entró en su taller y cerró la puerta.

A Lily se le encogió el corazón. ¿Iba a darle un beso o a la temida noticia?

Estaba tan nerviosa que dio un salto cuando él la tomó por la cintura.

—¿Demasiado café?

—Sí, supongo que sí.

—Te he echado de menos esta mañana.

—Pero si me he ido hace una hora.

—Una hora y veinte minutos —dijo James.

Lily sonrió. ¿Quién hubiera sabido que su obsesión por el tiempo podría ser

tan encantadora?

—¿Por qué no salimos esta noche?

—¿Esta noche precisamente? Pero si mañana...

—Para celebrar el desfile.

—¿Con Carlotta, Fabian y los demás?

—Si tú quieres.

—No, no quiero.

—Mejor. También podríamos quedarnos a cenar delante de la chimenea...

—No, no, de eso nada. Iremos a cenar al Four Seasons —rió Lily.

—Tus deseos son ordenes para mí, jefa.

Ella soltó una carcajada.

—Me gusta verte sonreír.

Le gustaba verla sonreír. ¿Cuánto tiempo tardaría en enamorarse?

Lily pasó el resto del día en Elizabeth Arden. Y eligió el color verde de nuevo. Al fin y al cabo, le había dado suerte la primera noche.

Además, se puso una elaborada gargantilla de cristal de Swarovski y pendientes a juego. Estaba preciosa. Aunque quizá era la felicidad lo que la hacía sentir tan guapa.

Cuando salió de su habitación, encontró a Fedora leyendo un libro.

—Ay, no me gusta dejarte sola...

Fedora se quedó mirándola, boquiabierta.

—¿Qué pasa?

—Que estás preciosa, cariño.

—Gracias —sonrió Lily.

Pero Fedora parecía triste. Al principio, pensó que le gustaba vivir allí, ser una de las chicas, salir por la noche en lugar de quedarse en casa. Pero, aparentemente, había un momento en la vida de toda mujer en el que se necesita a alguien, cuando ser la pareja de una persona a la que amas es más importante que demostrar lo independiente que eres.

Una lección que Lily debería aprender.

—¿Estás bien?

—Yo solía arreglarme para Martin. Él me llevaba al Rainbow Room y buscábamos estrellas de cine... —contestó Fedora, secándose las lágrimas con un pañuelo—. Eso fue hace mucho tiempo, claro.

La pobre estaba tristísima, pensó Lily. Y ya era hora de hacer algo.

—No le digas a James que me has visto llorar. No quiero que se preocupe.

—No diré nada.

—Espera, voy a buscar la cámara, tengo que hacerte una fotografía.

Mientras Fedora iba a su habitación, Lily aprovechó para hacer una llamada que, con un poco de suerte, solucionaría la relación amorosa de alguien. Si la suya no tenía futuro...

Cuando James llegó, Fedora se empeñó en hacerles fotografías delante de la chimenea.

—Ha sido como las fotos del baile de graduación —rió James después, en el ascensor.

—No ha sido tan horrible, hombre.

—Mientras no las cuelgue sobre la chimenea... Por cierto, estás guapísima esta noche.

—Gracias.

—Eres tan perfecta que casi me da miedo tocarte.

—Pues espero que se te pase.

—Claro que sí —rió James, tomando su mano para llevarla a una limusina negra aparcada en la puerta—. Vamos, ¿te apetece pasarlo bien?

Qué curioso. Ella había dicho lo mismo unas semanas antes. ¿Qué les estaba pasando? ¿Estaban cambiando o sólo hacían esas cosas para hacer feliz al otro?

La cena fue deliciosa, el hotel era elegantísimo, todo era perfecto.

Pero Lily no podía relajarse. Tenía un nudo en el estómago.

No podía seguir así, no podía seguir fingiendo que era feliz con la situación.

Estaba harta de vivir el momento, ahora quería algo diferente. Quería saber si James estaría allí mañana, si su relación iba a algún sitio.

Quería saber si había un futuro para ellos. Si ese futuro incluía el matrimonio e incluso una granja en Connecticut.

Él era su socio en todo. Era su contraste, su equilibrio. Mientras James la quisiera, mientras siguiera sonriéndole de esa forma, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él.

—Vamos a dar un paseo.

—¿Con esos zapatos?

—No iremos muy lejos —sonrió Lily.

¿De verdad estaba pensando marcharse de Nueva York? ¿De verdad iba a dejarlo todo por un hombre? ¿De verdad iba a renunciar a sus sueños?

—Has estado muy callada esta noche.

—Sí, supongo que sí.

—¿Va todo bien?

—No estoy segura... ¿vas a marcharte a Connecticut, James?

—Ah, es eso —murmuró él. No tenía que decir nada más. Estaba claro que se iba—. Ya he comprado la granja. He hecho planes...

—Te quiero.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Que te quiero —repitió Lily.

—¿Desde cuándo?

—Desde que llegaste a la pasarela y yo estaba en la escalera. Entonces me di cuenta.

—¿Sabes el momento exacto? —exclamó James.

—Sí. Es que fue un momento muy especial.

—No es posible.

—Sí es posible, James —suspiró ella—. ¿Qué pasa, que eso no es parte de tu plan?

Él se pasó una mano por el pelo.

—Desde luego que no. Tú no eres la mujer con la que debería estar...

—¿Ah, no? ¿No soy suficientemente normal para ti? —replicó ella, indignada.

—Tú eres tú. No hay nada malo en eso.

—Ah, gracias. De hecho, era perfecta en la cama, ¿no?

—Eso es...

—¿Qué han sido estas semanas para ti, James? ¿Sólo unas risas, unos revolcones?

—No, yo... Tengo que marcharme de aquí, Lily. Quiero algo diferente. Quiero cambiar mi vida.

—Sin mí.

—Me voy a Connecticut.

Lily se detuvo.

—Podría irme contigo.

—No, tú serías muy infeliz fuera de Nueva York.

—¿Por qué lo sabes? Somos muy felices juntos, ¿no?

—Discutiríamos, acabaríamos odiándonos... Estar contigo es... demasiado para mí.

¿De qué estaba hablando?

«Discutiríamos, acabaríamos odiándonos». Esos no eran ellos, eran sus padres.

—Estás asustado. Crees que terminaremos como tus padres.

—Sí.

—Pero ellos están enamorados, James. ¿Qué hay de malo en eso?

—¡Están separados! Son impredecibles, imposibles...

—¿Crees que puedes planear una relación y que funcione como tú quieres?
—le espetó Lily.

—No, pero sí sé que no quiero estar tan enamorado de nadie.

Lily lo miró como si no lo hubiera visto nunca. ¿Por qué no quería compartir una emoción tan hermosa? Ella no había esperado enamorarse, pero había pasado...

¿No quería enamorarse de nadie o sólo de ella?

Daba igual. Le había dicho lo que sentía, estaba dispuesta a dejar lo más preciado del mundo para ella: su vida en Nueva York. Pero James no lo aceptaba.

—Si quieres irte, vete. Después del desfile, mañana. No te preocupes, encontraré otro gerente.

James negó con la cabeza.

—No me sentiría cómodo dejándote así...

—Pues es una pena. Porque estás despedido —lo interrumpió Lily.

Por fin, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero James no lo vio porque se había perdido entre la gente.

Capítulo 11

JAMES tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse de la cama la mañana siguiente.

«Estás despedido».

Mientras él se había portado como un imbécil, Lily había conseguido que sus padres volvieran a estar juntos. Él criticaba, reprochaba, y Lily...

Pero ya no había vuelta atrás. Lily no querría saber nada de él.

Durante el desfile, James no dejaba de mirar el reloj. Tenía que irse. Tenía que irse sin verla siquiera.

«Te quiero».

«Estás despedido».

En cuanto el desfile terminó, James salió de allí sin mirar atrás. Durante dos semanas, hizo todo aquello que había soñado, todo aquello que creyó que lo haría feliz, que lo convertiría en un hombre nuevo.

Compró un perro, leía el periódico en el porche de su granja, hablaba de vacas y caballos con la gente del pueblo...

No tenía que contestar el teléfono, no tenía que trabajar para nadie, no tenía que soportar las crisis emocionales de los demás.

Y no valía de nada.

No podía relajarse, no encontraba la felicidad. Era imposible, no dejaba de pensar en ella. Día y noche.

Quería a Lily. Tenía que estar con ella.

Sin su alegría, sin su risa, no era nadie.

Qué idiota había sido.

El matrimonio de sus padres estaba basado en el amor, en el verdadero amor, eso que tan poca gente conseguía en la vida. Y él había estado demasiado ciego como para verlo.

«Lily me quiere».

Eso era lo único importante.

—Garnet, ¿dónde están los pedidos? —gritó Lily desde su taller.

—Están en el archivo.

—¿En qué archivo?

—No sé...

—¡Garnet!

Habían logrado sobrevivir durante aquellas dos semanas... no sin ciertas dificultades, por supuesto. Pero iba a conseguirlo. Iba a seguir adelante sin James. Aquel era su negocio, ella lo había levantado. Lo adoraba. Y nunca lo dejaría. Por nadie.

—Hola.

Lily levantó la mirada y tuvo que contener el aliento. James estaba apoyado en la puerta, con un cachorro de labrador a sus pies.

«Tranquila, chica, no pasa nada. Tú sabías que este momento iba a llegar».

—¿Has venido a buscar tus cosas?

—No.

—¿Entonces?

—Cap, te presento a Lily. Lily, éste es Cap —dijo James entonces, señalando al cachorro.

«Las mujeres no pueden resistirse a los cachorros». Eso había dicho James en algún momento. Qué listo. Porque ella sí podía resistirse. Por muy guapo que fuera... el cachorro.

—¿Vas a decirme a qué has venido?

—Sí, es que... estoy un poco nervioso. Tengo que pedirte un favor.

—¿Un favor? —repitió Lily.

Lo diría de broma.

—Verás... he puesto la granja a la venta, así que Cap y yo estamos sin hogar por el momento. ¿Podríamos quedarnos en tu casa unos días?

Lily tragó saliva.

—Pero dijiste...

—Sí, sí, ya sé lo que dije. Soy un idiota, está claro —la interrumpió James—. Dije muchas tonterías, pero no dije lo más importante: que te quiero. Que te quiero más que a nada en el mundo, Lily.

—Ya, claro —replicó ella, intentando controlar los salvajes latidos de su corazón. Has pasado dos semanas en una granja y estás aburrido.

—No, sí, bueno... también. Pero no es por eso por lo que he vuelto. He vuelto por ti. Sólo por ti. Tenía que verte, pedirte disculpas... tenía que intentarlo, Lily.

—Porque has descubierto que me quieres.

—Espera un momento...

James salió del taller y volvió unos segundos después con dos cajas de cartón.

—¿Qué es eso? —preguntó Lily.

—Son los dos momentos más importantes de mi vida —contestó él—. Ábrelas.

En la primera caja había una fotografía de los dos durante su primer desfile. Era la misma que había visto en su apartamento, pero ampliada.

—¿Recuerdas cuando viste esta foto y te sorprendió que me acordara de tantas cosas? Me acordaba de todo porque fue justo en ese momento cuando me enamoré de ti —dijo James, con voz ronca—. Abre la otra, Lily.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. James la quería, James la quería.

En la segunda caja había otra fotografía, la que Fedora les había hecho la noche que fueron a cenar al Four Seasons.

—La noche que dijiste que me amabas —murmuró James—. ¿Podrías decirlo otra vez? Por favor, dime que no he destruido ese amor, Lily.

Ella tomó su cara entre las manos.

—Te quiero. Adoro tu sonrisa, tu paciencia... Adoro que seas tan profesional, tan serio, tan honrado. Y, especialmente, adoro tu habilidad para archivar —rió Lily.

—Pero ya no puedo ayudarte con el archivo. Me despediste, ¿recuerdas?

—Porque me habías roto el corazón.

—¿Qué tal si paso los próximos sesenta años intentando compensarte, amor mío?

Lily sonrió.

—A mí me suena muy bien.

Epílogo

HA sido una boda preciosa —suspiró Lily, estirándose en el sofá.

James estaba a su lado, con la cara enterrada en su pelo... y las manos por todas partes.

—Nada convencional.

—Perfecta para tus padres.

—La nuestra será mejor —dijo James.

—¿De verdad vamos a casarnos? —preguntó Lily.

—Tenemos que hacerlo. Está costando una fortuna.

—¿No crees que acabaremos siendo una pareja aburrida?

—Ojalá, pero me temo que eso va a ser imposible. Garnet y tú estáis volviendo loco a todo Nueva York con el nuevo desfile.

—Estás celoso porque ya no puedes estar en medio de la acción —rió Lily. Había contratado a un nuevo gerente seis meses antes para que James pudiera estudiar alta cocina y todo iba como la seda... aunque había engordado tres kilos.

Garnet estaba convirtiéndose en una profesional del diseño —quién lo habría dicho— y Lily tenía un nuevo ayudante... Ricky Desmond, el freaky de los ordenadores. Y una nueva recepcionista. Desgraciadamente, era una amiga de Garnet, de modo que la situación era caótica.

También había convencido a James para que no vendiera la granja de Connecticut y pasaban muchos fines de semana allí, relajándose y olvidando las prisas y los nervios de Nueva York.

—Vas a ser una novia preciosa —sonrió James—. ¿Te he dicho la suerte que tengo de que seas mi novia?

—Te quiero, James. Y me hace muy feliz que tú también me quieras —musitó ella.

Antes de besarlo, Lily miró las dos fotografías que marcaban su historia de amor, colgadas sobre la chimenea, y una sensación de felicidad la recorrió de la cabeza a los pies... enfundados en unas sandalias de tacón de aguja de color verde lima.